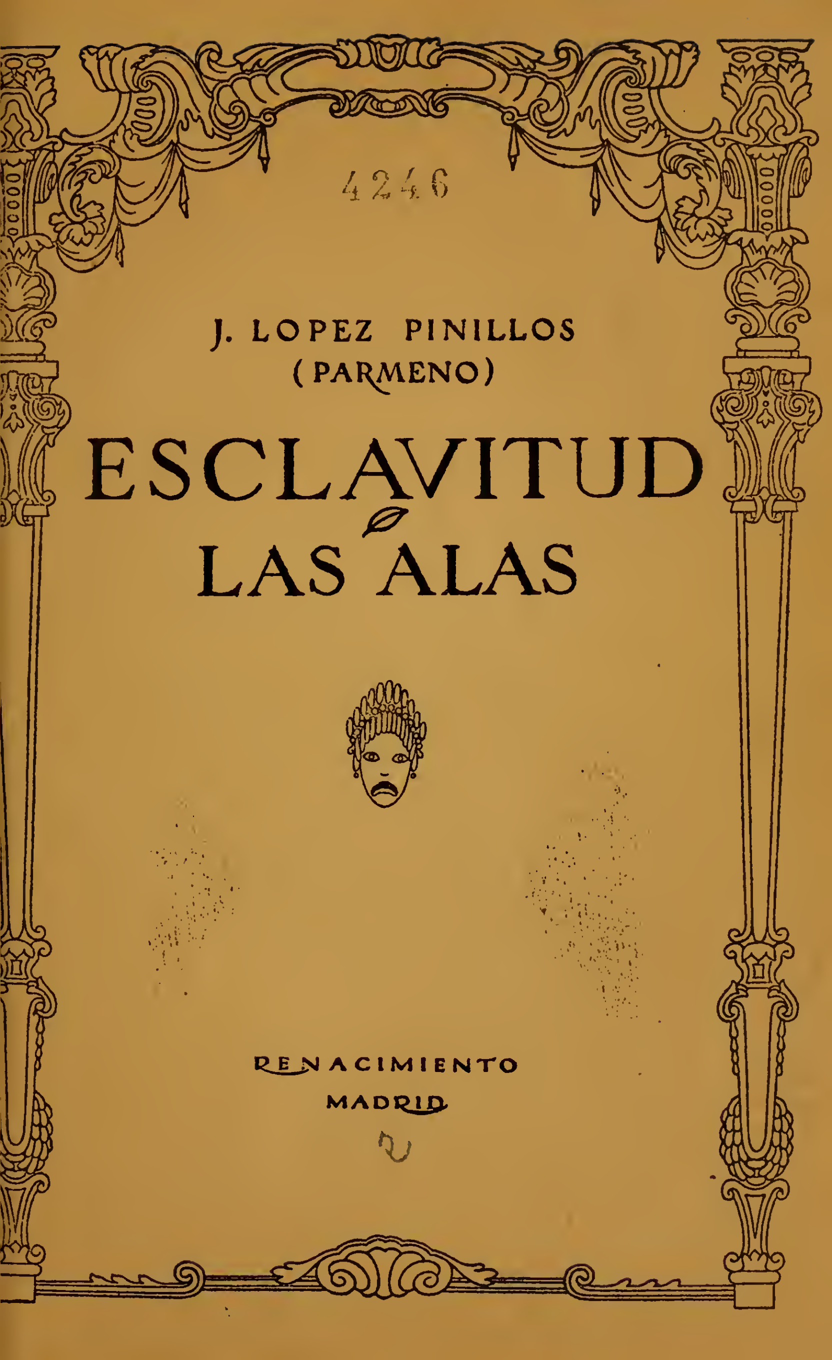


J. LOPEZ PINILLOS
(PARMENO)

ESCLAVITUD
LAS ALAS

RENACIMIENTO
MADRID

J. LÓPEZ PINILLOS
(PARMENO)

ESCLAVITUD

Drama en tres actos, estrenado en el Teatro del Centro el día 28 de Noviembre de 1918.



RENACIMIENTO
SAN MARCOS, 42
MADRID
1918

Imp. de Juan Pueyo, Luna, 29.—Teléf. 14-30. Madrid.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
JULIA GOVANTES (27 años).......	Carmen Muñoz.
CONSOLACIÓN (28 años).........	Adela Calderón.
NATIVIDAD (17 años)...........	Matilde Llopis.
DON PEDRO GOVANTES (60 años)..	Enrique Borrás.
PEDRO LUIS GOVANTES (36 años)..	Ramón Gatuellas.
DON ANTONIO VENEGAS (40 años).	Leovigildo Ruiz Tatay
SACRIS (67 años)...............	Alberto Romea.
CARAMECHÁ (30 años)...........	Constante Viñas.
ROJILLO (34 años)..............	José González Marín.
SISÍ (30 años)..................	José Trescolí.
TÍO MANUEL (50 años).........	Emilio Piñeira.

Puede la acción desarrollarse en cualquier pueblo de España

A ENRIQUE BORRÁS

Gloria y orgullo de la escena española, fraternalmente.

ACTO PRIMERO

Galería en casa de don Antonio Venegas. Al fondo, en el centro, un arco amplísimo que da al patio. A la izquierda, el portón, y a la derecha, una puerta de dos hojas. La puerta y el portón, de caoba, relucen tanto como las paredes, que están estucadas y tienen el color del marfil viejo.

Hay en la galería dos arcones con magníficos herrajes, cuatro frailunos sillones de cuero, dos espejos cuyos marcos dorados ya rojean y una admirable mesa oculta bárbaramente por un fementido tapiz turco que ni siquiera ha pasado por Turquía. Solicitan la atención de los curiosos visitantes el título de Bachiller de Venegas y dos cuadros muy negros que le permiten descubrir al observador pacienzudo una mejilla, un ojo, parte de la nariz y algo de la diestra de un San José, en uno de ellos, y en el otro la divina aureola y las célicas plumas remeras del ángel de la Anunciación.

Una descomunal lámpara de bronce, en cuyo antiguo depósito cabrían dos litros de aceite mineral, esconde en sus vastas entrañas una bombilla eléctrica. Sobre el arcón de la derecha se ve una Virgen metida en un fanal. Dos mariposas la alumbran débilmente.

El patio, feo y de muros enjalbegados, es de casa de

labor más que de casa señoril. Junto a la blancura fría de sus paredes se desperezan, envalentonados por el sol, unos pobres rosales tísicos.

JULIA, *sentada en uno de los sillones, mira hacia el patio melancólicamente, y* CONSOLACIÓN *y* NATIVIDAD, *junto al portón entreabierto, examinan con impaciencia la calle.*

Es Julia una muchacha carirredonda, gruesecita, con grandes ojos melados, inquietos y dulces. Se mueve con temerosa prudencia, como si estuviese bajo la presión de una amenaza, y se expresa con invencible timidez. Viste con graciosa modestia.

Consolación tiene los ojos inexpresivos, la frente estrecha y la boca abobada. Habla con la serenidad de las criaturas que se creen en posesión de la verdad. Los vivos colores de su traje denuncian su ingenuo mal gusto y su afán de parecer bella.

Natividad es una mocita sin nada saliente en el carácter ni en el cuerpo. Viste pobremente, pero con simpática limpieza.

NATIVIDAD. ¡Ahí viene!

CONSOLACIÓN. ¡Gracias al Santísimo!

Entra SISÍ *por el portón. Es un hombre espigado y cenceño. Llega jadeante, sudando bajo el chaquetón de gala, y sus ojos brillan de entusiasmo.*

SISÍ. ¡Ya está el gato en el agua! ¡Se remató!

CONSOLACIÓN. Pero ¿cómo? ¡Cuenta!

SISÍ. *Alegremente.* Pues comiendo. Que se han acobardao al final, que algunos contrarios de los más testarúos nos han dao el voto, y que el amo ha quedao de amo, como siempre.

CONSOLACIÓN. De modo que de lo que decían...

SISÍ. Ni resollar siquiera. Sombrerazos por aquí y por allí, y "Dios le guarde, don Antonio" y "vaya usté con Dios, don Antonio". Uno se atrevió a meter la pata, el cuñao de Caramechá, y yo no he visto en mi vida un gofetón más disformísimo que el que le atizó el amo. ¡Si pecho a pecho no se pué con él!

CONSOLACIÓN. Pero como no iban a buscarle pecho a pecho...

SISÍ. Es que, a traición, no se pué con él tampoco. ¿No le vigilan pa defenderle Andrés el de la Borrega, que es un diablo, y el Rojillo, que sabe de traiciones más que Judas? No tenga usté cuidao y respire a su satisfación. Después de esta somanta, agacharán las orejas los burros que las querían levantar, y chanfli.

CONSOLACIÓN. ¿Tardará mucho el amo?

SISÍ. Lo que tarden en hacer el escrutinio.

JULIA. *Con timidez.* Entonces... los podríamos soltar. *Consolación se encoge de hombros.* Mi padre no es muy fuerte y lleva ocho horas así. *Con energía.* ¡Es un contradiós!

CONSOLACIÓN. Yo no te prohibo nada ni te aconsejo nada. ¡Allá tú! Pero tuya es la responsabilidá.

JULIA. *Con resolución.* Tráigale usté, Sisí.

CONSOLACIÓN. *Al mozo.* Que te ayude tío Manuel. *Sale Sisí por el patio.* Por si te estorbo, me voy.

JULIA. Y ¿por qué me has de estorbar?

CONSOLACIÓN. *Desdeñosa.* Hija, á mí, en tu pellejo, me estorbaría hasta el aire. Porque tu padre se querrá desahogar.

JULIA. Y ¿no es eso justo?

CONSOLACIÓN. No lo niego. Pero si tú le debes oir, la mujer de mi marido no está en ese caso.

JULIA. *Con humildad.* Tienes razón.

CONSOLACIÓN. Anda, ven conmigo a la azotea, Natividá. Veremos la plaza.

NATIVIDAD. Y que se ha puesto de gente como si hubiera toros.

Salen por el patio. Segundos después se oye la voz de don Pedro.

DON PEDRO. *Dentro.* Enhorabuena, Consolación... Ya me lo ha dicho Sisí. Enhorabuena, a pesar de todo.

CONSOLACIÓN. *Dentro. Con displicencia.* Gracias... a pesar de todo, don Pedro.

Entran con DON PEDRO, *que tiene amarradas las manos,* SISÍ *y* TÍO MANUEL. *Don Pedro es un hombre de gran corpulencia, cuyo organismo está arruinado. En la amarillenta piel de su rostro las arrugas han dibujado una tela de araña. Tiene una boca grande, sin energía, y en sus ojos, que sólo resplandecen con la precaria animación del alcohol, apágase una mirada de vencido. Lleva un traje obscuro de americana, una camisa floja, un sombrero flexible y unas botas nuevas sin lustrar.—Tío Manuel es uno de esos labriegos que, a*

fuerza de estar solos, han perdido el hábito de hablar. Su ropa, muy pobre y muy raída, no demuestra una gran afición al aseo.

SISÍ. *Torpemente.* Don Pedro, como ya sabe usté lo dura que tiene don Antonio la mano...

DON PEDRO. *Con indignación.* ¿Qué dices, imbécil...? ¿Qué tengo yo que ver con la mano de don Antonio, sea dura o sea blanda, que ni lo sé ni me importa?

SISÍ. *Afable.* Hablo por mí, don Pedro. Y hablo pa notificarle a usté que si no le quito esas cuerdas, como le he quitao las de los pies, más pronto que la luz, es por miedo de que me las pongan a mí. Y usté dispense mi libertá... y que me perdone la señorita Julia.

TÍO MANUEL. Pongo mi firma.

Con un movimiento de cabeza invita a Sisí a seguirle y ambos salen por el patio.

DON PEDRO. *Rencorosamente.* ¡Perros!... ¡Esclavos!...

JULIA. *Conteniendo las lágrimas.* ¡Papá, que te pueden oir!... Y que no merecen tanta dureza.

DON PEDRO. *Temblando de cólera.* ¡Y yo merezco que me amarren como a un bandido...! ¡Y como lo merezco, no debo quejarme! ¡Y si me quejo, insulto! ¡Y si insulto, mi hija, que es la flor de las hijas, me riñe como a un zascandil! *Riendo sarcásticamente.* ¡Magnífico!

JULIA. *Llorando.* ¡No me maltrates! ¡Si tú estás seguro de que esto me duele más que a ti!

DON PEDRO. ¡Claro! ¡Yo soy un hombre sin pundonor...!

JULIA. *Besándole las manos.* Tú eres mi padre de mi alma; tú eres lo único que yo quiero en el mundo; tú eres lo más honrado de la tierra... *Llorando.* ¡Qué maldad tenerte así...! ¿Te lastima el cordel?

DON PEDRO. *Algo amansado.* Un poco.

JULIA. Lo voy a cortar.

DON PEDRO. *Con fiereza.* ¡No...! ¡Ha de cortarlo el que lo mandó poner...! ¡Y si se ha cometido un atropello, habrá que pedirme perdón! *Recogiendo velas.* Y si sólo se trata de una broma, que es lo probable, habrá que sufrir el día de mañana las que yo urda para acabar con vergüenza este asunto.

JULIA. ¡Como que es una infamia una broma así!

DON PEDRO. *Sublevándose ante la idea de que le crea su hija humillado.* ¿Por qué una infamia? ¿Qué sabes tú? ¿Soy, acaso, una señorita histérica para no poder soportar unos cordelejos, que rompería si me diese la gana...? No es tan gorda la broma. Las he dado yo mucho mayores... y algo podría referir de esto el señor don Antonio Venegas, si se dignase mirar hacia atrás con la memoria. Pero no hay cuidado. No mirará. Ni le dirá a ningún nacido las brutalidades que le suelto yo cuando nadie nos oye.

JULIA. *Suplicante.* ¡Papá!

Don Pedro. *Entre avergonzado e iracundo.* ¡Qué! ¿No me crees? ¿Miento yo?

Julia. *Con amargura.* ¿Qué he dicho?

Don Pedro. Pero ¿qué has pensado?

Julia. *Sollozando.* ¡Papá...!

Don Pedro. ¡No; astucias conmigo, no, porque yo lo único que no entiendo es lo que no me conviene entender! *Pausa.* ¡Brutalidades, enormidades, herejías le escupo en su reverenda cara...! Pues qué, ¿no se las he soltado a hombres que están a mil codos sobre ese caballero...? ¿Es que soy yo un cualquiera, un borrachín, un cobarde, un miserable al que se insulta y se ultraja impunemente?

Julia. *Con dolorida indignación.* Y tu hija ¿iba a pensar eso?

Don Pedro. ¡Si no me importaría...! Otras cosas son las que me importan, y una de las principales es que me mires con lástima. *Orgulloso.* ¡No soy yo hombre al que se le pueda tener lástima...! Miedo, desprecio, odio, lo que elija el peor intencionado; pero lástima, no. Si aguanto lo que aguanto, es porque me sobra valor para aguantar y porque no quiero ni debo permitir que haya en esta casa una tragedia.

Julia. Sí, papá. Lo sé.

Don Pedro. *Con un gesto de desdén.* ¡Matar...! ¡Sí que es difícil la operación...! Se aprieta el gatillo de un revólver y, en el acto, se presenta la muerte tan servicial como el camarero que es-

cucha una palmada. *Con ira.* ¡Si no fuese por ti!

JULIA. *Casi espantada.* ¿Por mí?

DON PEDRO. *Excitándose.* ¡Por ti! No negarás que don Antonio—que es mi explotador, puesto que me entrega la quinta parte de lo que vale mi trabajo—, si se pagaran la fidelidad, la lealtad y el desinterés, me debería millones. Pero como esas virtudes no se pagan, el señor no me debe un ochavo; y como sale de su bolsillo el dinero que nos permite vivir, para el mundo soy yo su deudor. ¿Y hay lucha posible en estas condiciones? ¿Voy a aceptar la pelea disponiendo él de un cañón para agredirme y no contando yo más que con mis puños para defender nuestro puchero...? ¡Ah, no...! ¡Tan bobo no soy! ¡Tragaré bilis, aguantaré, padeceré...! ¡Pero por ti, sólo por ti, puesto que yo viviría en un páramo alimentándome de raíces! *Con una ternura simulada.* ¿Qué necesito? ¿Qué cuidados pide mi vejez? ¿Pienso en algo que no sea sacrificarme por ti...? *Encolerizándose.* ¡Responde, egoísta!

JULIA. *Apenada.* Pero ¿lo niego yo?

DON PEDRO. *Casi llorando de rabia.* ¡Eres una egoísta...! ¡Una hija sin corazón...! ¡Sí, muchas lágrimas! Pero te quedas ahí tan tranquila, viendo a tu padre martirizado, sin intentar aliviarle... ¡Que sufra el viejo! ¡Para que vea el mentecato lo que producen los sacrificios!

JULIA. *Llorando.* ¡Quieres matarme, papá! ¿Con qué te aliviaría yo? ¿Cómo?

DON PEDRO. *Irónico.* ¡Ah! ¡Tú no lo sabes! No se te ocurre ninguna manera de darle calor a un pobre viejo amarrado... ¡que no puede ni abrir el estante de su dormitorio!

JULIA. *Comprendiendo lo que desea su padre y resignándose a complacerle.* Voy, papá.

Sale por el patio y retorna en seguida con una botella.

DON PEDRO. *Alzando la voz para que le oiga Julia mientras está en el patio.* ¡Ahora...! ¡Después de humillarse uno pidiéndolo...! ¡Cobrando el favor! *Escandalizado.* ¡Y dice que quiero matarla!

JULIA. *Ofreciéndole la botella.* Toma el vino.

DON PEDRO. *Sacudido por la ira.* ¡Bébetelo tú! Yo no admito atenciones de caridad!

JULIA. *Suplicante.* ¡Tómalo y perdóname!

DON PEDRO. *Haciendo la última concesión a su soberbia.* ¡Que no! ¡Que te lo bebas tú! ¿Hablo en griego?

JULIA. Pero... ¡es que lo necesitas! ¿Vas a perjudicarte por mí?

DON PEDRO. *Encontrando una salida gallarda.* Lo que voy es a reventar si continúas fastidiándome... y beberé para que no continúes. ¡Sosténme la botella! *Julia le aplica la botella a los labios, y el viejo, empujándola con sus puños, bebe ansiosamente; pero torna a protestar, fingiendo una honrada indignación, cuando Julia se la retira, asustada al ver la cantidad de alcohol que ha ingerido.* ¡Basta...! ¿Me vas a obligar a tragármela toda...? ¿Soy un sumidero para beber y beber y beber?

JULIA. Me he distraído, papá.

DON PEDRO. Pues no te distraigas. *Hay unos instantes de silencio.* Ea, ya bebí. Ya estarás contenta.

JULIA. *Sencillamente.* Sí, papá.

DON PEDRO. Entonces, conténtame á mí ahora. Que traigan a los otros.

JULIA. Pero...

DON PEDRO. ¡Que los traigan! ¡No quiero privilegios! ¡Son de carne como yo, padecen como yo y han de estar donde yo esté!

JULIA. *Asomándose al patio para llamar.* Sisí.

DON PEDRO. Nunca se dirá que don Pedro Govantes fué un egoísta.

Entra SISÍ *por el patio.*

JULIA. Hágame el favor de traer a Sacris y a su amigo.

SISÍ. Sin favor, señorita. *Sale por donde entró.*

DON PEDRO. *Sin perder su dureza, pero en tono confidencial.* Oye, Julia... Esa Natividad, si yo no me equivoco, es algo... algo borracha.

JULIA. *Con asombro.* ¿Natividad?

DON PEDRO. ¡Natividad! ¡Natividad...! ¿Me equivoco yo con frecuencia? *Pausa.* Sin o, ¿para qué se mete en mi dormitorio, de puntillas, cuando no se tiene que meter...? ¿Qué busca allí? Y ¿por qué sale alegre de allí...? Pues hoy, aunque tenga yo que jorobarme... ¡no se alegrará! ¡Dame lo que ha quedado en la botella! *Julia, silenciosamente, le aplica otra vez la botella a los labios y don Pe-*

dro bebe hasta agotarla. Llévala ahora a su sitio y déjame con mis compañeros. *Con la ternura que engendra el alcohol.* Y no te disgustes con tu papá. No te echa tu papá. Tu papá sólo piensa en ti.

JULIA. *Abrazándole.* No, no, no.

DON PEDRO. *Después de besarla.* Anda. Déjame con mis compañeros.

Sale Julia por el patio. Entra con SACRIS, *amarrado como don Pedro,* SISÍ, *y sale en seguida. Sacris es un vejete con cara de raposo, delgado y torcido como un sarmiento. En su boca, desamparada de dientes, los labios, hundidos, son una pincelada gris. Se diría que va a tragárselos, por miedo de que dejen escapar alguna palabra camprometedora, torpe o inútil. Tiene los ojos blandos y las orejas salientes y luce una rojiza calva de codorniz. Su traje, holgadísimo, es como los que usan los labradores acomodados.*

SACRIS. *En voz baja, después de asegurarse de que están solos.* ¿Averiguó algo, don Pedro?

DON PEDRO. *Alto.* No me he rebajado a preguntar.

SACRIS. Pero, hombre, ¿ni a su hija?

DON PEDRO. A mi hija, menos que a nadie. ¿Iba a hablar... como si buscara su protección? ¡Qué salidas tiene usté, Sacris!

SACRIS. ¡Pues no que usté...! No he visto un orgullo más bárbaro, amigo don Pedro. ¿Qué tendría de particular que le protegiese su hija? Y así sabríamos siquiera por qué nos han cazao como a zorros.

DON PEDRO. No hace falta. Lo importante es que cuatro granujas que forman la guardia negra de don Antonio, nos han detenido y nos han amarrado. ¡A usted, una personalidad en este pueblo, por sus bienes, y a mí, secretario del Ayuntamiento y administrador del propio don Antonio! Esto es lo importante: el atropello. Sus causas, no.

SACRIS. *Diciendo con la expresión todo lo contrario de lo que dice con la palabra.* ¡Cuando se tiene la conciencia tranquila...! Y que nosotros... nos habremos descuidao otras veces; pero esta vez... Porque charlar en la bodega de uno, con cuatro o cinco traguillos, no es ningún crimen.

DON PEDRO. *Bajando la voz.* Charlar, no; pero hacer...

SACRIS. ¿Y hemos hecho algo, don Pedro de mis culpas?

DON PEDRO. ¿Y su gente? ¿No le habrá comprometido a estas horas?

SACRIS. Ni a usté, que la metió en harina, ni a mí. *Aún más bajo.* Ya les advertí que no votaran hasta el final y que, si nuestras combinaciones no salían, se fueran con don Antonio.

DON PEDRO. *Asombrado.* ¡Sacris!

SACRIS. *Muy tranquilo.* Yo no le agarro la lengua a un mastín rabioso, si antes no le arrancan los dientes; que en casa hay algo que perder.

DON PEDRO. Pero usted dijo...

SACRIS. *Atajándole.* ¡Dije, dije...! ¿Quién se fía

de palabras? ¡Claro que diria, entusiasmao por su pico de usté...! Lo que es que yo no me comprometo, pa no comprometer a los amigos. ¡No soy como usté, que ha soltao la canilla delante de Caramechá, con tos sus años y toa su experencia! Y las verdaes, amigo don Pedro, no se pregonan delante de un bruto que nos las puede refregar por la cara.

DON PEDRO. *Asustado.* Amigo Sacris, si tocan a abultar... Porque yo no creo haber perdido la prudencia.

SACRIS. ¡Chss...! ¡Que ahí le traen!

Entra SISÍ *con* CARAMECHÁ, *igualmente amarrado. Caramechá es un bárbaro, cuadrado de cabeza, que tiene una frente pequeñísima y un horizonte espiritual más reducido que la frente. Su ropa, basta y mal cortada, conserva las huellas del combate que hubo que librar para rendirle.*

SISÍ. No hay que moverse, que en la puerta estoy de centinela.

Sale por el portón.

CARAMECHÁ. *Por Sisí.* A ése también le he apuntao en mi libro.

SACRIS. ¡Déjate de tonterías, hombre!

CARAMECHÁ. ¿Tonterías? ¿Es una tontería lo que han hecho conmigo...? ¡Lo que han hecho a traición, porque si yo me malicio que me quieren coger, la sangre llega a los tejaos! Pero, paciencia, que arrieros somos.

Se oye una detonación lejana y los tres prisioneros escuchan con ansiedad.

SACRIS. Parece un cohete. *Con la esperanza de que no lo sea.* ¿No es un cohete?

CARAMECHÁ. ¡No lo sería si estuviese yo en la plaza!

SACRIS. ¡Pues gracias a Dios que estás aquí!

CARAMECHÁ. ¿Es que, lo mesmo que yo daría un deo, no daría usté una mano porque le abrieran en canal?

SACRIS. *Con indignación.* ¿Yo, salvaje? ¡Cuidao con las patochadas que suelta, con un patio detrás, pa que le oigan y se figuren que habla en serio!

CARAMECHÁ. Y más en serio hablo que un predicaor en Viernes Santo. ¡Ojalá degollaran a ese ladrón! ¡Ojalá le ahorcaran con sus propias tripas!

DON PEDRO. *Amenazador.* ¡Caramechá, no sabe usted lo que dice!

CARAMECHÁ. ¿Que no sé que es un ladrón? ¿Pues no se come los dineros del Pósito...? Bueno. Le habrán calumniao ustés.

SACRIS. *Fingiendo una decorosa reprobación.* ¡Hombre, hombre, hombre...! ¡Por Cristo y su Madre Santísima...! ¡Mire que meterse también en esas cosas, cuando, después de los despueses, don Antonio es un niño...!

CARAMECHÁ. ¡De Ecija! Lo malo es que la

culpa no es suya del tó. Es de los cobardes como ustés.

DON PEDRO. *Despreciativamente.* Para ése, amigo Sacris, los que no sabemos andar a cuatro patas somos unos cobardes.

CARAMECHÁ. ¡Ah! ¿Va usté a defenderle también? ¿Ya no está usté amarrao?

DON PEDRO. *Con energía.* Más que por estas cuerdas, por un sentimiento que usted desconoce: el de la gratitud.

CARAMECHÁ. Pues esta mañana nadie se lo hubiese conocío, porque graznaba usté en competencia con el grajo. *Sombríamente.* Don Pedro, mucha formalidá de hombre no tiene usté.

Suenan unos disparos.

SACRIS. *Imperativamente.* ¡Chss!

DON PEDRO. ¿Son tiros?

SACRIS. *Disimulando su alegría.* Estos no parecen cohetes.

CARAMECHÁ. *Riéndose con ferocidad.* ¡Tiros son!

SACRIS. Me estoy temiendo una desgracia. *Mirando al patio con recelo.* Sí, porque como don Antonio lleva al Rojillo, que es como es... No digo que sea mal muchacho; pero se va del seguro, por... exceso de corazón.

CARAMECHÁ. *Burlándose.* ¿No ha estao en presidio? ¿Fué por bueno...? Yo creí que había matao a un trajinante.

Se oyen varios tiros sueltos, y en seguida una descarga. TÍO MANUEL, *que viene corriendo por el pa-*

tio, atraviesa a escape la galería y sale por el portón. Don Pedro, empavorecido de verdad, y Sacris, hipócritamente apenado, se miran. Caramechá se ríe silenciosamente.

DON PEDRO. ¡Ha sido una descarga!

CARAMECHÁ. Y que los civiles, sin que pase algo muy gordo, no tiran. *Con grosero regocijo.* ¡Mire usté, don Pedro, que si alguna bala le hubiese partío la puchera!

DON PEDRO. *Avergonzado.* ¡Gañán!

Entran por el patio apresuradamente JULIA, CONSOLACIÓN *y* NATIVIDAD. *Se percibe un ruido lejano de voces, que va acercándose poco a poco.*

NATIVIDAD. *A Consolación.* ¡No se apure usté, que he visto al señorito!

ROJILLO. *Dentro.* ¡Viva don Antonio Venegas!

La multitud ruge un «viva» ensordecedor.

DON ANTONIO. *Dentro.* ¡Viva la justicia...! ¡Viva el orden...! ¡Viva la legalidad...!

Los tres «vivas» son repetidos con frenético entusiasmo.

NATIVIDAD. *A Consolación, que al oir a su marido ha recobrado la tranquilidad.* ¿Se equivocaron mis ojos?

DON ANTONIO. *Desde el zaguán.* Sigan ustés por el callejón hasta la bodega.

Entran por el portón DON ANTONIO, ROJILLO, SISÍ, TÍO MANUEL *y cuatro labriegos cincuentones, pelirrucios y tostados de rostro, que rodean al cacique con admiración y que ríen sus gracias y aprueban*

sus violencias. Don Antonio tiene una cara bestial de rasgos durísimos, abultados, pero no suavizados por la grasa, en la que se entreabren en acecho unos ojos crueles á los que nunca turbó el pavor. Es grueso, sin hobachonería, y su vientre rotundo mejor hace pensar en una formidable caldera que en una pesada carga. Lleva un traje de buena hechura y un sombrero flexible amplio de alas. El Rojillo es un hombre bien proporcionado y garboso, que sería hasta simpático sin la inverecunda osadía de su modo de mirar y sin la indisciplinada espesura de sus cejas, que chocan y se arremolinan sobre la nariz como si estuvieran peleando, y que entenebrecen todo el rostro. En el corte de sus arreos adivínase su amor á la torería: sus pantalones están más entallados de lo conveniente; su marsellés, por lo corto, es casi chaquetilla, y su sombrerito, por lo achulado, lo podría lucir un banderillero.

CONSOLACIÓN. *Abrazando, orgullosa y emocionada, a su marido.* ¡Antonio!

DON ANTONIO. *Con un desdén y un despego que no se toma la molestia de encubrir.* ¡Jesús...! ¿Con temblores y todo? *Rechazándola.* Vamos, no seas pegajosa, que no voy de viaje.

CONSOLACIÓN. Pero, Antonio...

DON ANTONIO. Y que no estamos solos, princesa. *Los cincuentones se ríen.* Luego me abrazarás hasta que te canses. *A sus prisioneros, con despreciativa acerbidad.* ¡Hola, pajarillos...! *A tío Manuel.* No te hieles. Abre la bodega. *A Julia.* ¿Os han asustado los tiros?

Sale por el patio tío Manuel.

JULIA. *Bajando la cabeza.* Un poco.

CONSOLACIÓN. Figúrate. Después de lo que se ha murmurao...

DON ANTONIO. *Con brusquedad.* ¡Sin deber! Por tontería! ¡A mí iban a matarme...! Pues sí que hubiera tenido gracia. ¡Don Antonio Venegas, apiolado por una cuadrilla de hambrientos indecentes!

Se ríe, convencido de su absoluta superioridad, y sus cortesanos le imitan.

SISÍ. *A Consolación* Ha sío por el Verdejo.

DON ANTONIO. Por el Verdejete, y por la lechigá de sus hermanos, y por Juan Manuel... ¡Por toa la aristocracia! Locos de indignación los caballeros, porque se figuran que mi gente ha hecho fullerías para ganar. Tan locos, que antes de darle aire a los talones, como siempre, han disparao contra Andrés y se han metido con la guardia. ¡Lástima que los civiles hayan tirao al aire!

CONSOLACIÓN. Entonces, ¿la pelea no fué contigo?

DON ANTONIO. *Con irritación.* Pero tú, ¿eres tonta...? ¡A mí qué se me va a poner delante ningún valentón...! *Con malevolencia.* ¿Verdá, don Pedro? *Con ironía.* A la que hay que atar corto, por precaución más que por miedo, no es a la mala, sino a la buena gente ¿Eh, Sacris?

SACRIS. *Con una sonrisa finísima.* Si lo dice usté por mí, gracias, don Antonio.

DON ANTONIO. No hay por qué darlas. *A Sisí, apuntando con el índice hacia don Pedro.* Suéltale.

Sisí le quita rápidamente las cuerdas.

DON PEDRO. Y... ¿podré saber por qué se me suelta, ya que no he sabido por qué se me amarró?

DON ANTONIO. *Con seriedad burlona.* ¿De veras? ¿No ha adivinao que le he querido tener seguro para impedir que, si había alguna sanfrancia, se pusiera en peligro por defenderme...? ¡Qué poco agradecido es usté, don Pedro!

Los cuatro cincuentones y Caramechá se ríen.

DON PEDRO. *Abrumado por la burla.* Pudo usted ahorrarme este bochorno.

DON ANTONIO. *Con frialdad.* Cuando hablemos, se convencerá usté de que no pude. *A Sisí.* Anda con el otro.

Sisí desamarra a Sacris.

SACRIS. *Estirando los brazos y las piernas.* Estoy más entumío que una gallina al salir de un jaulón.

DON ANTONIO. A usted, amigo Sacris, le pido que me perdone, por más que, como a don Pedro, le he gastado esta broma por cariño. ¡Créame usté!

SACRIS. *Con una expresión tan candorosa como un recién nacido y sin que le azoren las risas.* ¡Ya decía yo! A los mismos que me amarraron se lo advertí:

"¡No apretéis mucho, que esto no es más que una broma de mi amigo don Antonio! ¡Cuidao, que al que me lastime le va a arrancar el pellejo a túrdigas!" *Riéndose.* Y ¿a qué ha venido la broma?

DON ANTONIO. Pues, francamente, se la he dado para evitar que usté me diera otra: la de quitarme los votos de sus amigos.

SACRIS. *Como si le hubieran herido en su lealtad.* ¡Don Antonio! ¿No han sío para usté?

DON ANTONIO. Le habré juzgao mal. *Por Caramechá.* A ése y a su parentela, no. *A Sisí.* Que se largue.

Sisí liberta a Caramechá, que se estira, avanza hacia el portón, vigilado por Rojillo, lo abre para salir, y de pronto tira de una faca y se arroja sobre Venegas.

ROJILLO. *Cogiéndole por un brazo.* ¡Ah, traicionero!

DON ANTONIO. *Aproximándose a su agresor y dominando con sus gritos de cólera los de pavor de las mujeres.* ¡Fuera...! ¡Fuera...! *Al Rojillo.* ¿Qué es eso de defenderme a mí...? ¡Atrás tó el mundo! *Aparta de un manotazo a Consolación y de otro al Rojillo y queda frente a Caramechá.* ¡Anda a matarme! *Con una risa feroz.* ¡Ven, guapo!

CARAMECHÁ. *Después de una pausa.* Hay mucha gente aquí.

DON ANTONIO. Entonces ¿para qué has sacao la faca?

CARAMECHÁ. *Después de otra pausa.* Un pronto. Ya nos veremos cuando no levante usté la cresta en su corral. *Va a salir; pero el cacique le detiene de un zarpazo, le desarma y le derriba.*

DON ANTONIO. ¡No! ¡Ahora qué te has de ir, blancote!

Coge la vaina de la faca, que en su precipitación arrojó a tierra Caramechá, y avanza otra vez hacia el labriego, que levántase completamente domado.

CARAMECHÁ. *Lívido.* ¡Me va usté a perder, don Antonio!

DON ANTONIO. *Cruelmente.* No: voy a pegarte nada más. ¡Cuando se saca un arma, se usa, cobarde! *Pegándole con la vaina.* ¡Como uso yo esto, que es lo que tú mereces! ¡Así, cobardón...! ¡Así, embustero...! ¡Así, así, así!

Caramechá, perseguido por don Antonio, huye cubriéndose la cabeza con las manos.

CONSOLACIÓN. *Llorando.* ¡Déjale! ¡Déjale!

JULIA. *Amparando con su cuerpo a Caramechá.* ¡Perdónele usted!

DON ANTONIO. *A Caramechá, después de unos instantes de silencio.* ¡Lárgate! *Tirándole la faca a los pies.* Y dale eso a tu hermana, que lo manejará con más vergüenza.

Caramechá recoge el arma y sale por el portón tambaleándose como un ebrio.

ROJILLO. Se acabó un valiente. Ahora llega a su casa, llora un poquito y se queda manso pa

toa la vida. Lo siento. *Sacando su faca.* Esta "me se" ha muerto de carpanta, porque no le doy carne hace un siglo, y si nos quedamos sin guapos, no sé en qué barriga la voy a enterrar.

Don Antonio y los cincuentones se ríen,

DON ANTONIO. Ea, a la bodega, caballeros. *A Julia y Consolación.* Y vosotras también, que delante de mujeres hay que tener muy poca lacha pa emborracharse. En seguida iremos don Pedro y yo.

Don Pedro, que ya se marchaba, se detiene contrariado y temeroso. Julia, Consolación, Natividad. el Rojillo, Sisi y los cuatro cincuentones salen por el patio.

SACRIS. Bueno, don Antonio, que si yo no voy, no es por desairarle. Pero el vino tiene bromas pesás, y después de la que usté me ha dao... Ahora que, de aquí en adelante, no me las volverá usté a dar, porque seré de usté en cuerpo y alma.

DON ANTONIO. *Con acritud.* ¿En serio, Sacris? ¿Cuántas veces me ha engañao usté?

SACRIS. ¿A usté, que le contaría los pelos al demonio...? Chismes, hombre. Maldaes de la gente, que es mu mala.

DON ANTONIO. *Sin pizca de afabilidad.* Pues ayúdeme y se fastidiarán los chismosos. Ya sabe usté lo que le espera al que no esté junto á mí: comida de viento y abrigo de palo.

SACRIS. *Tendiéndole la diestra.* Conque ¿amigos?

DON ANTONIO. *Estrechándosela con frialdad.* ¡Amigos!

SACRIS. Hasta la vista.

DON ANTONIO. Hasta la vista.

Sacris saluda con la mano a don Pedro y sale por el portón.

DON PEDRO. *Disimulando el temor que siente.* ¿Me tenía usted que hablar?

DON ANTONIO. *Mirándole con encono.* ¿Quién se parece más a Judas?

DON PEDRO. *Queriendo ser hábil.* Yo creo que Sacris procede lealmente.

DON ANTONIO. Es decir, que el que se parece más a Judas ¿es usté?

DON PEDRO. *Después de una pausa.* Descargue su ira, que aquí hay amistad para resistirlo todo.

DON ANTONIO. *Asqueado.* Pero ¡qué farsante le ha criado Dios...! ¿Se figura que me va a convencer con sus comedias...? ¡Ahí lo que hay es maldad para intentarlo todo...! Y usté y ése, que se me ha vendido porque sabe que acabaré por aplastarle, han conspirado contra mí, han intentado sublevar al pueblo, me han azuzado a los matones, han pretendido acabar con mi poder... ¡Como si pudiera valerse esta piara, si no manejase yo el palo y la honda...! ¿Quién la iba a guiar? Sacris, el cabecilla, ¿no es un bruto? Y usté, su consejero, ¿dónde tiene la ciencia? *Con bárbara energía.* ¡Yo soy el amo porque debo ser el amo!

¡Porque sé dirigir, porque sirvo para mandar!

DON PEDRO. Nadie lo ha puesto en duda. *Tembloroso.* Y no sé por qué me hiere con esas explicaciones.

DON ANTONIO. Porque su lengua es una campana que no deja de tocar a rebato contra mí.

DON PEDRO. *Excitado.* ¡No es cierto!

DON ANTONIO. *Con fiereza.* ¡Miente usté!

Hay un corto silencio.

DON PEDRO. *Con la voz nublada.* Le suplico que se reporte. Está usted alterado, se deja usted llevar por la ira... Luego se arrepentirá usted de haber insultado a un hombre que es su amigo y que peina canas.

DON ANTONIO. *Con desprecio.* ¡Comicucho...! ¡Judas!

DON PEDRO. *Con la voz velada y las manos trémulas.* Le vuelvo a suplicar que se reporte. Yo, mientras coma su pan, seré mudo para todo lo que no se refiera a mi agradecimiento. Recuérdelo usted.

DON ANTONIO. ¡Pues no lo he de recordar...! Usté tuvo un puesto en mi mesa cuando se moría de hambre; usté alcanzó por mí una colocación cuando ni buenas palabras conseguía de sus amigos... ¡Y todo eso me lo ha pagado con traiciones!

DON PEDRO. *Con energía.* ¡No es verdad!

DON ANTONIO. ¿Negará usté que, en casa de

Sacris, ha tratado a la mayoría de mis enemigos?

DON PEDRO. ¡Para defenderle a usted!

DON ANTONIO. *Con ironía.* ¡Ah! Para defenderme ¿afirmó que sostengo al maestro de escuela, que es un animal, porque me conviene que nadie aprenda, con objeto de seguir de amo?

DON PEDRO. ¡Esa es una calumnia!

DON ANTONIO. *Sombríamente.* Y lo del grajo ¿tampoco lo ha dicho usté? ¿No me ha puesto usté ese mote, que le costará la vida al primero que lo pronuncie delante de mí? ¿Y no soltó usté que yo era tan fino de gustos, que había comprado el pajarraco para recrearme con sus canciones?

DON PEDRO. *Interrumpiéndole.* ¡Es mentira!

DON ANTONIO. *Torvamente.* ¿Y no agregó usté que este pueblo era un animal en la agonía y yo un grajo que le picoteaba las entrañas?

DON PEDRO. *A punto de llorar.* ¡No...! ¡No salió de mi boca esa falsedad infame! ¡La han urdido para perderme unos canallas a quienes arrancaré la lengua!

DON ANTONIO. *Con feroz energía.* Si fuese verdá... ¡se la arrancaría yo a usté!

DON PEDRO. ¡Yo sólo hablo de usted para elogiarle! ¡Yo le estoy agradecido, aunque, en realidad, lo que cobro lo gano sobradamente, puesto que le administro por la casa y la comida y puesto que, en el Ayuntamiento, mi retribución es inferiorísima á la de mis antecesores!

DON ANTONIO. *Entre sorprendido y amoscado.* ¿Me lo echa usté en cara?

DON PEDRO. ¡Eso, no! Pero podría echarle en cara otras cosas. *Impetuosamente, olvidando por un momento su inferioridad.* ¡Usted me ha privado de toda autoridad y toda influencia! ¡Usted me humilla continuamente! ¡Usted me ha convertido en un guiñapo!

DON ANTONIO. *Con aviesa intención.* ¿Por mí es usté un guiñapo?

DON PEDRO. ¡Por usted, por usted, que no parece sino que me socorrió cuando iba a morir para prolongar mi angustia! ¡Por usted, que hasta ha referido que un tribunal de honor me hizo perder mis estrellas!

DON ANTONIO. *Cruelmente.* ¿Y no es verdá?

DON PEDRO. ¡Pero también es verdad—y usted lo sabe—que no las perdí por cobarde, ni por ladrón, ni por traidor! ¡Las perdí por borracho; por alternar, borracho, con mis inferiores; por consentir que se ahogara en vino el respeto que me debían tener! ¡Y esto, que es sucio, pero no tan sucio como las suposiciones que se hacen, se lo calló usted!

DON ANTONIO. *Desconcertado.* Yo...

DON PEDRO. *Con lágrimas en la voz.* ¡Usted ha hecho de mí un mueble, un estorbo, una cosa risible...! ¡Yo no puedo opinar delante de usted, ni sonreir, ni estar alegre o triste, ni tener mucha o poca hambre...! ¡Y esto es muy duro, señor!

DON ANTONIO. Sería duro, si fuese cierto.

DON PEDRO. ¿Y no lo es...? Aún recuerdo que un día, con la mejor intención, le advertí que no se decía "desquilibrado", sino "desequilibrado", y usted me contestó...

DON ANTONIO. *Quitándole la palabra de la boca.* ¡Que sé más de idioma y de todo que los que viven de mi dinero, y que me río de sabihondos y de diccionarios! ¡Pues no faltaba más!

DON PEDRO. ¿Lo ve usted? Y eso ¿es justo? Permítame que afirme que no lo es. ¡Yo tengo una carrera, yo he mandado, yo he lucido cruces en el pecho! ¡Merezco que no se me hunda!

DON ANTONIO. ¡Séame usté fiel y no le hundiré!

DON PEDRO. ¿Le he vendido, quizás?

Entra JULIA *en el patio.*

DON ANTONIO. No, porque no le he confiado ningún secreto. Me debe ese otro favor.

JULIA. *Desde el patio.* ¿No vienes, papá?

DON ANTONIO. Dejaremos aquí la conversación... por esta vez. Entra, Julia.

JULIA. *Acercándose con timidez a su padre.* Estás manchado... No salgas así. Ven y te cepillaré.

DON ANTONIO. *Benévolo.* No merece que le arregles. Pero ande, vaya con su hija.

DON PEDRO. No. Tengo que lavarme. Voy a mi habitación.

Sale por el patio.

JULIA. *Conteniendo las lágrimas.* El no le vende a usted.

DON ANTONIO. *Sonriéndose.* ¿Usted? *Acariciándole la barba.* ¿No estamos solos? *Julia rompe a llorar mansamente.* ¡Por vida de la sensitiva...! *Con brusquedad.* Le he castigado por su bien. Sin esta lección, hubiera seguido por un camino funesto para la tranquilidad de todos.

JULIA. ¡Pero amarrar a un pobrecito viejo...! Ahora, ¿quién le respetará?

DON ANTONIO. ¿Le respetaban, acaso...? Que no se emborrache y verás cómo le respetan. *Con severidad.* Y conmigo que no juegue, si desea vivir como Dios manda. Que ande con rectitud y no le faltará su pan... ni su vino y, cuando sea conveniente, bailará en tu boda.

JULIA. *Con rubor y tristeza.* ¡Qué he de casarme yo!

DON ANTONIO. ¡Hija, eres de folletín! ¡No parece sino que has nacido en otro planeta! CONSOLACIÓN, *que entra por el patio, avanza sin atreverse a mirar, con una excitación que sólo se manifiesta en la furia con que retuerce su delantalillo. Don Antonio, al verla, calla unos segundos, mirándola con ira, y después continúa hablando como si no estuviese presente.* Decía que te casarás cuando sea preciso, si es preciso alguna vez y si quieres casarte. Si quieres, porque aquí estarás siempre en tu casa. Ve por tu padre. *Julia sale por el patio. Consolación, amedrentada, aguarda unos momentos silenciosa y al sentir las manos de su marido, que la zamarrea, principia a gimotear.* ¡Esto no lo vuelves a hacer!

CONSOLACIÓN. ¡Antonio!

DON ANTONIO. ¡Esto no te lo consiento!

CONSOLACIÓN. *Espantada.* Pero si entré...

DON ANTONIO. ¡A mí no se me espía ni se me cela! *Levantándole el rostro.* ¡Y no aguanto caras en el suelo ni ojos de traidor! *Después de una pausa.* ¿Qué tienes que comunicarme?

CONSOLACIÓN. *Enjugándose las mejillas.* Nada.

DON ANTONIO. Pues cómprate unas botas que crujan para que te sienta yo andar, que me molesta la cofradía del silencio. Y... no saques los pies del plato. Es decir, no te salgas ni con el pensamiento de tu cocina, tu sala y tu alcoba. ¡A lo suyo cada uno!

CONSOLACIÓN. *Llorando.* Pero... ¡soy tu mujer!

DON ANTONIO. Por eso te lo mando. Porque eres mi mujer. Mi costilla. ¡Nada menos que mi costilla!... Pero nada más que mi costilla. *Gravemente.* No olvides cuál es tu papel ni cuál es el mío.

Entran JULIA *y* DON PEDRO *por el patio y en seguida sale, también por el patio, Consolación.*

DON PEDRO. ¿Me necesita usted?

DON ANTONIO. Luego. Voy a echar al mediquillo joven, y como usté es su compañero de grímpola, se me ha ocurrido que sea usté el que le administre el jicarazo. No le diga que no me sirve porque es pancista. Dígale que no tengo fondos para hacer otro cementerio. Con finura, ¿eh?

Suena la aldaba del portón.

JULIA. ¿Quién?

PEDRO LUIS. *Dentro.* Gente de paz.

JULIA. *Abriendo el portón.* ¿Qué desea usted?

PEDRO LUIS. *En el zaguán.* ¿Don Pedro Govantes? *Conmovido.* Pero, me parece que usted... *Entrando.* ¿No es usted su hija?

JULIA. *Reconociéndole de golpe y saltándole al cuello, loca de alegría.* ¡Pedro Luis!

DON PEDRO. *Con una emoción que le enronquece.* ¡Hijo, hijo mío, hijo de mi alma...! *Le besa anhelante, mientras los sollozos hinchan su pecho.*

Pedro Luis es uno de esos hombres a los que fortalece la pelea por la vida. Su figura es apuesta, y en su lozano rostro, grave y varonil, brillan unos ojos llenos de resolución y de audacia y se aprieta una boca voluntariosa, que debe de haber tragado mucha hiel. Viste con elegante soltura un traje obscuro de americana.

PEDRO LUIS. *Emocionàdísimo.* ¡Vamos, padre!

DON PEDRO. *Dejando correr sus lágrimas.* ¡A los diez años...! ¡A los diez años te acuerdas de que dejaste aquí un padre!

PEDRO LUIS. ¡Nunca te olvidé!

DON PEDRO. *Besándole.* ¡Malvado, egoísta!

PEDRO LUIS. ¡Te lo juro!

DON PEDRO. *Apretándole contra su corazón.* Ya... ¡te podías haber quedado allí! *Al abrazarlo, derríbale el sombrero y ve que tiene en la frente la marca roja de una herida, cubierta por un trozo de tafetán.* Pero ¿qué es esto, hijo?

PEDRO LUIS. *Con precipitación.* Nada. *Julia, alarmada, se aproxima a su hermano.* Que hace un ratillo

tropezó con mi frente una bala ciega, sin saber lo dura que es. Ya me ha enterado el médico de que no iba en mi busca, sino en busca de los enemigos del señor Venegas.

DON PEDRO. *Volviéndose hacia don Antonio, que mira a Pedro Luis con recelosa atención.* Este caballero es el señor Venegas, Pedro Luis.

PEDRO LUIS. *Acercándose al cacique con el rostro iluminado por una sonrisa.* ¿Me permite usted que le abrace?

DON ANTONIO. *Sorprendido y tranquilizado.* ¿Cómo no?

PEDRO LUIS. *Abrazándole.* Sé lo que le deben mi padre y mi hermana y le quería sin conocerle, señor.

DON ANTONIO. *Halagado en su orgullo.* ¡Bah...! No hablemos de deudas.

PEDRO LUIS. *Sonriente.* No hablemos. ¡A mí lo que me importa es pagar...!

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

Son las nueve de la mañana. La galería está llena de sol, y a su luz vivísima parecen más negros los cuadros, las arcas y los sillones.

NATIVIDAD, *junto al velador, colocado cerca del portón, acaba de repartir unas limosnas. Tres mendigos—una bruja harapienta y calva, imagen de la rapacidad; un hombre flaco, que igual puede tener un siglo que medio, y un hombre cojo y regordete, parecido a una araña—salen por la izquierda, al aparecer* DON ANTONIO *en el patio.*

DON ANTONIO. *Desde el patio.* Que se da limosna; pero no conversación, Natividá.

NATIVIDAD. *Al mendigo cojo, que sale por el portón.* Ande, ande.

Entra DON ANTONIO *en la galería.*

DON ANTONIO. Cierra. *Natividad cierra el portón.* ¡Cuidao que son puercos! Parece que manchan hasta el aire. ¿Cuántas limosnas?

NATIVIDAD. Treinta.

DON ANTONIO. Que las apunte Sisí. *A* CONSOLACIÓN, *que entra por el patio.* ¿Y don Pedro?

Natividad sale por el patio.

CONSOLACIÓN. En la misa de gracias. Por cierto que el hijo, ni siendo por él, como es, quería ir. *Pausa.* Y, ahora que caigo: el viernes te aguardó en el confesonario don Juan más de una hora.

DON ANTONIO. Con los preparativos de la elección...

CONSOLACIÓN. *Nerviosamente.* Don Juan dice que se «procupa» por el ejemplo. Yo creí que se exigía algo más. Pero, por lo visto, dando ejemplo, aunque no se confiese como es de ley...

DON ANTONIO. *Soltando la risa.* ¡Na, que te ha picao la tarántula!

CONSOLACIÓN. ¡Eso a la Platera y a la mujer del organista, que se han peleao en mitá del porche!

DON ANTONIO. *Con frialdad.* ¿Y qué?

CONSOLACIÓN. Que se han peleao... ¡porque tienen que ver contigo!

Rompe a llorar.

DON ANTONIO. *Con una tranquilidad absoluta.* ¿Y qué? *Después de una pausa amenazadora.* No llores, que no hay motivo. ¿Qué te importan esas... fulanitas? ¿Crees que me dejaría dominar por ellas...? Mírame bien. Mi facha ¿es de cadete o de capitán general?

CONSOLACIÓN. Todo el mundo se burla de mí. Se sabe hasta que ya no tenemos la misma habitación.

DON ANTONIO. Pues con eso lo que se sabe es que vivimos a la moderna. *Indulgente.* Mujer, no me hagas desbarrar con tus pretensiones de barajarme.

CONSOLACIÓN. ¿Y lo pretendo yo, que, con que fueras prudente, me conformaría?

DON ANTONIO. ¿No lo soy...? ¿Puedes echarme en cara alguna locura...? Después de los cuarenta, el que es chato conoce que es chato, y el que es narigón se ha convencido de que es narigón. Las ilusiones se hielan. De modo que yo no presumo de que mi nariz atonte a las mujeres. Es que las mujeres van, como las alondras, a lo que brilla.

CONSOLACIÓN. *Sonriéndose.* Se te ocurren unas cosas...

DON ANTONIO. Ríete, mujer; ríete, que en casa quiero paz. *Al oir la aldabita del portón.* Abre.

Abre Consolación y entran JULIA, DON PEDRO *y* PEDRO LUIS. *Julia, que viste de negro, luce una fina mantilla y unos magníficos pendientes de brillantes.*

PEDRO LUIS. Buenos días.

CONSOLACIÓN. Buenos días.

DON ANTONIO. Hola, señor forastero.

Consolación sale por el patio.

PEDRO LUIS. ¿Se descansó?

DON ANTONIO. Divinamente. *Fijándose en los zarcillos de Julia.* ¡Porra! ¿Traes ahí dos faroles?

JULIA. Es un regalo de Pedro Luis.

DON ANTONIO. *A Pedro Luis.* Bien van los negocios, compañero.

PEDRO LUIS. No marchan mal; pero le advierto que casi todo mi caudal está en las orejas de mi hermana.

DON ANTONIO. En ese caso...

PEDRO LUIS. Es que tengo otro caudal: el de querer y saber trabajar. Yo, cuando salí de España, era, como casi todos los señoritos, bebedor, mujeriego y camorrista, y estaba en condiciones de enseñar a los más listos en la profesión que había cultivado, que era la de verdugo del tiempo. Figúrese, pues, mi situación en Buenos Aires: veinte años, una ambición de águila y una torpeza de topo.

DON ANTONIO. *Riéndose.* ¡Sí sería buena...! Pero, ¡caray!, a los veinte años no es lógico encontrarse tan sin recursos. *Con satisfacción.* A esa edad estudiaba yo el preparatorio de Derecho y ya me había tragado dos cursos de Medicina y dos de Filosofía. Filosofía: de *philos*, amante o aficionado, y *sophia*, sabiduría. *Con petulancia.* Se acuerda uno, sabe uno algo, aunque vegete en un rincón. De manejar librotes, y de podar olivos, y de cuidar viñas...

PEDRO LUIS. ¿Y si no hay olivos que podar, ni viñas que cuidar?

DON ANTONIO. *Con suficiencia.* Hay otras cosas.

PEDRO LUIS. Sí, pero tan duras... Verá usted cómo gané mis primeros cuartos en Buenos Aires. Llevaba quince días de dieta rigurosa, cuando un compañero de bostezos, señorito como yo, pero más orgulloso que yo, me cedió un acomodo que le habían proporcionado en un circo. Fuí, me dijeron que se trataba de una pantomima, me aclararon algunos puntos sobre mi intervención en ella, y firmé el contrato. Mi papel, el principal, era muy fácil. Yo, vestido maravillosamente con un pantalón cuyos fondillos llegaban al suelo y con un frac cuyos faldones no me cubrían ni la cintura, y rapado perfectamente, no tenía más que una obligación: entrar en la pista, sentarme frente a la puerta por donde salían los titiriteros y aguantar su gimnasia de manos y brazos, diciendo a todo que no. Verdaderamente fácil, como habrá notado usted.

DON ANTONIO. Pero ¿qué gimnasia hacían?

PEDRO LUIS. ¡Oh! Conmigo, la más vulgar. Primero se presentaba el director del circo, muy peripuesto, con su levita verde y sus bigotes engomados. "¿Qué hace usted aquí?" Y yo me encogía de hombros... "¿Quién le ha dado licencia para entrar aquí?" Y yo volvía a encogerme. "¡Márchese!" Y entonces empezaba yo a recitar mi papel: "¡No!" "¿No?" "¡No!" "¿Que no se va usted?" "¡Que no!" Y esta resolución heroica

me valía un par de bofetadas del señor de la levita verde, que se retiraba con mucha dignidad.

DON PEDRO. Pero... ¡es horrible!

PEDRO LUIS. ¡Quiá! Es molesto, padre. Nada más que molesto. Después del director, me acometía el barrista, que, para castigar mi insolencia, no se conformaba con darme dos moquetes y me daba cuatro, con profundo regocijo de la chiquillería. Pero, detrás del hombre de las barras, venía el hombre de los trapecios, que me obsequiaba con ocho; y detrás el contorsionista, que me atizaba diez; y detrás el malabarista, que jugaba con mi cabeza como con uno de sus pelotones, y luego me honraban los payasos, cuyas bofetadas parecían tiros, y, por fin, grande como un elefante y pesado como un hipopótamo, aparecía el hércules... ¡Y qué gritos de júbilo entonces, y qué carcajadas tan alegres!

JULIA. *Triste y avergonzada.* ¡Cállate!

PEDRO LUIS. ¿Por qué?

DON PEDRO. *Herido en su corazón y en su orgullo.* Siempre te ha gustado burlarte así.

DON ANTONIO. *Riéndose.* Pero ¿no le da a usté vergüenza de referir esos episodios?

PEDRO LUIS. ¿Vergüenza de contar lo menos vergonzoso que, hasta entonces, habia hecho en mi vida...? ¡Cá! No, señor. Gracias a la pantomima, por primera vez, fuí útil. Tolerando que me escarnecieran para hacer reir. Conforme. Pero yo, que nunca lo había sido, y que aún no

lo podía ser con mi cerebro, que era una tierra abandonada, ni con mis manos, que sólo servían para partir el pan que no sabían ganar, fuí útil con mis mejillas. Y, admírese usted: aquella noche, recibiendo bofetadas, empecé a tener verdadera dignidad.

DON ANTONIO. *Socarrón.* Y... ¿siguió almacenando dignidad de ese modo?

PEDRO LUIS. Algunos días. *Sonriendo.* Pero, no se burle usted. Si reflexiona, no se burlará. No voy a descubrirle que una lección le conviene a todo el que es capaz de aprovecharla. Y como, además, aquéllas me habituaron a soportar el dolor, y como a este hábito le debí después, en el boxeo, muy bonitos triunfos, dígame si las lecciones del circo no me fueron provechosas.

Entra SACRIS *por el portón.*

SACRIS. *Alegremente.* Buenos y santos.

DON ANTONIO. *Con sorpresa.* ¿Usté por aquí?

SACRIS. *Riéndose.* Pos ¿no hemos quedao amiguísimos?

DON ANTONIO. Sacris... ¡que no me fío de usté!

SACRIS. Entonces menos se va a fiar de un galán que ha entrao ahora mismo en su molino y que va a salir de allí más veneguista que don Antonio Venegas.

DON ANTONIO. *Con interés.* ¿Su yerno?

SACRIS. El marío de mi hija, que trae la rama de olivo.

DON ANTONIO. Sacris, si eso es verdá, abriremos cuenta nueva.

SACRIS. Convénzase usté.

DON ANTONIO. A convencerme voy.

Sale por el patio.

DON PEDRO. *A Pedro Luis.* Este señor es Sebastián Alvarez, el labrador más acaudalado del pueblo y mi mejor amigo.

SACRIS. *Dándole la mano a Pedro Luis.* ¿Está usté bueno?

PEDRO LUIS. Y contentísimo de conocer a usted, señor Alvarez.

SACRIS. No, no. Dígame usté Sacris. Estoy ya tan acostumbrao al mote, que cuando me llaman por el apellío ni siquiera hago caso. ¿Verdá, Julita? Pero ¿por qué ponemos esa cara de juez?

JULIA. Es que he dormido poco y me duele la cabeza. Me voy a acostar un ratillo. Hasta luego.

Sale por la derecha.

SISÍ. *Desde el patio a don Pedro.* Que don Antonio le necesita.

SACRIS. Y mi yerno tamién le necesitará... Vaya usté... y ayude pa que se firmen las paces.

DON PEDRO. Con el alma y la vida.

Sale con Sisí por el patio.

SACRIS. *Amablemente y fingiendo una respetuosa timidez.* Por mí, si tiene usté que hacer algo...

PEDRO LUIS. Serle agradable.

SACRIS. Muchas gracias. No merezco esa finura; pero sé agradecerla. Y viniendo de usté, más, porque su padre y yo somos buenísimos compañeros, y ahora, con mi entrá en el veneguismo, vamos a ser como hermanos.

PEDRO LUIS. De manera que usted es un campeón que se rinde.

SACRIS. ¡Psé...! Rendirme... Pero yo, bajo como soy y abajo como estoy, no me resino a que me pisen las espaldas. Pa escalón no me trajo al mundo mi madre. Y con Venegas el único modo de no serlo es no pelear.

PEDRO LUIS. ¿Y para qué peleó usted?

SACRIS. Qué sé yo. Por el genio, porque nos hace desvariar el cochino genio. *Dándole un valor extraordinario a la confidencia.* A mí, cuando la sangre «me se» sube a la meollá, me parece que «me se» borran las arrugas, y que el pelo «me se» pone como el carbón y que me salen otra vez los colmillos. *Riéndose.* Ya ve usté. Siendo uno lo que se llama una pavesa. *Grave.* Pero la sangre no me juega muchas trastás.

PEDRO LUIS. Y que don Antonio no dará motivos. Gran persona, ¿verdad?

SACRIS. *Con una ambigüedad graciosísima.* Una persona... ¡tremenda!

PEDRO LUIS. Brusco, pero de grandísimo corazón.

SACRIS. ¡Claro que lo tendrá!

PEDRO LUIS. *Un poco sorprendido.* ¡Cómo que lo tendrá! ¿No lo tiene?

SACRIS. *Candoroso.* ¿He dicho yo tal cosa? *Con la energía de un hombre de bien.* ¡Ni la diría aunque me diesen un tesoro! ¿Quién conoce a alguien en su interior? *Pausa.* Pero si yo no he entrao por completo en las honduras de Venegas, estimarle sí que le estimo, y le juro a usté que si se ponen las cosas de tal conformidá que no hay más remedio que ser caballero... ¡don Antonio lo es superiormente!

PEDRO LUIS. ¿Y si no se ponen así las cosas?

SACRIS. *Como una monjita alarmada.* ¡Carámbolis, que hace usté unas preguntas! *Adulador.* ¡Cómo se alvierte que es usté un hijo pródigo de esos que han recorrío medio planeta...! *Bajando la voz.* ¿Cuántas palabras pudo soltar sin que lo calara usté?

PEDRO LUIS. *Ocultando la inquietud que le asalta.* Sin embargo, yo no me pude imaginar que...

SACRIS. *Interrumpiéndole.* Oiga: hace ya muchos inviernos, pa hablar con media humanidá, mi santo es San Nosé, que nunca compromete; pero, pa dirigirme a los amigos, tengo otro santo que es San Aguaclara. De modo que ná malo

de don Antonio le cuento, porque ná malo sé. Si lo supiera ¿no se lo contaría siendo usté hijo de don Pedro, y siendo uña y carne don Pedro y yo...? Tan uña y carne, que por él principalmente reñí con Venegas. Porque indigna eso de que se atropelle... *Como avergonzado de su indiscreción.* Ea, ya me iba a desbocar. *Por la lengua.* ¡Esta maldita es lo único que no se ha puesto viejo en mí y corre como un chiquillo que se escapa de la escuela!

PEDRO LUIS. Pues déjela ahora correr, si quiere a su amigo tanto como dice.

SACRIS. Después de todo, hablando con usté no le voy a perjudicar. Y que son tonteras. Que duelen, sí; pero que, mirándolas con serenidá, no deshonran. El que le reprendan a un viejo bárbaramente ¿le deshonra? ¡Tendría que ver! ¡Como tendría que ver que perdiese la honra porque le hubieran amarrado lo mismo que a un criminal!

PEDRO LUIS. *Disimulando su ansiedad.* ¿Y han amarrado a mi padre?

SACRIS. *Como sorprendido.* ¡Ah! ¿No lo sabía? Yo pensé que su hermana... Pero no se apure usté, que fué una broma que nos dió don Antonio.

PEDRO LUIS. Y con mi padre ¿bromea así frecuentemente?

SACRIS. ¡No, hombre, no! Ni conmigo. En don Antonio, pa que usté se entere, lo principal

es el estrépito. Si fuéramos a creer a los que le odian, no hay en presidio un ladrón que, comparao con él, no sea un seminarista de primer año. Pero ya sabe usté que la pasión to lo agranda y que más corta una lengua de mujer que un cuchillo. ¡Las mujeres...! ¿Ve usté? Por ahí llegará a su perdición. ¡La cabeza apostaría...! Tan feo y tan maúro, es más enamorao que un mico, y no hay "naguas" que se le escapen por las buenas, por las malas o por las peores. En eso no le defiendo, porque ¡carámbolis! se ha cargao cada partía... Y así, naturalmente, moza que se arrima a él, o que deja que se le arrime... pues, pa la gente, es virtú al agua.

PEDRO LUIS. *Dominándose.* ¿Sea quien sea la moza? *Con gravedad.* Porque mi hermana vive aquí.

SACRIS. *Como si no le hubiera oído.* ¡Si es un moro enteramente...! Un sultán. Pues ¿y su avaricia?

PEDRO LUIS. *Con severidad.* No, no, Sacris. No desvíe la conversación. Ya ha dicho usted mucho para cambiarla.

SACRIS. *Fingiendo un gran asombro.* ¿Mucho? ¿De qué? ¿Ande va usté a parar?

PEDRO LUIS. *Con frialdad y energía.* ¡Mi hermana vive aquí!

SACRIS. *Como si comprendiera de súbito y como si le molestase comprender.* ¡Ooooh...! No se puede hablar con usté. Pa su edá, conoce demasiao el mundo... y cae en lo que un viejo no caería.

PEDRO LUIS. Por eso, aunque ya no hace falta que agregue nada, le suplico a usted que continúe y expresándose francamente. Ahora, la prudencia sería maldad. Al asunto. ¿Qué se dice de mi hermana? *Sacris se oprime la frente como si estuviera lleno de perplejidad.* Si es usted amigo de mi padre, confíese a mí.

SACRIS. *Simulando un terrible disgusto.* ¡Por vida de mi simpleza, que nací tonto y tonto he de morirme...!

PEDRO LUIS. Confíese a mí, Sacris. No se arrepentirá.

SACRIS. *Con la violencia de un hombre digno obligado a revelar lo que ocultaría por su gusto.* Pues sí, señor: se murmura de su hermana. ¡Y maldita sea mi lengua' que no ha sabido contenerse! Pero como usté ha llamao al corazón del amigo... Se murmura, y tan en gordo, que no ha faltao quien asegure que usté venía con la intención de matar a Venegas. Ya ve usté qué disparate.

PEDRO LUIS. *Con frialdad.* Sí que lo es.

SACRIS. ¡Pero si en estos pueblos hay una malicia que no pué resistirse...! Dan por perdía a la hermana, y ¡claro!, creen que el hermano la tié que vengar.

PEDRO LUIS. Y la malicia, ¿deja en paz al padre?

SACRIS. Le deja en paz. El padre, su padre de usté, es un caballero y nadie le critica. Estando tan acabaillo como está, ¿qué se le va a exi-

gir...? Y que, como se alumbra, porque aquí hay que rematar en bebedor con objeto de no aburrirse ni preocuparse mucho... *Riendo.* To el mundo bebe: unos pa ahogar en vino las penas, y otros pa emborrachar al hambre. Y no le vendrían a usté mal unos vasitos en este momento, pa que le limpiaran de malas yerbas el tejao. *La cabeza.* Ea, a no cavilar, que las cosas son como Dios quiere que sean y na se remedia con cavilaciones.

Entra DON ANTONIO *por el patio.*

DON ANTONIO. Bien, Sacris. Arreglao. *Apretándole la diestra efusivamente.* Ya empiezo a fiarme de usté, zorrastrón.

SACRIS. ¿Zorrastrón o corderillo...? ¡Pobre de mí!

DON ANTONIO. Venga usté a la bodega, que estamos celebrando la reconciliación. *A Pedro Luis.* Y usté.

PEDRO LUIS. *Calmosamente.* Un momento. Tenga la bondad. Vaya usted, Sacris, que no tardamos.

SACRIS. *Con una leve inquietud.* Pues hasta luego.

Sale por el patio.

PEDRO LUIS. Dispénseme si le he cortado una diversión; pero me urge hablarle a solas.

DON ANTONIO. *Adivinando en el tono de su inter-*

locutor algo desagradable y poniéndose en guardia. Hable usté. *Ofreciéndole un sillón.* Asiento.

Se sientan y el cacique mira receloso a su huésped.

PEDRO LUIS. *Después de unos instantes de silencio.* Soy enemigo de rodeos y voy a expresarme con una claridad absoluta.

DON ANTONIO. Así me expreso yo siempre.

PEDRO LUIS. Pues escuche.

DON ANTONIO. Escucho.

PEDRO LUIS. En el pueblo hay quien asegura que yo he venido a matarle a usted.

DON ANTONIO. *Verdaderamente asombrado.* ¡Atiza! *Echándose a reir de pronto.* ¿Y le ha preocupado esa barbaridad...? ¡Pero, hombre!

PEDRO LUIS. *Muy serio.* No; esa barbaridad no me ha preocupado. Lo que me ha preocupado es su origen, porque aseguran que vengo a matarle los que afirman que no ha sabido usted respetar a mi hermana.

DON ANTONIO. *Ambiguamente.* ¡Ah! *Después de una pausa.* Y a la opinión de esa gente ¿le concede usté algún valor?

PEDRO LUIS. Usted, por lo visto, ¿no se lo concede?

DON ANTONIO. *Con bárbaro desdén.* ¡Yo...! *Se ríe.* Yo estoy acostumbrao a que me calumnien, y por calumnia de más o de menos no voy a perder las ganas de comer, ni el buen humor... ni la calma. Pretender que los enemigos, y hasta los

amigos, se callen, es querer ponerle puertas al campo. Y como yo no estoy loco, dejo a las lenguas trabajar.

PEDRO LUIS. *Con viveza.* ¡Es que ahora no le calumnian a usted, señor! ¡Calumnian a mi hermana!

DON ANTONIO. *Con grosería.* ¡Pues impídalo usté, porque yo no puedo impedirlo!

PEDRO LUIS. *Incisivo.* ¡Ah! ¿Lo toma usted así?

DON ANTONIO. *En tono y gesto agresivos.* ¿Quiere usté que llore? Y dígame pronto lo que desea de mí.

PEDRO LUIS. *Con energía, mas sin perder la serenidad.* Lo primero, que me hable de otra manera. Con respeto, porque tengo derecho a que me respete y resolución para mantener mi derecho.

DON ANTONIO. *Visiblemente alterado.* ¿Me quiere usté insultar?

PEDRO LUIS. ¿Porque me defiendo?

DON ANTONIO. *Conteniéndose.* Bien. Estando donde estamos no hay discusión posible. Pero, acabe. Tenga la amabilidad.

PEDRO LUIS. En las palabras precisas. Despida usted a mi padre de su casa y del Ayuntamiento.

DON ANTONIO. ¿Porque se le antoje a usté? ¿Sin un motivo?

PEDRO LUIS. El motivo puede ser el que le sirvió para amarrarle.

DON ANTONIO. *Cogido de improviso.* ¡Ah! ¿También...? *Levantándose.* Pues no. Para lo que pretende, no es posible aprovechar ese motivo.

PEDRO LUIS. ¿Y no buscará usted otro?

DON ANTONIO. *Imperturbable.* No.

PEDRO LUIS. ¿No le convendría que saliese de aquí mi padre sin saber miserias que debe ignorar...?

DON ANTONIO. *Con obcecación malévola.* No.

PEDRO LUIS. ¿No le importa el escándalo?

DON ANTONIO. ¿El escándalo? *Volviendo a alterarse.* ¿Quién va a escandalizar?

PEDRO LUIS. *Dominando sus nervios.* Sin perder la calma, señor. Se lo suplico. *Pausa.* Su conducta es tan singular que, si no confiase yo tanto en Julia, sospecharía. Compréndalo.

DON ANTONIO. Y si usté sospechase, ¿qué?

PEDRO LUIS. *Con serenidad.* Como no sospecho todavía, no le replico.

DON ANTONIO. *Con desdén.* Mejor. Y no se rompa usté la cabeza con charadas. Y otra vez, para librarse de ideíllas negras, antes de solicitar un favor, entérese de si cuesta mucho concederlo. Su padre me debe más de cinco mil pesetas y no me ha pasado por la imaginación despedirme de esos mil duros.

PEDRO LUIS. *Con alegría.* ¡Oh! ¿Era por eso...? ¡Se los pagaré yo!

DON ANTONIO. *Con frialdad.* Es su padre quien me los debe.

PEDRO LUIS. *Firmemente, después de una pausa.* Pues llegaré adonde haya que llegar, y se los pagará mi padre.

Entra DON PEDRO *por el patio.*

DON ANTONIO. *Con socarronería.* Ahí le tiene. Convénzale... si se deja convencer. ¿Qué hay, don Pedro?

DON PEDRO. *Con pueril entusiasmo.* Que Sacris nos espera en su bodeguilla. *Riéndose.* Con el "quitapesares" amontillado.

DON ANTONIO. Allá voy. *Deteniendo a don Pedro.* No; usté, no. Usté, dentro de un ratillo. Cuando paguen los del aceite, que están acabando de cargar. Le reservaremos su botella.

Sale por el portón.

DON PEDRO. *Apenado e iracundo.* ¡Habrá imbécil! Le invitan por mí...

PEDRO LUIS. *Cariñoso.* ¿Y qué te importa? Hoy ¿no has bebido ya demasiado?

DON PEDRO. *Arisco.* ¿Sermones, Pedro Luis? ¿No te has dejado en América esa costumbre? *Con sorda cólera.* No se pierden las malas mañas. Genio y figura...

PEDRO LUIS. *Respetuosamente.* Yo las he perdido. *Cogiéndole una mano y apretándosela amorosamente.* ¡Vamos, padre, que no te censuro! ¡Si comprendo que aquí te fuerzan a beber las condiciones en que se desarrolla tu vida! Ya sé que tu existencia no es muy blanda.

DON PEDRO. *Sobre aviso.* La existencia no es blanda en ninguna parte. Eres muy niño todavía, Pedro Luis. Lo interesante, sea dura o blanda la existencia, es influir, mandar, imponerse. *Con petulancia.* Y aquí, sin que nadie lo sepa, el amo soy yo, porque domino al amo. ¡Yo! ¡Tu padre! ¡Esa es la realidad! El cerebro de esta casa y de este villorrio—¡que es una carroña con un grajo encima!—está delante de ti.

PEDRO LUIS. Y don Antonio ¿es generoso contigo?

DON PEDRO. ¿Él? ¡Con nadie!

PEDRO LUIS. Entonces ¿qué le habrá impulsado a prestarle a un hombre que nada tiene como tú?

DON PEDRO. *Con asombro.* ¿Que él me ha prestado?

PEDRO LUIS. Me ha dicho que más de cinco mil pesetas. ¿No es verdad?

DON PEDRO. *Sombríamente.* Que se las debo es verdad. *Con energía.* Que me las haya prestado, no lo es. Yo me encargué de la Secretaría del Ayuntamiento seguro de que, como mis antecesores, cobraría cuatro mil pesetas, y las cobré más de dos años. Luego me dijo don Antonio que mi sueldo jamás había pasado de dos mil... y me convirtió en su deudor.

PEDRO LUIS. *Dolorido y airado.* Es decir, que te burla, que te roba y que, pareciéndole eso poco, se atreve a humillarte.

DON PEDRO. *Con algún desconcierto.* ¿A mí...? Me figuro que te han llenado la cabeza de fábulas.

PEDRO LUIS. *Con amargura.* ¿No te amarraron ayer?

DON PEDRO. *Entre avergonzado y colérico.* ¡Me amarraron por broma!

PEDRO LUIS. Por broma ¿se puede amarrar a un caballero?

DON PEDRO. *Alterado.* ¡Sí, puesto que me amarraron a mí!

PEDRO LUIS. ¡Padre!

DON PEDRO. *Temblando de ira.* ¡Sí, puesto que me amarraron a mí! *Pausa.* No sigas por esa senda. ¡Si te han dicho que con tu padre se puede jugar, te han engañado! ¡No se juega con tu padre! *Amenazador.* ¡Y si tú lo has creído... eres un...!

PEDRO LUIS. No te contengas. Sigue, y te convencerás de que no soy más que un hijo respetuoso.

DON PEDRO. *Amansado.* Si es así, respeta mis debilidades. *Con creciente emoción.* Hace diez años te fuiste en busca de una vida más digna. ¡Más digna...! No he conseguido olvidar esas palabras. Si ahora te vas, no me hieras. *Con la voz mojada en lágrimas.* Ya no estoy fuerte, Pedro Luis. Y no has debido avergonzarme.

PEDRO LUIS. *Amorosamente.* Pero, ¿te avergüenza que me duela una humillación que has sufrido? ¡Padre, que la he mencionado para pe-

dirte que dispongas de mí...! El hijo que te habla en este momento, no es el que emigró: es un hijo para el cual la única vida digna es la que se emplee en defenderte y ampararte. ¿Por qué, teniendo yo ánimos para trabajar, te has de someter tú a un bestia? ¿Por qué has de vivir esclavizado, pudiendo ser el dueño de mi casa...? Serás el dueño de mi casa, me ayudarás, me dirigirás...

DON PEDRO. ¿Necesitas tú directores como yo? *Pausa.* No, no me iré. No es por soberbia. Si tuvieses algo asegurado, abandonaría este pueblucho sin la menor vacilación. Pero tú no tienes más que esperanzas y yo tengo aquí una realidad, *Gravemente.* Una realidad que sostiene a Julia y que asegura su porvenir.

PEDRO LUIS. *Vacilante.* Padre... te equivocas. Esa realidad que sostiene a Julia no asegura su porvenir. Lo compromete.

DON PEDRO. *Después de una interrogación muda.* ¿Por qué causa?

PEDRO LUIS. *Afligido, pero resuelto.* No te la quería revelar, pero me obliga tu resistencia. Perdóname.

DON PEDRO. *Con ansiedad.* ¿Qué vas a decirme? *Temblando.* ¡Calla, si es cosa que no deba oir un padre!

PEDRO LUIS. No debo callar... Perdóname. *Bajando la voz.* Se critica a Julia.

DON PEDRO. *Excitadísimo.* ¿A mi hija? ¿Y quién? ¿Y con qué pretexto?

PEDRO LUIS. *Amargamente.* ¿No vive junto a ese hombre?

DON PEDRO. *Indignado.* ¡Vive junto a mí, donde vivo yo!

PEDRO LUIS. ¡Pero a su lado! ¡Y escucha a la gente y oirás decir que en el mundo todo es posible!

DON PEDRO. *Lívido de furia.* ¡Esa monstruosidad, no! ¡Es imposible que mi Julia no sea la misma honestidad! ¡Si no es ella virtuosa, es que en la tierra no hay virtud! ¡Antes que creer que se ha envilecido, creería que, sin yo saberlo, han robado mis manos! ¡Dime quién es el autor de la calumnia, para que haga yo lo que tú no te has atrevido a hacer!

PEDRO LUIS. *Con dignidad.* Bien sabes lo peligroso que sería ofender en mi presencia a Julia. No me han dicho que se haya envilecido, sino que el pueblo lo cree, porque habita aquí. ¡Y hay que defenderla! *Violentamente.* ¡Del pueblo y del amo de esta casa! ¿Es que no puede estar enamorado de Julia? Y si lo está, un bruto como él, para perseguirla ¿no apelará a los medios más viles?

DON PEDRO. Pero ¿has perdido el juicio? ¿Habría tolerado tu hermana ni siquiera la sombra de una insinuación...? ¡No la conoces, Pedro Luis, y vas a conocerla! *Llamando junto a la puerta de la derecha.* ¡Julia, Julia!

Entra JULIA. *Procura sonreir con indiferencia; pero*

en la alteración de su rostro se comprende que ha escuchado. Viste un traje sencillo de casa.

JULIA. ¿Me has llamado mucho? Estaba en la alcoba acabando de vestirme.

DON PEDRO. *Después de mirar largamente a Julia y de acariciarle las mejillas.* Mírala. Mira estos ojos, Pedro Luis. ¿No te avergüenzas de haber repetido esa calumnia?

JULIA. *Sin conseguir dominar sus nervios y apartando cobardemente sus miradas de Pedro Luis, que la observa con ansiedad.* ¿Una calumnia?

DON PEDRO. ¡Una infame calumnia, que tú vas a destruir!

JULIA. *Cediendo irreflexivamente al pavor.* ¡Me asustas!

PEDRO LUIS. *Acariciándola.* No, boba. ¿Por qué has de asustarte? ¿Por una pregunta que te quiere hacer papá...?

DON PEDRO. Corre por ahí que entre Venegas y tú hay unas relaciones que no son puramente amistosas. *Julia, avergonzada, oculta el rostro en el pecho de su hermano.* Y nosotros, que no dudamos de ti, queremos saber si don Antonio, en su trato contigo, se ha olvidado de que tú eres una señorita y él un hombre que no es libre. *Julia rompe a llorar.* ¿Qué significan esas lágrimas...? Responde. ¿Te ha cortejado? *Julia permanece cabizbaja, sin bríos para contestar.* ¿Tienes que pensar la respuesta?

JULIA. *Dominándose, pero sin conseguir que su voz*

sea firme. No tengo que pensarla. No me ha cortejado.

DON PEDRO. ¿Ni te ha hecho ninguna insinuación?

JULIA. Ninguna.

DON PEDRO. ¿Ni has observado en él...?

JULIA. *Interrumpiéndole.* Nada. Conmigo es como con las personas de su familia: brusco, violento. *Con sinceridad.* Nadie podría decir ni siquiera que me tuviese estimación.

DON PEDRO. *A Pedro Luis.* ¿Te has convencido?

PEDRO LUIS. Me he convencido. *A Julia, que le mira con sorpresa y dolor.* No he dudado de ti. He dudado de ese hombre... y le he temido al pueblo.

DON PEDRO. *A* Sisí, *que entra por el patio.* ¿Qué ocurre?

SISÍ. Que han acabao los cargaores y quieren abonar el aceite.

DON PEDRO. Llévalos al despacho. *A Pedro Luis, cuando sale el mozo por donde entró.* No vuelvas a olvidar que he mirado por mi hija y que, para ciertos atrevimientos, hubiera sido un juez muy duro.

Sale por el patio.

JULIA. *Después de unos instantes de silencio.* No le contraríes.

PEDRO LUIS. ¿Ni por ti? ¿Qué sería de ti, si

yo no interviniera? ¿Seguirías viviendo junto a un individuo que es, según los maliciosos...? No quiero repetirlo.

JULIA. Si nuestro padre tuviese dónde ir...

PEDRO LUIS. Adonde yo vaya. ¿Con quién estará más considerado?

JULIA. Sí; pero con lo vidrioso que es... Se avergonzaría de que tú le mantuvieras.

PEDRO LUIS. Y de que le mantenga ese bestial sujeto ¿no? *Persuasivo.* ¡Julia, ayúdame! ¡No te sacrifiques a su vanidad! ¿No es justo que defiendas tu fama y tu derecho a que te respeten, y que aspires a ser feliz?

JULIA. *Con melancolía.* Es igual.

PEDRO LUIS. *Hondamente emocionado.* ¿Igual? ¿Es igual la tristeza que la alegría, y el honor que la infamia? ¿Es igual vivir que morir...? Julia, ¿qué tienes?

JULIA. *Conteniéndose.* Nada.

PEDRO LUIS. ¿Qué tienes, hermanita? A los veinte años, no es lo mismo volar que hundirse; a los veinte años, la vida, que luego será un tormento, es una fiesta... ¿Por qué no lo es para ti?

JULIA. Yo he sido tristona siempre.

PEDRO LUIS. No. Cuando me fuí, salían de tu boca menos palabras que risas.

JULIA. Hace tanto tiempo...

PEDRO LUIS. Y has cambiado de tal modo... Yo no he cambiado. Mira... *Saca de un bolsito de*

raso que guarda en la cartera cuatro moneditas de a dos reales. Estas moneditas, todo el caudal que pudiste ahorrar, pasaron de tu alcancía a mi bolsillo la mañana que me embarqué. ¿No recuerdas...? Tú, que, a los ocho años, tenías una terrible ambición, te pusiste a reunir para comprar una viña...

JULIA. *Riendo entre lágrimas.* Sí, ahora recuerdo. Me ilusionó lo de comprar, cuando fuera grande, una viña, y se lo decía a todo el mundo. Soñaba con mi viña.

PEDRO LUIS. Y, sin embargo, para que no prescindiera de ninguna comodidad en mi viaje, me diste el dinero. Tu finca, Julia; tu puñadillo de esperanzas y de ilusiones. Pero estas monedas nunca han salido de aquí. Llevándolas como un amuleto y pensando en hacer dichosa a la pequeñuela que me las entregó, he trabajado y casi he vencido... Y ahora, al llegar con la dicha, me dices que es igual. ¿Por qué, Julia? ¿Es que ya no me quieres, o es que, por desgracia, he llegado tarde?

JULIA. *Conteniendo las lágrimas.* ¿No quererte yo...?

PEDRO LUIS. *Con amargura.* Entonces... he llegado tarde. *Julia rompe a llorar nerviosamente.* ¡He llegado tarde!

JULIA. *Sollozando.* ¡Pero no soy mala, Pedro Luis! *Apretándose contra su pecho.* ¡No me abandones! ¡Aunque lo merezca, no me abandones!

PEDRO LUIS. *Acariciándola.* ¿Abandonarte yo? ¿Por qué? ¿Porque eres desdichada? ¿Porque te has enamorado de un hombre que no merecía tu cariño?

JULIA. *Con altivez.* ¡Ah, no! ¡No me enamoré! ¡No me creas peor de lo que soy! ¡Abusó de mí!

PEDRO LUIS. *Demudado.* ¿Qué dices?

JULIA. ¡Por nuestro padre! Porque yo no me rendía, le maltrataba, le esclavizaba...

PEDRO LUIS. *Temblando.* ¡Julia!

JULIA. *Conteniendo los sollozos.* Y él, viéndose tan perseguido, se pasaba las noches llorando como una criatura... ¡y diciéndome que tendríamos que pedir limosna! *Llorando.* ¡Nuestro padre pidiendo limosna, a su edad y con su orgullo...! ¡Pidiendo limosna porque no podía vivir junto a ese hombre, y porque, separado de ese hombre, que le colocó, no sabía cómo vivir...! Yo ¿hubiera tenido ánimos para tolerar que, por mi culpa, le despidiese o siguiera maltratándole...? Pero antes de que se me acabaran los ánimos, esa bestia feroz... *Abrazándole sacudida por los sollozos.* ¡No, no es posible que te lo imagines, Pedro Luis!

PEDRO LUIS. *Estremecido por una cólera que le incendia los ojos.* ¡No, no me cuentes más! ¡Ahórrate toda violencia! *Besándola.* ¡Y sé valiente!

JULIA. Sí, Pedro Luis. Pero ¡no me abandones! ¡Llévame contigo!

PEDRO LUIS. *Acariciándola.* ¡Conmigo, conmi-

go, para que ya no te separes de mí! Pero ten valentía y ayúdame.

JULIA. ¿Qué he de hacer?

PEDRO LUIS. *Entre caricias.* Estar serena, tragarte las lágrimas, sonreir... ¿No serán cosas muy difíciles?

JULIA. No. *Inquieta.* Y tú...

PEDRO LUIS. Yo nunca pierdo la serenidad. *Llevándola hacia su habitación.* Y arréglate. Que no te vean así.

JULIA. Lo que tú mandes.

Sale Julia por la derecha. Pedro Luis recorre la estancia meditabundo, y de pronto, como si hubiese adoptado una resolución, se asoma al patio y llama.

PEDRO LUIS. Sisí... Sisí...

SISÍ. *Dentro.* Va. *Entra a los pocos segundos.* No ha acabao don Pedro, señorito.

PEDRO LUIS. ¿Me haría usted el favor de avisarle a su amo?

Entra DON ANTONIO *por el portón.*

DON ANTONIO. No hace falta. *A Sisí.* Vete. *Cuando deja de ver al mozo.* Comprendí que iba usté a seguir averiguando y, por si al rematar sus averiguaciones me echaba usté de menos, no me he entretenido.

PEDRO LUIS. *Con una emoción que sólo es traicionada por un leve temblor de las manos y un ligerísimo enronquecimiento.* Gracias.

DON ANTONIO. *Torvamente.* Creo que en la calle estaríamos con más comodidá que aquí.

PEDRO LUIS. *Calmoso.* Con la misma.

DON ANTONIO. O con más libertá.

PEDRO LUIS. Con la misma libertad.

DON ANTONIO. *Pausadamente.* Lo decía porque en mi casa no me gustan los escándalos.

PEDRO LUIS. A mí, en ninguna parte. Pero como no es preciso escandalizar... Me limitaré a formular una proposición: que haga un viaje en mi compañía.

DON ANTONIO. No le entiendo. Explíquese.

PEDRO LUIS. Iremos a la capital, donde usted cuenta con muchos amigos y yo con algunos; inventaremos una fábula: que usted me ha abofeteado, o que yo le he abofeteado...

DON ANTONIO. *Interrumpiéndole, pero sin alterarse.* Eso último no lo iban a creer.

PEDRO LUIS. *Reprimiendo su cólera.* Y usted me enviará los padrinos o se los enviaré yo.

DON ANTONIO. *Secamente, después de negarse con movimientos de cabeza.* No.

PEDRO LUIS. *Mirándole con fijeza y hablando con lentitud.* Usted no se puede negar a complacerme.

DON ANTONIO. *Con una mirada agresiva.* ¿Por qué?

PEDRO LUIS. Porque, a su edad, los hombres son razonables.

DON ANTONIO. Por eso no haré una tontería.

PEDRO LUIS. Obrar como los caballeros para librarse de ir a presidio, ¿es una tontería?

DON ANTONIO. *Con bestial tozudez.* ¡Sí, señor! Y no continúe, porque es inútil. *Con violencia.* ¡No me bato! ¡Yo no pierdo el tiempo, ni me pongo en ridículo! ¡Si usté quiere pedirme cuentas, pídamelas sin necedades, a solas, y nos atizaremos no un tiro o una cuchillada, sino las cuchilladas y los tiros que buenamente podamos resistir! ¡Y aquí terminó la conversación!

PEDRO LUIS. *Con una frialdad amenazadora.* No. No es posible.

DON ANTONIO. *Con fiera energía.* ¡Aquí terminó la conversación!

PEDRO LUIS. *Con una serenidad que desconcierta al cacique.* Le doy a usted... *Mirando el reloj.* Son las nueve, y de nueve de la mañana a doce de la noche van quince horas... Le doy a usted un plazo de quince horas para que estudie lo que le he propuesto.

DON ANTONIO. *Burlándose.* ¿De veras? ¿Tendrá usté esa generosidá?

PEDRO LUIS. *Imperturbable.* Dentro de quince horas, para saber lo que ha decidido, le buscaré.

DON ANTONIO. *Cada vez más descompuesto.* Y me encontrará... ¡y si se empeña le haré que recuerde las pantomimas!

Pedro Luis retrocede como si hubiera recibido una bofetada y calla unos instantes.

PEDRO LUIS. *Con el temblor de las manos y la ronquera más pronunciados.* Puesto que no le gusta escandalizar, suprima los insultos. En situaciones como la nuestra sólo insultan los que no tienen valentía ni educación.

DON ANTONIO. *Aproximándose a su enemigo, ciego de cólera.* ¡Repita eso!

JULIA. *Asomándose por la derecha y gritando angustiada.* ¡Pedro Luis!

DON ANTONIO. *A Julia, airadamente.* ¡Tú te vas ahora!

JULIA. *Con energía y defendiendo con su cuerpo a Pedro Luis.* ¡Yo me iré cuando se vaya mi hermano!

DON ANTONIO. *Dirigiéndose a Pedro Luis, con una furia que aumenta la rebelión de la muchacha.* ¡Pues fuera!

PEDRO LUIS. *A punto de estallar.* Sin gritos.

DON PEDRO *entra precipitadamente por el patio.*

DON PEDRO. *Alarmadísimo.* ¿Qué pasa? ¿Qué pasa?

DON ANTONIO. *Conteniéndose, después de unos instantes de lucha interior.* Que se lo diga su hijo. *Desdeñoso.* Ese valiente que me ha emplazao para matarme, porque no me quiero batir con él.

DON PEDRO. *Con una mezcla de miedo, ira y dolor.* Tú... ¡le has desafiado!

PEDRO LUIS. *Respetuosamente.* Era mi obligación. Yo le puedo perdonar a ese caballero los

insultos que me ha dirigido; pero el haberte humillado, amarrándote, no.

Don Antonio se ríe.

DON PEDRO. *Con una excitación que poco a poco va haciéndole perder el dominio de sí mismo.* ¡Es decir, que yo no sé defenderme, que yo no comprendo cuándo me insultan...!

JULIA. *Llorando.* ¡Es injusto lo que dices!

DON PEDRO. *Con ira.* Yo... ¡soy un trasto que ignora lo que es dignidad!

PEDRO LUIS. *Con energía.* ¡No; pero necesitas que te defiendan!

DON PEDRO. *Conteniendo el llanto.* ¡Como un niño...! ¡Como un idiota...! *En un grito.* ¡Vete!

PEDRO LUIS. *Con humildad.* No te he ofendido.

DON PEDRO. *Alzando las manos temblorosas sobre la cabeza del hijo, que se humilla.* ¡Vete! ¡No me obligues a probarte que me sobran bríos para castigar una insolencia! ¡Sal de aquí!

PEDRO LUIS. *Apesadumbrado.* Te obedezco, padre. *A don Antonio, en el momento de salir.* Hasta la vista, señor.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Es de noche. Las mariposas parpadean sobre el arcón y de la vieja lámpara brota una pálida luz que se difluye por la galería. En el patio no hay más claridad que la de las estrellas.

JULIA. *Dentro, alzando la voz medrosamente.* ¡Natividad...! *Entra por el patio.* ¡Natividad...!

NATIVIDAD. *Dentro.* Señorita.

JULIA. ¡No vendrás! *Entra* NATIVIDAD *por el patio.* ¿No te he dicho que no te separes de mí?

NATIVIDAD. *Afectuosamente.* Pero ¿no se le quita el miedo...? ¡Vamos, señorita! No parece sino que hasta hoy no ha oído usté a las lechuzas y al grajo.

JULIA. Pero una entró aquí.

NATIVIDAD. Vendría a beberse el aceite de las mariposas.

JULIA. Y los perros ¿por qué aúllan de ese modo...? Algo va a ocurrir. *Como si le oprimiese el corazón un presentimiento.* No es como las demás esta noche.

NATIVIDAD. *En tono de cariñosa reprimenda.* ¡Señorita!

JULIA. *Estremeciéndose.* No, no es esta noche como las demás.

NATIVIDAD. Pero ¿qué la asusta? *Reaccionando valerosamente.* ¡Aquí no hay nadie!

JULIA. *Con angustia.* No sé.

NATIVIDAD. *Con energía.* ¡No hay nadie!

JULIA. No hay nadie... y yo siento a alguien.

NATIVIDAD. *Entre sorprendida y asustada.* ¡Señorita!

JULIA. *Con la voz trémula.* Juraría que hay alguien junto a mí; alguien que me sigue desde que obscureció.

NATIVIDAD. Esa es una locura del miedo, señorita.

JULIA. No, no. Le siento. Ha entrado conmigo en la alcoba, he oído su roce en el corredor, me ha tocado...

NATIVIDAD. ¿Sin verle usté...? ¡Cuando digo que es una locura...! Usté no está buena, señorita!

JULIA. *Melancólicamente.* No lo estoy, no.

Suena la aldaba del portón.

NATIVIDAD. La señora.

Abre, y entra CONSOLACIÓN. *Viste un traje obscuro y se envuelve en un mantoncillo de espuma, negro.*

CONSOLACIÓN. Santas.

NATIVIDAD. ¿Cómo está su madre, señorita?

CONSOLACIÓN. Mejor. Si estaría ya buena si no la hubiesen sobresaltado los tiros de ayer. *Dándole el mantón.* Llévatelo. *Sale Natividad por el patio. Hay unos instantes de silencio.*

JULIA. *Tímidamente.* Consolacicn... tú no me puedes querer. *Consolación la mira con sorpresa y guarda silencio.* Pero, sin cariño, me debes ayudar. Te conviene ayudarme.

CONSOLACIÓN. *Recelosa.* ¿En qué?

JULIA. Me quisiera ir mañana mismo.

CONSOLACIÓN. *Sin disimular su alegría.* ¿Del pueblo o de la casa?

JULIA. De la casa y del pueblo.

CONSOLACIÓN. *Con ansiedad.* ¿Y para mucho?

JULIA. Para siempre.

CONSOLACIÓN. *Cogiéndole las manos en un arranque de gratitud.* ¿No te arrepentirás, Julia?

JULIA. *Sonriendo con melancolía.* No me arrepentiré.

CONSOLACIÓN. *Con súbita tristeza.* ¿Pero y él...? No permitirá que te vayas, y a ti te faltará valor para desobedecerle.

JULIA. *Con firmeza.* No me faltará valor.

CONSOLACIÓN. *Decidida.* ¿A qué debo ayudarte?

JULIA. A defender a mi hermano. Pedro Luis se ha escondido, seguramente para que no le impida mi padre hacer lo que piensa, y mi padre no le encontrará. Si no ve a tu marido, vendrá a buscarle aquí. Le conozco. Y si viene, ¿no le

matarán esos asesinos que le aguardan en la calle?

CONSOLACIÓN. *Bajando la cabeza.* Mala gente es.

JULIA. *Con energía.* Pues es preciso que no le toquen ni a un cabello. Dile a tío Manuel que vigile desde el callejón y que entere a mi hermano de que le acechan, para que se pueda salvar.

CONSOLACIÓN. Se lo diré. ¿Qué más hago?

JULIA. *Con amargura.* ¿Te atreverías siquiera a hablarle a tu marido?

CONSOLACIÓN. *Entre avergonzada y triste.* A eso, no. *Resignada.* Bien sabes lo poco que soy para él. Por eso no te he aborrecido, Julia. Porque como no tenía nada, nada me has quitado. Yo soy su mujer propia. Es decir, que no me debe ni agradecimiento, como a las demás. *Malignamente.* Pero él tampoco es de las demás. Somos todas de él, y por las buenas, generalmente. Tú eres la única que se le resistió. Lo sé, y estoy convencida de que se hubiera casado contigo, si antes no le hubiera yo obligado a casarse.

JULIA. Pero yo le odié siempre, Consolación, y tú le quisiste.

CONSOLACIÓN. Le quise... y le querré, aunque él ya no me quiere. Antes era más considerado conmigo. Yo estuve en un colegio de la capital y pasaba por la más fina de aquí. Hasta que tú llegaste no le parecí una estúpida... Ese es el único daño que me has hecho.

JULIA. Sin proponérmelo, Consolación; pero, a pesar de todo, perdóname.

CONSOLACIÓN. *Sencillamente.* ¿De qué, si no ha sido tuya la culpa? *Ahora es Julia la que, con un cariñoso apretón de manos, demuestra su agradecimiento.* Voy a enseñarle la lección a tío Manuel.

JULIA. *Que ve a don Antonio.* ¡Calla!

Segundos después entra DON ANTONIO *por el patio.*

DON ANTONIO. *Adusto.* ¿Os habéis convertido en mochuelos...? Son las once y media.

CONSOLACIÓN. *Con temor.* Ya me iba. Hasta mañana.

JULIA. Hasta mañana.

DON ANTONIO. Buenas noches. *Julia sale por la derecha y Consolación por el patio. Don Antonio se asoma al zaguán.* Rojillo. ROJILLO *entra a los pocos instántes.* ¿Están ahí?

ROJILLO. Desde las nueve.

DON ANTONIO. ¿Qué les has dicho?

ROJILLO. Lo que me mandó usté: que no dejen pasar al hijo de don Pedro, si viene, y que, si por agallas se empeña en pasar, le den duro.

DON ANTONIO. *Violentamente.* Pero con las manos. Al que utilice la pistola o saque el cuchillo, lo desuello. ¡Ojo!

ROJILLO. Con las manos. No tenga usté aprensión.

DON ANTONIO. Escucha ahora. Voy a llegarme al Juzgao. Como no me quiero encontrar

con ese mocito, porque tendría que matarle, iré por la haza. Date un paseo por allí y sígueme después, no vayan a encajarme, a traición, un tiro desde cualquier tapial.

ROJILLO. Hasta luego.

Sale por el patio. JULIA *entra en seguida por la derecha.*

JULIA. *Con inquietud.* ¿Vas a salir?

DON ANTONIO. *Groseramente.* ¿Esto encima?

JULIA. *Enérgica.* ¡Es que me prometiste no salir esta noche!

DON ANTONIO. Pero como no salgo por mi gusto, sino a la fuerza, porque me llama el juez...

JULIA. ¿Y por qué no vas mañana...? Dí que ya es tarde.

DON ANTONIO. A un hombre que lleva quince horas trabajando, sin acordarse de dormir ni de comer, y tanto por servirme como por servir a la justicia, no se le debe decir que es tarde. Y como tampoco quiero decirle: "Venga usté a mi casa, que me han desafiado y no me atrevo a salir..."

JULIA. ¡Ya, ya sabemos que eres muy valiente...! Pero el tener valor no da derecho a faltar a la palabra.

DON ANTONIO. *Con dureza.* ¡Chss...! ¡Tonterías, no! ¿Cuándo he faltado a mi palabra?

JULIA. *Con valentía.* ¡Vas a faltar!

DON ANTONIO. ¡No voy a faltar, porque lo

que a ti te interesa es que no reviente a tu hermano y no le reventaré! Me voy a ir por la haza, como un blancote, y con el Rojillo, para que sujete a ese valentón si me corta el paso, lo cual, yéndome por ahí, es casi imposible.

JULIA. ¿No me engañas?

DON ANTONIO. Pero ¡qué necia eres! ¿Qué ganaría yo rompiéndole la cabeza a tu hermanito? Claro es que no me zamparian en la cárcel si le mataba... Pero ¿y las molestias, y los gastos y, sobre todo, lo que supone para mí cierta madama de la media almendra? *Apretándole las mejillas con las zarpas.* Si no fuese por estos ojos, ¿estarían las cosas como están?

JULIA. *Rechazándole.* Entonces, aunque le vieras...

DON ANTONIO. No le veré. Y si le viese, yo no soy ya una criatura para que me obliguen a pelear sin ganas. Quédate tranquila.

JULIA. ¿Tardarás?

DON ANTONIO. Quince minutos.

JULIA. *Con decisión.* Es que te he de hablar largamente.

DON ANTONIO. ¿Más?

JULIA. Todavía no hemos empezado...

DON ANTONIO. *Después de mirar el reloj.* Pues luego empezaremos. Espérame en mi dormitorio.

SISÍ. *Dentro.* Buenas, don Pedro.

JULIA. No tardes.

DON ANTONIO. No tardaré. *Con severidad.* Y que ni sospeche tu padre que voy á salir.

Sale Julia por la derecha al sonar la aldaba del portón. Don Antonio abre y entra DON PEDRO. *Viene arrebolado, con el brillo del alcohol en las pupilas. Trae la capa derribada sobre un hombro y el sombrero encasquetado en la coronilla.*

DON PEDRO. Nada.

DON ANTONIO. Mejor.

DON PEDRO. *Sombríamente.* Hasta cierto punto. Eso de que no parezca ¿es natural...? Y como él no se pasa de prudente...

DON ANTONIO. *Con ironía.* ¿Estamos orgullosos del fanfarrón?

DON PEDRO. Yo no estoy orgulloso de mi hijo. Estoy avergonzado, y ni le disculpo ni le defiendo.

DON ANTONIO. ¡Pues hasta ahí podríamos llegar!

DON PEDRO. Es un temerario, un estúpido, que no ha sabido reirse de la calumnia... Pero ha pecado—y lo diré porque no me oye—por cariño a su padre y por culto al honor.

DON ANTONIO. *Agresivo.* ¿Por culto al honor? ¿Ya salió el honor a relucir...? ¿Cuántas copas se ha bebido usté, don Pedro?

DON PEDRO. *Con una debilidad de vencido.* Don Antonio... no me maltrate. *Con melancolía.* Hablo del honor porque en mi alma hay honor, aunque hayan declarado que no lo tengo. Y, porque me

lo aconsejaba mi honor, me he puesto junto a usted y contra mi hijo.

Don Antonio. *Después de una pausa.* ¿Le preguntó usté a Sacris?

Don Pedro. No sabe de él.

Don Antonio. ¿Que no sabe de él? ¡Ese canalla le ha azuzado! ¡Me lo da el corazón! ¡Ese canalla, que, siendo tan amigote de usté, le expone a perder su hijo!

Don Pedro. *Abrumado.* Le he pedido a usted perdón.

Don Antonio. *Con saña.* Y porque usté me haya pedido perdón ¿voy a consentir que me insulte y me amenace un mentecato?

Don Pedro. *Humildemente.* No le insultará ni le amenazará.

Don Antonio. ¡Como que le destrozaría...! Pero no basta con eso. ¡Que se gane mi perdón! ¡Que trague hiel y que se humille...! Cuando le eche la vista encima, dígale que no sea imbécil y que no venga con modernismos a estas tierras. Las cosas son como son, y el que está arriba no va a consentir que le atropelle el que está abajo. ¡Esos señoritos de gran capital no sé qué se figuran! Si los dejasen, convertirían al mundo en una casa de locos. ¡Pero los pueblos no cambian y en los pueblos se estrellarán!

Don Pedro. *Entre resignado y empavorecido.* No, no cambian, no cambian.

Don Antonio. Y bueno va de charla. Voy

a cerrar. *Sale por el portón, se oye el ruido metálico de una cerradura y retorna inmediatamente. Trae una llave y se la guarda cuando entorna el portón.* A dormir. Buenas noches.

DON PEDRO. Buenas noches.

Sale don Antonio por el patio. Don Pedro da unos pasos por la galería, escucha junto al portón, deja la capa en uno de los sillones, se sienta en otro, saca del bolsillo un frasco de aguardiente y bebe, paladeando el líquido, que le hace toser. JULIA, *que sale de su habitación, se aproxima a él, sin que la vea.*

JULIA. *Con dulzura.* No bebas más. *Don Pedro la mira con desdén y bebe un trago mayor, que le fuerza a toser angustiosamente.* No bebas. Eso te mata.

DON PEDRO. *Iracundo.* ¡Esto hace que no me mate! ¡Esto me da alegría y fuerzas y me permite vivir...! ¡No quiero pensar, no quiero recordar, abrumado siembre! Llega un momento en que hay que decir: basta. ¡Basta de sacrificios que no me han de agradecer!

Bebe, desafiándola con los ojos.

JULIA. *Apenada.* No, papá.

DON PEDRO. *Excitándose.* ¡Sí, sí, sí! ¿Qué os importa?

JULIA. ¡Papá...!

DON PEDRO. ¡Ni a ti, ni a él! ¿Qué le importo yo al señorito aventurero? ¿Cuándo ha demostrado tenerme cariño...? Le cría usted, le mima usted, le educa, le hace hombre... y al hundirse

usted en la desgracia, al necesitar su ayuda, se va, buscando una vida "más digna". ¿Eh, don Pedro...? ¡Una vida "más digna"! ¡Espónjese usted de orgullo con ese digno hijo!

JULIA. Él no te podía ayudar cuando se fué.

DON PEDRO. *Exaltado por la contradicción.* ¡Bien se pudo ayudar a sí mismo! ¡Bien supo labrarse la vida "más digna" que deseaba...! Pero no me quejo de eso. Me quejo de que viéndome ahora con el pan seguro y con un buen rincón para que sea "digna" mi vejez, quiera quitarme el pan y echarme del rincón.

JULIA. *Con energía.* ¡Tú no crees eso!

DON PEDRO. *Temblando de cólera.* ¡Viene a robarme lo que he ganado, para ofrecerme después un socorro! ¡Pero no sabe que tengo yo demasiado orgullo para consentir que me socorran y que soy demasiado hombre para tolerar que me roben! ¡Ya se convencerá!

JULIA. *Llorando.* ¡Qué injusticia...! ¡Qué injusticia!

DON PEDRO. ¡Y he de probarle que le domino por la razón, por la inteligencia y por los arrestos!

JULIA. ¡A tu hijo!

DON PEDRO. Y como es mi hijo, si continúa echándoselas de guapo y viene aquí ¡le obligaré a arrodillarse delante de mi protector!

JULIA. *En un desesperado arranque.* ¡No le obligarás!

DON PEDRO. *Con más sorpresa que ira.* ¿Qué tono es ese?

JULIA. ¡No! ¡Sería un crimen que lo consintiese yo!

DON PEDRO. ¿Y quién eres tú para consentir o no consentir?

JULIA. *Trémula, mas con ardorosa resolución.* Pero ¿no comprendes, padre? ¿No comprendes...? ¡Tiene razón! ¡Ha hecho lo que ha debido!

DON PEDRO. *Atontado por el golpe, aunque sin comprender todavía con claridad.* ¿Cómo lo que ha debido?

JULIA. ¡Sí, lo que ha debido! ¡Y sería un crimen que siguiese yo escuchando tus insultos sin hablar! ¡Insúltame a mí, y ódiame o despréciame, que será lo justo!

DON PEDRO. *Con espanto, al presentir la verdad.* ¿Sabes lo que dices?

JULIA. ¡Oh, si no lo supiera!

DON PEDRO. *Con la voz ronca.* ¿Sabes de lo que te estás acusando?

JULIA. *Con un dolor vivísimo.* ¡Lo sé, lo sé! *Llorando, pero sin perder la resolución.* ¡Sé que no me han calumniado!

DON PEDRO. *A gritos.* ¡No, calla!

JULIA. ¡No me han calumniado! ¡Es la verdad lo que corre por ahí!

DON PEDRO. *Temblando convulsivamente.* Entonces, tú... ¡tú eres una mala mujer! *Cogiéndola por el cuello.* ¡Una mala mujer! ¡Una mala mujer!

JULIA. *Quejándose con la voz estrangulada.* ¡Padre!

DON PEDRO. *Soltándola, espantado, y rompiendo a llorar con una violencia tempestuosa.* ¡No eres mi hija!

JULIA. *Con un hilo de voz que parece que se va a romper.* ¡He vivido muy sola, papá! ¡No te acuso! Pero he vivido muy sola... ¡y soy muy cobarde!

DON PEDRO. ¡Sola, estando conmigo! ¿Por qué no acudiste a mí para que te defendiera?

JULIA. Y contra el amigo único que te quedaba ¿te iba yo a empujar? ¿No habías querido suicidarte por no resistir la miseria? ¿No vinimos aquí hambrientos y no me dijiste que el único refugio con que podíamos contar era la casa donde estamos...? Pues ¿cómo iba yo a privarte de tu único refugio?

DON PEDRO. ¡Ah, no, no! ¡Hay algo peor que la miseria!

JULIA. *Con mansedumbre.* Pero preferí callar, porque tuve miedo, y, por callar, he llegado a convertirme en una mala mujer. *Conteniendo el llanto.* ¡Yo no quería que lo abandonases todo y que pensaras otra vez en la muerte!

DON PEDRO. ¡Habría sido mejor! ¡Hubiese dado mi vida porque resistieras!

JULIA. Pero ¡si resistí, padre! ¡Si me dominó a traición!

DON PEDRO. ¡Bandido!

JULIA. Primero rogué, supliqué, lloré...

DON PEDRO. ¡Bandido!

JULIA. Luego quise contenerle con amenazas; después, le huí... Y una noche, la del último día de su santo, me hicieron tomar una mezcla de bebidas...

DON PEDRO. *Abrazando a Julia, que llora nerviosamente.* ¡Bandido, cobarde, bandido...! ¡Bajo su mismo techo...! ¡Abusando de su poder...! ¡Como si fuéramos bestias sin alma y no criaturas de Dios!

JULIA. ¡Porque necesitamos un pedazo de pan...!

DON PEDRO. *Con desesperación.* ¡Porque yo no lo he sabido ganar conservando mi decoro; porque no he tenido voluntad; porque soy un miserable borracho al que se ultraja impunemente...! *Ahogado por los sollozos.* ¡Y cae mi infamia sobre mis hijos...! ¡Perdón...! ¡Perdón...!

JULIA. ¡Tú a mí, padre! ¡Eres tú el que tiene que perdonar!

DON PEDRO. ¡Yo, que te he deshonrado, puesto que te has sacrificado por mí!

JULIA. ¡No, papá!

DON PEDRO. ¡Por mí, por conservar una vejez corrompida!

JULIA. ¡Para tu hija, sagrada!

DON PEDRO. ¡Por mí, que no te he amparado, que he sido de bronce para tu debilidad!

JULIA. ¡No, no!

DON PEDRO. ¡Por mí, saco de venenoso or-

gullo, que hasta me avergonzaba de probarte mi cariño y lo escondía en el fondo del corazón como si fuese una flaqueza...! ¡Y rompes y manchas tu vida por un padre así, por un padre que no ha sido padre, que no merece piedad ni respeto!

JULIA. ¡No! ¡Por un padre débil; pero tan desdichado y tan bueno, que vendería mi carne a pedazos por ahorrarle una humillación!

DON PEDRO. ¡Bueno... y ni de escudo te he servido!

JULIA. ¡Por tu misma bondad!

DON PEDRO. ¡Por mi vil egoísmo, por mi innoble cobardía...! Pero grande es el castigo, Señor. *Abrazándola*. Grande... ¡porque te quiero con toda mi alma!

JULIA. ¡Si lo sé, papá!

DON PEDRO. ¿Cómo lo has de saber, si en mí sólo has encontrado dureza...? Pero, detrás de esa dureza, había asco de mi mismo, melancolía, dolor de las entrañas... Muchas noches sembró de ascuas mi cama el remordimiento y mi conciencia no dejó entrar al sueño en mi habitación... Muchas noche me ha atormentado la aparición de tu triste figurita de niña sin besos, sin caricias, sin calor maternal...

JULIA. ¡No lo digas, padre!

DON PEDRO. ¡Si ni siquiera fuí blando con tu infancia...! ¿Recuerdas el día que te derribé de un empujón, porque había bebido brutalmente?

JULIA. ¡No, no! ¡Calla!

DON PEDRO. Yo no lo he olvidado, y aún te veo vacilar y caer, y aún oigo tu vocecita: "¡Ay, papá! ¡Y yo que venía a besarte!" Venía a besarme la niña, que no contaba en el mundo con nadie que la sostuviera... ¡y yo la derribé! ¡Y la derribé cuando, lastimada sabe Dios por qué amarguras, con su corazoncito aleteando, buscaba un consuelo! *Golpeándose la frente.* Pero tus palabras, y el sonido de tu voz, y la angustia con que me miraste, se han quedado aquí y han sido mi martirio. ¡Cuántas veces he visto aparecer en la obscuridad la carita pálida de aquella niña, alumbrada por sus ojos tristes que relucían como luceros! ¡Y cuántas veces he vuelto a oir la voz que, protestando con dulzura, brotaba de las tinieblas! "¡Ay papá! ¡Y yo que venía a besarte!"

JULIA. *Besándole y llorando.* ¡No te martirices! ¡Nunca he dudado de tí!

DON PEDRO. *Con infinita amargura.* ¡Y te he quitado la felicidad!

JULIA. ¡No! ¡Mi felicidad consiste en que tú seas dichoso!

DON PEDRO. ¡Dichoso! ¡Dichoso un esclavo que le pide perdón al que deshonró a su hija!

JULIA. ¿Y qué sabías tú?

DON PEDRO. ¡Debí saber! ¡Debí mirar más por ti y menos por mi conveniencia! ¡Debí librarte del yugo de la esclavitud, al que yo me había sometido! *Con desesperación.* ¡Y ya es tarde,

ya es tarde para todo! ¡Ya nada puedo impedir!

JULIA. Para salvar a mi hermano, aún no es tarde. Puedes impedir que se encuentre con ese hombre.

DON PEDRO. ¿Y cómo, si no sé dónde está?

JULIA. Pero ese hombre estará aquí toda la noche, y si Pedro Luis le busca, vendrá a esta casa. ¡Espérale! ¡Pase lo que pase, no te muevas de la galería!

DON PEDRO. ¡No me moveré!

JULIA. *Enérgicamente.* Van a dar las doce, y no hay que perder un minuto. Voy arriba. Me aguarda Consolación, que nos ayudará si ocurre algo. Tú no te muevas.

DON PEDRO. Descuida.

Julia, al llegar al patio, retrocede, corre hacia su padre y, llorando, le abraza y le besa con vivísima ternura.

JULIA. ¡Papá, papá, papá...!

DON PEDRO. Ve, hija mía, ve. *Julia sale por el patio. Don Pedro saca la botella y, para combatir su enternecimiento, bebe ávidamente. Después entreabre el portón y escucha.* Siguen ahí. *Por don Antonio.* Y sin embargo, cierra con llave y se la guarda. No le gustaría mucho la visita al valentón. *Con la voz ronca, después de socarrarse con un trago.* Y si le gustara, no la recibiría solo. Ya hay aquí un hombre que no se pondrá de rodillas aunque se le doblen las rodillas. ¡No te pondrás, Pedro! Te han quitado el honor oficialmente, pero tienes honor. ¡Tienes

honor! ¡Tienes honor! Y si te faltara el honor ¿te faltaría el cariño de padre? ¡Hay que ser un padre honrado y no un borrachín! ¡Un padre que viva de la pobreza de su hijo y que le ayude! Y si no hay qué comer, se sucumbe con decoro. *Tendiendo la mano como si se dirigiera a alguien.* «Una limosna, señor»... Sin vanidad, sin orgullo, como un cristiano. «Una limosna para un infeliz caballero»... *Llorando.* ¡Un caballero! ¡Un caballero el miserable que maltrata a sus hijos! ¡Un caballero el cobarde que se deja injuriar! *Con la furia del alcohol.* ¡Ah! ¡Eres un vil con gusanos en el corazón! ¡Un maldito cobarde que no se atrevería a pelear con el Grajo! *Golpeándose el pecho.* ¡No te atreverías! ¡Le temes! ¡Hasta borracho le temes! *Sorprendido y temeroso al oir las pisadas de* PEDRO LUIS, *que entra precipitadamente por el patio.* ¿Quién va?

PEDRO LUIS. ¿Estás solo?

DON PEDRO. *Con espanto.* ¡Eres tú!

PEDRO LUIS. *Escuchando.* ¡Calla! *Hay unos instantes de silencio.* Me avisaron y vi a los de la puerta; pero me figuro que ha saltado la tapia detrás de mí uno que venía siguiéndome.

DON PEDRO. *Abrazándole angustiado.* ¡Y yo no tengo un arma!

PEDRO LUIS. *Zafándose de sus brazos.* ¡No me sujetes! *Escuchando.* ¡Silencio! *En voz baja.* Sí, sí saltó.

Quedan inmóviles, acechando. Poco después aparece en el patio ROJILLO, *que anda cautelosamente.*

No ve a Pedro Luis, que se oculta, pegándose al muro, junto al arcón de la derecha.

DON PEDRO. *Avanzando hacia el matón.* ¿Qué buscas, Rojillo?

ROJILLO. No "me se" ha perdío na, don Pedro. Buenas noches... a usté y a la compaña.

DON PEDRO. Nadie me acompaña, Rojillo.

ROJILLO. *Zumbón.* ¡Qué ganas de rebajar! Su hijo ¿no es nadie?

PEDRO LUIS. *Colocándose junto a don Pedro.* No niegues. ¿Para qué?

DON PEDRO. ¿Y por qué sigues a mi hijo?

ROJILLO. *Con socarronería.* ¿Yo? Si no le sigo, don Pedro. Es que él va delante de mí. Como que es un pájaro. *Entrando en la galería.* Más ligero ha saltao la tapia que un torerillo la barrera. *A Pedro Luis.* Hay pies, amigo.

PEDRO LUIS. *Sacando la cartera.* ¿Se iría usted por veinte duros?

ROJILLO. No.

PEDRO LUIS. ¿Y por cuarenta?

ROJILLO. No puedo.

PEDRO LUIS. Y por cien duros, ¿podría usted?

ROJILLO. *Con firmeza.* ¡No!

PEDRO LUIS. Nadie habría de saber que usted me ha visto. ¡Y se ganaría usted dos mil reales.

ROJILLO. ¡No! ¡Ni por dos mil millones!

PEDRO LUIS. *Guardándose la cartera.* Entonces ¿qué es lo que desea usted?

ROJILLO. Vigilarle. Me han mandao que le vigile a usté, y le vigilo.

PEDRO LUIS. *Nerviosamente.* Mil pesetas.

ROJILLO. No se canse usté. *Pedro Luis se acerca al forajido, y éste ve tal resolución en sus ojos, que retrocede un paso y desenvaina la faca.* ¡Cuidao, que ésta muerde! ¡No se arrime usté!

Mas Pedro Luis no le da tiempo para ejecutar la amenaza, porque, con la rapidez de un boxeador, le asesta un golpe tan formidable, que el Rojillo se desploma como una res apuntillada.

DON PEDRO. *Amedrentado.* ¡Hijo!

PEDRO LUIS. ¡Calla, por Dios! ¿Te figuras que le he matado? *Inclinándose sobre el valiente.* Dentro de un par de horas estará tan bueno como estaba. ¿Dónde podemos encerrarle?

DON PEDRO. Ahí, hasta que vuelva Julia. *Respondiendo a una interrogación muda.* Se ha ido con la Consolación. *Viendo que Pedro Luis coge por debajo de los brazos a Rojillo.* ¿Te ayudo?

PEDRO LUIS. Abre la puerta.

Don Pedro le obedece y Pedro Luis sale por la derecha con el jaque, le deja en la habitación y vuelve en seguida. Don Pedro, mientras, se tranquiliza bebiendo un trago, coge la faca del Rojillo y la examina con repugnancia.

DON PEDRO. *Por la faca.* Esta ya no morderá. *Guardándose el arma al ver a Pedro Luis.* No morderá.

PEDRO LUIS. *Sombríamente.* Ya no me puede ver más que el que me debe ver.

DON PEDRO. Soy yo el que te debe ver, hijo mío.

PEDRO LUIS. *Con impaciencia.* Luego ¿no has hablado esta noche con Sacris...? ¿No sabes que él me ha escondido, que él ha espiado a los que me acechaban y que por sus indicaciones he conseguido llegar aquí...? ¿Y no sabes tampoco las causas que me han obligado a desobedecerte, ni te has podido convencer de que ese hombre es un peligro para Julia?

DON PEDRO. *Con tristeza.* No, no lo es. Si no he hablado con Sacris, he hablado con tu hermana y sé que, por desdicha, ese hombre ya no es un peligro para la infeliz.

PEDRO LUIS. *Con amorosa lástima.* Padre, media vida hubiese dado por ahorrarte esa pena.

DON PEDRO. *Abrazándole.* ¿Y no me la has querido ahorrar? ¿No has tolerado mis amenazas y mis injurias? ¿No has reservado la verdad para ti?

PEDRO LUIS. *Con ternura.* ¿Y no era esa mi obligación?

DON PEDRO. Quizás. No estoy seguro. De lo que sí estoy seguro es de que la mía, ahora, es obedecerte, sin discutir tus resoluciones. *Con sencillez.* ¿Cuándo nos vamos?

PEDRO LUIS. *Con viveza.* Pero, después de lo ocurrido, ¿sé yo siquiera si me podré ir? *Reconvi-*

niéndole cariñosamente. ¿Me debo ir, padre? *Con saña.* Siendo mi hermana víctima, no de una calumnia, sino de un crimen, ¿he de alejarme pacíficamente de esta cueva?

DON PEDRO. *Con pavor.* ¿Qué quieres hacer?

PEDRO LUIS. *Con fría resolución.* Sustituir a la justicia. He condenado a ese bandido como un Tribunal... ¡y voy a matarle como un verdugo!

DON PEDRO. *Horrorizado.* ¡No, no!

PEDRO LUIS. ¡Le mataré, padre! ¡Como a un hombre o como a un perro! ¡Cara a cara, si no huye, o a traición, si pretende burlarme! ¡Yo no podría vivir si, por miedo a su poder, no peleara con esa bestia feroz! ¡No podría vivir! ¡Me ahogaría de asco!

DON PEDRO. *Con un terror casi supersticioso.* ¡Pero, matarle...! ¡Si tú le conocieras...!

PEDRO LUIS. ¡Tú sí que no le conoces...! ¡Reacciona, por Dios! ¡No le mires como los esclavos de aquí y no le verás con las terribles proporciones con que te lo presenta el pavor! ¡Sé valiente! ¿En qué es superior a mí ese bruto? ¿Qué cosa extraordinaria adviertes en él?

DON PEDRO. *Después de una pausa.* Sí. Quizás le mire yo como sus esclavos. Como miraría un salvaje a un ídolo... *Sin dirigirse a Pedro Luis.* ¿Qué importa que sea agresivo y bestial...? ¡Desnudo como un gusano vino al mundo, igual que todos, y mamó leche de mujer y no de leona, y los huesos de su cabeza no son más fuertes que los de

mi cabeza, y su corazón no está protegido por más costillas que el corazón del mendigo más harapiento! *Después de una pausa, temblando de emoción y como si rematase un soliloquio mental.* Yo mismo... ¡es posible que me sostuviera frente á él!

PEDRO LUIS. ¡Claro que te sostendrías! Pero tu intervención sería vergonzosa para mí.

DON PEDRO. *Apenado.* Nunca intervine con acierto en tus conflictos. Nunca te pude ayudar.

PEDRO LUIS. Ahora puedes. Llévame adonde esté.

DON PEDRO. *En tono de protesta.* ¿A su habitación?

PEDRO LUIS. Por muy grande que sea su temeridad, supongo que no se habrá acostado.

DON PEDRO. Pues se ha acostado.

PEDRO LUIS. *Con bravura.* ¡Despiértale entonces! ¡Que venga!

DON PEDRO. *Con gravedad.* ¿Estás resuelto?

PEDRO LUIS. ¡Estoy resuelto!

DON PEDRO. ¿A todo...? Porque no ha de batirse.

PEDRO LUIS. ¡A todo!

DON PEDRO. ¿Y en su casa?

PEDRO LUIS. ¿La ha respetado él? *Sombríamente.* ¡Decídete, o voy yo!

DON PEDRO. *Con extraña solemnidad.* Ya estoy decidido. *Con la voz alterada.* Abrázame. Siento no haber sido para vosotros un padre mejor.

Siento no haber hecho ningún sacrificio por ti... Pero todavía...

PEDRO LUIS. ¡Vamos, firmeza!

DON PEDRO. *Torvamente.* ¡La tendré! *Encaminándose hacia el patio.* Aguarda.

Sale por el patio.

Pedro Luis, desde el arco, le sigue con la mirada hasta que se pierde en la obscuridad, y después saca un revólver del bolsillo del pantalón, lo examina cuidadosamente y se lo guarda en el bolsillo derecho de la americana. Transcurren algunos segundos. La impaciencia le hace asomarse al patio de nuevo, y al ver a DON PEDRO, *que entra con precipitación, empuñando la faca del Rojillo, lívido y temblando convulsivamente, retrocede empavorecido.*

PEDRO LUIS. *Con ansiedad.* ¿Qué has hecho?

DON PEDRO. *Con angustia y terror.* ¡He querido salvarte!

PEDRO LUIS. *Con una mezcla de horror, sorpresa, cariño y agradecimiento.* ¡Le has matado!

DON PEDRO. ¡Para ser tu padre, por primera vez, desde que naciste!

PEDRO LUIS. *Conteniendo un sollozo de enternecimiento.* ¡Por mí... le has asesinado!

DON PEDRO. *Con una terrible exaltación.* ¡No, no estaba dormido...! ¡Estaba en acecho...! ¡Corrió hacia mi...! *Tirando el cuchillo.* ¡No tuve más que alargar el brazo para que se clavara...! *Trémulo y como si desvariase.* Pero ¡qué grito se le ha

roto en la boca! ¡Y con qué prontitud se ha desplomado, y qué resplandor me ha herido de pronto en los ojos...! *Con pavor.* ¿Sería su alma?

PEDRO LUIS. *Abrazándole.* ¡No desvaríes, padre!

DON PEDRO. *Temblando.* ¿Sería su alma, Pedro Luis...? ¡Tengo miedo!

PEDRO LUIS. *Con energía.* ¡No, tranquilízate! ¡Has vengado a tu hija! ¡Has matado por defenderme! ¡Has obrado bien!

DON PEDRO. *Llorando y apretándose contra su hijo.* ¡Pero hay algo dentro de mí que me aterra! ¡No lo sé explicar!

PEDRO LUIS. *Suplicando angustiosamente.* ¡Nada te ha de ocurrir! ¡Cálmate!

DON PEDRO. *Mirando hacia el patio.* ¡Tengo miedo! ¡Tengo miedo!

Suena la llave en la cerradura de la puerta.

PEDRO LUIS. *Empujando a don Pedro hacia la habitación de Julia.* ¡Escóndete! ¡Que no te vean así!

DON PEDRO. *Reaccionando ante el peligro.* ¿Y tú...? ¡No, no huyo!

Don Pedro se resiste entre los brazos de su hijo cuando entra DON ANTONIO *por el portón. El cacique hace un gesto de sorpresa y clava en ellos sus ojos torvamente. Don Pedro y su hijo le miran como petrificados.*

DON PEDRO. *Después de exhalar uno de esos gritos desgarradores que suelen despedir a la razón.* ¡Es él!

Corre hacia el patio.

PEDRO LUIS. *Con desesperación.* ¡No era él!

DON ANTONIO. *Con inquietud y fiereza.* ¿Qué decís?

DON PEDRO. *En el patio.* ¡Es él! ¡Es él! ¡Es él!

DON ANTONIO. *Sujetando a Pedro Luis, que intenta seguir a su padre.* ¡Quieto!

PEDRO LUIS. *Rechazándole de un empujón.* ¡Suelta!

DON ANTONIO. *Vacilando y apoyándose en un sillón para no caer.* ¡Ah, canalla!

DON PEDRO. *Dentro. En un alarido.* ¡Julia!

Don Antonio saca su revólver; mas Pedro Luis, antes de que dispare, le derriba de un tiro.

DON PEDRO. *Con un espanto y un dolor tan agudos que le dan tonos sobrenaturales a su voz.* ¡Era Julia! ¡Era Julia! *Entra con el cuerpo de Julia entre los brazos.* ¡Era mi hija! *Pedro Luis la coge, la deposita en el suelo y quédase arrodillado junto a ella.* ¡Después de abandonarla, después de entregarla indefensa, la quiero defender y la mato! *Con una desesperación que le transfigura.* ¡Y no me avisó mi sangre! ¡Y no fulminó Dios un rayo sobre mi cabeza!

PEDRO LUIS. *Llorando de alegría.* ¡Vive, vive, padre...! ¡Ven, mírala! ¡Vive! ¡La has herido en un brazo! ¡Ven!

DON PEDRO. ¡Julia, corazón mío!

PEDRO LUIS. ¿Ves cómo respira? ¿Ves cómo vive?

JULIA. Padre...

DON PEDRO. *Ahogado por los sollozos.* ¡Sí vive...! ¡Sí vive...! ¡Señor, dispón ahora de mí!

Se desploma pesadamente al entrar, despavoridos, por el patio, CONSOLACIÓN, NATIVIDAD *y* TÍO MANUEL.

FIN DEL DRAMA

LAS ALAS

Comedia en tres actos, estrenada en el Teatro de Cervantes el 19 de Octubre de 1918.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
BLANCA VALDÉS (30 años).....	Irene López Heredia.
TEODORA VINUESA (21 años)...	Pura Mareca.
ANTONIA (65 años)...........	Cándida Folgado.
PERICO (36 años).............	Ernesto Vilches.
PABLO VINUESA (36 años).....	Ernesto Vilches.
DON DANIEL ARIZA (40 años)...	José de la Calle.
CORBACHO (40 años)..........	José de la Calle.
DON DIEGO VINUESA (65 años).	José Soriano Viosca.
DIEGO VINUESA (28 años)......	Nicolás Navarro.
DON JUSTO PALOMINO (45 años)	Ceferino Barrajón.
PEPE VALDÉS (50 años)........	Mariano Ozores.
EL BARBI (20 años)...........	Antonio Suárez.
SOTERO TORMO (46 años)......	Manuel Arbó.

La acción, en Madrid.

(En los repartos destinados á carteles y programas, se suprimirán los nombres de Pablo Vinuesa y Corbacho.)

ACTO PRIMERO

Saloncito en casa de don Diego Vinuesa. La habitación exornada y amueblada con más lujo que buen gusto, es muy alegre. Al fondo se abre a una plaza un amplísimo balcón, que permite ver la copa de un árbol dorada por el sol matutino. Hay una puerta a la izquierda y otra a la derecha, y una mesita, con cartas y periódicos, frente al balcón.

ANTONIA *entra por la izquierda con* DON JUSTO. *Antonia es una vieja limpia y saludable, que anda y habla con bríos juveniles y que tiene más rojo en las mejillas que blanco en los cabellos. Don Justo es un melancólico hidalgo cuyas arrugas y cuya calva denuncian un prematuro envejecimiento, hijo, tal vez, de la miseria que pregonan el brillo desvergonzado de su traje y la cínica obscuridad de sus puños.*

ANTONIA. Tempranito.

DON JUSTO. Cuando la casa se le cae a uno encima... Pero no es tan temprano. Van a dar las once. *Yendo hacia la derecha.* Hasta luego.

ANTONIA. No, no pase al despacho, que está

el señor con el jefe del almacén. En la mesita tiene usted las cartas.

Sale Antonia por la izquierda

DON JUSTO. Bien. *Se sienta junto a la mesita, se oprime la frente y se desahoga, dejando escapar un hondísimo suspiro.* ¡Un pan bajo el sobaco...! Es decir, dos panes. ¡Y hembras! *Se ríe sarcásticamente.* Será un don del cielo la fecundidad, que engrandece a las naciones; pero, en tu caso, infeliz Palomino, es una maldición del infierno, que achica y abruma. *Mirando al techo.* ¡Abruma, Señor Dios mío! ¡Perdónale esta confesión a tu esclavo, que agotó ya sus economías de paciencia! *Torna a suspirar, y empieza a abrir cartas y las va apartando displicentemente, después de leer las firmas.* Del agente de Bolsa... Del Hispano... De Londres... De don Salvador... A ver lo que desea don Salvador. *Leyendo.* "Querido hermano: Te envío a Pedro Monje, el hijo de mi administrador, que ha estado a punto de que lo mate un barreno y que, si conserva la vida, ve poco y no oye ni habla. No le ha acompañado su padre porque está enfermo. Por tal razón abuso de tu bondad. Gracias a una recomendación de mi médico, irán a curarle todos los días. Así, pues, el muchacho no te ocasionará ningún trastorno, fuera de los que su estancia ahí origine." Hay, hay caridad en esta gente. *Volviendo a abrir cartas.* De la fábrica... De las minas... De... ¿Cómo? *Leyendo.* "Varios compañeros de su hijo el ma-

yor." ¿Qué compañeros son éstos y qué hijo es éste...? *Leyendo.* "Señor de nuestra más asoluta consideración: Su hijo Pablo, que se perece por hacer el canelo y que es el gran pelanas, nos ha reventado la combina padre." *Estupefacto.* ¡Canelo, pelanas, combina! "Limpia, fija y da esplendor." *Reanudando la lectura.* "Por derretirse con él, dándole palique, estaba despierta la istitutriz que chilló el lunes pasado cuando íbamos a limpiar de algunos ojetos el hotel de los señores de Silva. De modo que por él, que es un perro del hortelano, o un "el" Don Quijote de la Mancha, y que, como si fuera un policía y no un ladrón, nos atropelló bárbaramente, nos quedamos sin el negocio. Lo cual que, como nos ha jorobao, le pedimos a usté una idenización de la porquería de mil duros, azvirtiéndole que si no se los entrega al que vaya a pedírselos, denunciaremos al morral de Pablo. Suyos infelices seguros servidores—Varios compañeros de su hijo el mayor." ¿Qué es esto que he leído...? ¿Es una infame broma...? ¿Estoy soñando...?

Entra ANTONIA *por la izquierda.*

ANTONIA. *Alegre.* Está ahí en la plaza el señor Pepe Valdés. Y va a pregonar. Asómese, don Justo. *Se asoma al balcón. Don Justo se guarda la carta.* Asómese usté, que hasta se ha puesto un gorro colorado. ¡Ay, qué señor Pepe! *Se ríe.*

PEPE. *Dentro. Con el tonillo inconfundible que le dan*

a su oratoria los sacamuelas. Vamos, venid, madamas y milores, que aunque parezco un caballero equilibrado, estoy completamente loco. ¡Completamente loco! ¡Al loco, al loco! ¡Aprovechen la generosidá absurda de la locura...! ¿Qué es lo que doy por un duro: una relojera, que es una obra de arte, o una cadenita de un lujo casi oriental...? Pues no, madamas y milores. No, porque doy por un duro la cadenita, la relojera... ¡y un reloj! ¡Relojes a duro! ¡A duro relojes, tan suizos como el gran tenor Guillermo Tell!

DON JUSTO. *Dando un salto de cólera y aproximándose albalcón.* ¡Qué ha dicho ese imbécil!

PEPE. *Dentro.* ¡Relojes marca Judío Errante, porque no se paran jamás, mientras la vida—que es la cuerda—no se les rompa! ¡Relojes irrompibles, que sirven para clavar clavos, para partir cabezas de caseros y prestamistas y para despertar a las dulces esposas tirándoselos a la nariz! ¡Aprovechen mi ataque de locura!

DON JUSTO. *Satisfecho.* Vaya, se metió en el carril. Veremos ahora lo de la conciencia

PEPE. *Dentro.* Qué, ¿no los queréis...? ¿Será, madamas y milores, porque no habéis caído en que, para los flojos y los vagos, un reloj es una conciencia...? Tic-tac, que pasa un minuto; tic-tac, que vuela una hora; tic-tac, que se acaba la vida... ¡A duro conciencias científicas, marca Judío Errante...! ¡A duro conciencias de bolsillo! ¡Ah! ¿Nadie habla...? ¡Pues ya no las vendo ni a

peso de oro, aunque os empeñéis! ¡No sois dignos de tener conciencia! No, tranquilícese, que a usté no me dirijo, anciano barrendero; a usté, que parece un infeliz, le venderé un Judío Errante, perjudicando a los hijos que aún puedo engendrar, porque no se lo venderé en un duro, ni siquiera en diez y seis reales, sino en trescientos noventa y cinco céntimos, que son tres "pelas", nueve "gordas" y un "cinquito". ¡Y que me amarren, porque otra vez me entró la locura!

Se oyen algunas carcajadas y Antonia y don Justo se ríen también.

ANTONIA. ¡Qué señor Pepe...! Es un cómico.

DON JUSTO. Un buen actor.

Entra por la derecha DON DIEGO. *Es un hombre bien conservado, que tiene una frente estrecha de testarudo y una agria boca de orgulloso. Usa lentes muy gruesos y anda con la lentitud de los que apenas ven. Viste de luto.*

DON DIEGO. Buenos días, Palomino. ¿Se le puede ya felicitar?

Antonia sale por la izquierda.

DON JUSTO. *Con amargura.* ¿Felicitarme...? En fin, si usted quiere...

DON DIEGO. ¡Ah, caramba...! ¿Niña también?

DON JUSTO. *Sonriendo como un mártir.* Niñas. Mi mujer, que es supersticiosa, para saltarse el número funesto, me ha obsequiado con dos. Y ya son catorce sus servidoras humildísimas.

DON DIEGO. Tome.

Saca de la cartera cincuenta duros y se los da.

DON JUSTO. *Conmovido.* Es usted la bondad hecha carne, don Diego. Pero le debo ya medio año: ciento ochenta duros.

DON DIEGO. No importa. Lo que importa es que arregle usted sus asuntos.

DON JUSTO. *Con desaliento.* Es tarde. He visto a mi pariente, y daría algo por olvidar las insolencias que me soltó. Que mi trabajo al frente de la librería no ha sido el de un socio industrial, sino el de un caballero de industria; que por mí ha perdido noventa mil pesetas; que le repugna mi saludo... Y ya se ha asociado a un señor de posibles y hoy se va otra vez. De manera que Justo Palomino ha entrado en el período agónico.

DON DIEGO. No vale exagerar.

DON JUSTO. Y yo ¿exagero...? Con los treinta duros que usted me regala, a cambio de que le escriba unos renglones, ¿qué hago yo? ¿Cómo defiendo a mi rebaño de chiquillas?

DON DIEGO. Dios proveerá, Palomino.

DON JUSTO. Si continúa representándolo usted...

DON DIEGO. *Disgustado.* No diga tonterías que me avergüenzan.

DON JUSTO. ¿Tonterías, don Diego?

DON DIEGO. *Con autoridad.* Tonterías. Y dejemos esta conversación. *Saca un cigarrillo y don*

Justo se apresura a aproximarle una cerilla para que lo encienda. ¿Ha leído ya las cartas?

DON JUSTO. Algunas. Por cierto que dos de ellas...

Se detiene, confuso.

DON DIEGO. Dos de ellas ¿qué?

DON JUSTO. Que no son de negocios.

DON DIEGO. ¿Tienen interés?

DON JUSTO. Una, sí. Es de su hermano don Salvador, que le recomienda a un herido.

DON DIEGO. Si llegó anoche, con una tarjeta de Salvador. Vendrá retrasada. Y la otra...

DON JUSTO. *Vacilante.* La otra, en mi opinión, no tiene interés. Claro que en mi opinión modestísima.

DON DIEGO. *Indiferente.* ¿De qué trata?

DON JUSTO. ¡Qué sé yo! Ni la he terminado, porque es una purísima indecencia. Usted ¿cree que deben leerse los anónimos?

DON DIEGO. *Después de una pausa.* Un hombre como yo... los debe leer. ¿De qué habla ese anónimo?

DON JUSTO. *Violentándose.* De un robo, de un hijo de usted... Pero ¡si es absurdo! Como si usted, un caballero millonario, pudiese tener un hijo...

DON DIEGO. *Con un leve temblor en la voz.* ¿Ladrón?

DON JUSTO. Ya ve usted qué paparrucha.

DON DIEGO. *Con un dolor que no le quita la serenidad.* No, no es una paparrucha. Yo, caballero y millonario, tengo un hijo ladrón. Por él llevo luto, y tantas lágrimas me ha costado, que ya estoy en el camino de la ceguera... *Después de unos segundos de silencio.* Déme usted la carta. *Se la da don Justo, que le ha escuchado con pena y asombro, y principia á leerla acercándosela mucho.* ¡Bah! *Interrumpiendo la lectura.* Como todas. ¿No piden dinero amenazando con denunciarle?

DON JUSTO. Así es.

DON DIEGO. *Rompiendo tranquilamente el anónimo.* No le denunciarán. Esta gentuza es decente á su manera.

DON JUSTO. ¿Y no entregará usted los mil duros que le exigen?

DON DIEGO. No daré un céntimo. Al principio, hace unos meses, me saqueó esa canalla, porque el miedo al escándalo me hacía temblar, y lo quería impedir. Pero ya estoy seguro de que, con denuncias o sin denuncias, llegará el escándalo, y he decidido cerrarle mi bolsa a los estafadores.

DON JUSTO. Pero ¿no habrá redención para su hijo?

DON DIEGO. ¿Para un loco...? La de la muerte. No habrá redención. Me deshonrará y deshonrará a sus hermanos. *Con abatimiento.* ¡Ay, amigo mío! ¡Cómo me cambiaría por usted con sus catorce chicas y su pobreza!

Entra por la izquierda ANTONIA.

ANTONIA. Señorito, el señor Pepe Valdés pregunta que si puede verle.

DON DIEGO. Que pase.

Entra por la izquierda PEPE VALDÉS. *Es un hombrón tripudo, estrepitoso y risueño, que se tira constantemente del bigote como si extrajese de su maraña gris la riqueza del buen humor. El cabello, muy espeso y casi blanco, lo lleva cortado al rape. Se engalana con una levita que le sienta como un tiro; con una cadena igual que un grillete, que deshonra su barriga; con dos lanchones de charol y con un hongo de las dimensiones de un acorazado. Sobre el hombro izquierdo, como un matador el capote, luce el gabán.*

PEPE. *Deteniéndose junto a la puerta y riendo y gritando.* Qué ¿no se me aplaude...? Porque... ¡me parece que ni Vico! *Poniéndose un fez rojo que saca del bolsillo de pecho del gabán y aullando en el tono de los sacamuelas.* «¡Conciencias a duro, marca Judío Errante! ¡Conciencias para los vagos, madamas y milores! ¡Aprovéchense de mi locura...!» *Hablando con naturalidad.* Y estoy loco; pero de alegría. *Guardándose el fez.* Vengan esos cinco, don Diego. ¿Cómo le va?

DON DIEGO. *Apretándole la mano y sonriéndose.* No tan bien como a usted, Pepe.

PEPE. *Sacudiéndole la diestra a don Justo.* ¿Y a usté, señor Palomino...? Hombre, parece mentira que tenga usté tantísimo chirumen pa escribir discursos. Pero, vaya, que mi labia... Le he gus-

tado ¿no...? *A don Diego.* Yo no trabajo la plaza de Madrí; pero hoy he vendido, poniéndome los calzones de orador público, pa que don Justo oyera su "produción" literaria. *A Palomino.* ¿Qué tal sale?

DON JUSTO. Caramba, lo de convertir en tenor a Guillermo Tell me ha espantado.

PEPE. ¡Ah! ¿No fué tenor...? ¡Y yo que me creí que lo había visto en el Real, con su buen sable y su gorrita verde...! *Se ríe a carcajadas.* Pero eso no importa. En saliendo bien el discurso... Como saldrá el del elixir pa los dientes, que ya lo tengo casi clavao en la mollera. ¡Hay que vivir, don Diego! *A don Justo.* Atención y mano al botón. *Poniéndose el fez y gritando a lo charlatán.* "¡Los prodigios de la ciencia, madamas y milores! ¡Elixir fenomenal compuesto con los suspiros amorosos de Espronceda y "lor" Byrón, con el primer beso de "Herodes" y Leandro y con el último de los amantes de Teruel...! Convierte en una flor la boca "repuznante" de una vieja; le da dientes de cocodrilo a un ochentón... a un ochentón..." Y no sé más.

DON JUSTO. ¡Cuidado, Valdés, que disparata de un modo que horroriza! Para no estropear el discurso, pronuncie "Báiron" y no Byrón, y diga Hero y no "Herodes".

PEPE. Descuide, don Justo. *Dándole cinco duros.* Y tome esos "laureanos" pa que me perdone los trabalenguas.

DON JUSTO. Pero si me pagó usted...

Goge el billete.

PEPE. Antes de hincharme de dinero. ¿No ha reparao en esta cadena y en esta levita...? ¡Si estoy hecho un millonario "yanque"! Señores, como que se engaña con una facilidá... *Suelta una carcajada.* No en la manuela, vendiendo relojillos baratos, sino en los cafés de las capitales y en los casinos de los pueblos, vendiendo relojes de oro. *Saca un reloj.* En éstos, colocándolos a treinta duros, gano ocho. Pero ¡qué los he de colocar a treinta, si, en cuanto doy a entender que los he "azquirido" de uno que los robó, o de un relojero quebrado, o de un contrabandista, me los quitan de las manos a cuarenta duros! *Riéndose.* ¡Hay que vivir!

DON DIEGO. *Reconviniéndole cariñosamente.* Todos, amigo Pepe. Tenemos que vivir todos.

PEPE. *Sacando un sobre del bolsillo interior del chaleco.* Por esa razón le traigo sus "lucanas". *Dándole el sobre.* Ahí van dos mil duros. Sobran cien.

DON DIEGO. ¿Y ha podido usted ya...?

PEPE. ¿No ve que mi negocio es de relojes...? Pues, como es de relojes, da los cuartos. *Riéndose.* ¡Vaya "calembur"! Me las traigo en este ramito del chiste.

DON DIEGO. *Por el dinero.* ¿De verdad no le hace falta?

PEPE. ¿A mí, que ahora mismo tengo en ca-

sita ocho mil pesetas en géneros y cuatro mil duros como cuatro mil soles?

DON DIEGO. *Sorprendido.* ¿En su casa?

PEPE. Con más seguridá que en el Banco. Es un sistema. *Poniéndose el fez y manoteando como si estuviese en el pescante.* "¡El ratón que engaña al gato y se ríe de sus uñas! ¡El invento colosal de la epidemia que matará a los ladrones!" *Confidencialmente.* Es una creación de un ebanista amigo mío, que se las trae en el ramo de los inventos. Escuchen ustedes.

DON DIEGO. *Riéndose.* No. Cállese la "creación".

Entran por la derecha BLANCA, TEODORA *y* PERICO. *Blanca es una de esas criaturas cuyas acciones parecen siempre inspiradas por la sencillez, la resolución y la dignidad. Lo modesto de su atavío hace resaltar su nativa elegancia. Teodora, jovial mocita que aún no ha perdido el simpático y pueril atrevimiento de los años infantiles, luce un traje de casa excesivamente lujoso. Perico tiene tan vendada la cabeza, que sólo se le ven los labios finos, de hombre enérgico, la nariz, algo roja, y parte de las mejillas. Unos lentes de cristales obscuros le tapan los ojos. Como un buen muchacho provinciano, que no es ni señorito, viste un traje que no se ha hecho a la medida.*

TEODORA. *Corriendo hacia don Diego y refiriéndose a Perico.* Papá, habría que hablarle con bocina. Le he prohibido que entrara y ya ves. Buenos, señores.

Pepe le da unas cariñosas palmaditas a Blanca.

DON JUSTO. Buenos días.

PEPE. Buenos y santos. De modo que ese carrete ¿no la quiere obedecer?

TEODORA. *Riéndose.* Es malísimo. *Al vendado.* ¡Es usted malísimo, don Periquín!

DON DIEGO. *A Pepe.* Lo ha herido la explosión de un barreno.

PEPE. Ya me ha dicho mi sobrina que es cosa de su hermano don Salvador.

DON DIEGO. Venga a liquidar. Y usted, don Justo, escriba en el despacho.

DON JUSTO. Mejor es. *Saludando.* Señoritas...

Sale por la derecha con don Diego.

PEPE. *A Blanca.* No tardo, preciosa. Hoy almorzarás conmigo en el café.

BLANCA. Pero se dejará usted en casa la levita, el gorro y la elocuencia.

PEPE. *Risueño.* Lo que mandes, sobrina.

Sale por la derecha, riéndose.

TEODORA. *A Perico.* Oigame, señor cabezota. *Moviendo el índice de izquierda a derecha.* Cuando yo haga así con este dedo tan elegante, es que le prohibo algo. ¿Se entera usted? *Mueve el dedo y el vendado la imita.* ¡Ah! ¿Me ha entendido? Pues si me entendió antes también, ¿cómo se atrevió usted a entrar, horrible buzo? ¿Y si le castigase yo?

BLANCA. No te pongas tan fiera, que va a llorar.

TEODORA. ¡Huy, lo que me gustaría! Pero, ¡a que no llora! *A Perico.* ¡Es usted muy malo... y muy feo! Y para que las mujeres perdonemos a un hombre malo, tiene que ser guapísimo. *Perico mueve el índice de izquierda a derecha.* ¿Que no? ¡Pues sí: guapísimo, tiene que ser guapísimo! ¿Quién es su sastre, caballero buzo? ¿Le visten a usted en Londres? *A Blanca, riéndose a carcajadas.* ¡Ay, qué adefesio es el infeliz!

BLANCA. *Riéndose con benevolencia.* Adefesio, no. Esa boca, ¿no es fina? Y esa nariz, ¿te parece vulgar?

TEODORA. ¡Como que es un tomate!

BLANCA. Porque se la ha quemado el pobrecillo. Ea, no te burles más de él. *A Perico.* Dígale cómo fué la explosión del barreno para que le compadezca. *Alzando los brazos, como si arrojase algo al aire, para dar idea de una llamarada.* ¿Fué muy grandota, muy grandota...? ¡Booom!

PERICO. *Con la voz cavernosa.* ¡Booom!

Blanca y Teodora, que se quedan pasmadas al oir a Perico, le aplauden contentísimas.

TEODORA. ¡Bravo, señor buzo! ¡Ha dicho usted "¡booom!" como un hombre de genio!

BLANCA. ¿Ves cómo me comprende?

TEODORA. Enhorabuena, hija. *A Perico.* ¿Booom?

Perico no contesta.

BLANCA. ¿Booom?

PERICO. ¡Booom!

TEODORA. *Cómicamente enfadada.* ¡Qué suerte, mujer! Sólo tú le haces hablar. ¿Se habrá enamorado de ti?

BLANCA. Si es tonto... Porque tú eres más guapa que yo. Y, aunque no lo fueras, tú eres la millonaria y yo tu servidora insignificante.

TEODORA. *Besándola con efusivo cariño.* ¡No, no! Tú eres mi amiga y bien sabes que mi dinero es tuyo.

PERICO. *Cavernosamente.* ¡Booom! *Blanca se ríe.*

TEODORA. ¡Cualquiera pensaría que se burla! ¡Le parece a usted el buzo enamorado...! ¡Conquiste a una pescadilla, espantoso y afligido galán!

Entran por la derecha DON DIEGO *y* PEPE.

PEPE. *A Blanca.* ¿Nos vamos? *A don Diego.* Comprendo que abuso; pero mientras esté en los Madriles y usté no se oponga, me acompañará a mí la señorita de compañía.

DON DIEGO. La señorita de compañía en esta casa es una hija más.

BLANCA. Aunque no lo merece, así es.

PEPE. Que Dios se lo pague, don Diego. *A Blanca.* Alzando.

BLANCA. Hasta después.

Salen por la izquierda Blanca y Pepe, y en seguida, por la izquierda también, entra DIEGO. *El joven Vinuesa, que tiene dos trocitos de bigote bajo las*

ventanillas de la nariz y el cabello pistonudamente planchado, realza la gentileza de su figura con un traje inglés de un corte arrebatador, y deslumbra a la pobretería con los brillantes que fulgen en sus dedos, en su corbata y en el dije de su cadena.

DIEGO. *Muy ceñudo.* Teodorita, haz el favor de llevarte a esa máscara y no vuelvas por aquí.

TEODORA. *Disgustada.* Pero...

DIEGO. *Con dureza.* Anda, monina. Papá y yo tenemos que hablar de negocios. *Al herido, castañeteando los dedos.* ¡Ale, ale!

TEODORA. *Empujando a Perico.* Por aquí.

PERICO. ¡Booom!

Salen por la izquierda.

DON DIEGO. ¿Qué ocurre?

DIEGO. *Perdiendo su corrección de señorito elegante.* ¡Maldita sea mi vida! ¡No puedo resistir más! ¡Es imposible resistir...! ¡Ese canalla, ese canalla, ese canalla...! ¡Otra vez ese perro canalla!

DON DIEGO. *Con tristeza.* ¿Tu hermano?

DIEGO. *Como si rechazara un insulto.* ¡Tu hijo!

DON DIEGO. *Con severidad.* Y tu hermano.

DIEGO. ¡No, para mí no es un hermano! ¡Un bandolero no puede ser hermano mío! *Con la furia de una histérica.* ¡Toma una resolución, papá! ¡Gasta lo que sea preciso para que le coja la policía y se lo lleve a América, y le amenace allí de modo que no se atreva a volver...! ¡Por qué no se habrá muerto ese bandido! ¡Por qué no habrán matado a ese bandido!

Don Diego. *Con dolor.* ¡Diego!

Diego. *Con exaltación creciente.* ¡Sí! ¡Por qué no le habrán matado! ¡Le odio con todo mi corazón! ¡Le odio y le deseo la muerte, porque mientras él viva yo no podré vivir! ¡No podremos vivir, padre! ¿Es que tú no tiemblas de miedo? ¿No has dejado de leer los periódicos por miedo? ¡Sí, no lo niegues! ¡Por miedo a que él sea el falsificador sorprendido, el carterista atrapado o el ladrón preso! ¡Tiemblas como yo y temes como yo que caiga sobre nosotros la deshonra de ese bandido! ¡Canalla, canalla, canalla!

Don Diego. *Con amargura.* Hijo mío, es tu hermano.

Diego. *Conteniendo las lágrimas.* ¡No hables de él con piedad! ¡Es indigno de nosotros! ¡Tiene el alma podrida! ¡Ódiale y defiéndenos de él!

Don Diego. *Abrazándole.* Vaya, no pierdas el valor. Sé hombre, Diego.

Diego. ¡Ese miserable...! *Dándole una carta.* Lee.

Don Diego. *Leyendo la firma.* "Varios compañeros de su hermano". *Devolviéndole la carta.* Toma.

Diego. ¡No! ¡Lee, lee!

Don Diego. He recibido una igual.

Diego. ¿Y estabas tan tranquilo? ¿Qué piensas hacer?

Don Diego. Nada. He roto el anónimo. ¿Y tú?

DIEGO. *Sarcásticamente.* Yo he consentido que me roben cinco mil pesetas.

DON DIEGO. Has hecho mal.

DIEGO. ¿Iba a permitir que le denunciaran?

DON DIEGO. No le hubiesen denunciado.

DIEGO. *Que ve a Antonia.* Calla.

Entra ANTONIA *por la izquierda.*

ANTONIA. *Dándole una tarjeta a don Diego.* Es de un sacerdote que le quiere ver, señorito.

DIEGO. *Duramente.* No abras tú la puerta. Que abra Juan.

ANTONIA. *Apesadumbrada.* ¿Ya no sirvo yo ni para abrir la puerta?

DON DIEGO. *Impaciente.* Anda. No discutas ahora. Que entre el sacerdote. *Sale Antonia por la izquierda.* No vayas hoy al escritorio. Da un paseo y procura distraerte.

DIEGO. *Con ironía.* Sí, sí.

Sale por la derecha.

DON DIEGO. *Leyendo la tarjeta.* ¿Daniel Ariza?

Entran por la izquierda ANTONIA, *que se retira inmediatamente, y* DON DANIEL. *El cura, que debe de estar delicado de los ojos, porque se los defiende con unas gafas de cristales amarillos, viste una sotana y un manteo de tela fina y se apoya en un bastón muy recio. Aunque procura expresarse con señoril distinción, habla un poquito a lo chulo.*

DON DANIEL. Usté, señor Vinuesa, me per-

donará que venga a estas horas a molestarle. Es tan urgente el asunto que motiva mi visita...

DON DIEGO. Siéntese usted, señor. Tenga la bondad. *Se sièntan.* Estoy a sus órdenes.

DON DANIEL. Voy a disgustarle, porque me trae aquí una misión espinosilla; pero mi "honrosa profesión" me prohibe no acceder a ciertos ruegos. Un sacerdote—no me lo negará—debe ser caritativo.

DON DIEGO. ¿Desea algo de mí? ¿Se trata de alguna desdicha que quiere usted remediar?

DON DANIEL. Precisamente. De una desdicha se trata. *Bajando la voz.* Y pondrá usté en remediarla más interés que yo... porque el desdichado es su hijo.

DON DIEGO. *Levantándose con vivísima emoción.* ¿Pablo?

DON DANIEL. *Enternecido.* ¡Bravo! ¡Buen padre, honesto padre, que se asusta porque adora a su hijo...! ¡Ah, el amor paternal, fuente que no se agota, como dice el Evangelio!

DON DIEGO. Pero hable usted, señor cura. ¿A qué desdicha se refiere? *Con temor.* ¿Le han denunciado quizás?

DON DANIEL. Quizás. Lo cierto, y lo lamentable, señor Vinuesa, es que le persiguen.

DON DIEGO. *Abrumado.* ¡Dios mío, Dios mío!

DON DANIEL. Animo, que todo se puede arreglar.

DON DIEGO. ¿Y si le detienen, y le acusan, y le condenan?

DON DANIEL. Con no permitir que le cojan...

DON DIEGO. ¿Conoce usted a mi hijo? ¿Ha hablado usted con él?

DON DANIEL. Sí, señor. Le conozco, porque yo, por desgracia o por fortuna—la Providencia sabe muy bien lo que hace—, tengo un sobrino que fué "artista".

DON DIEGO. *Sorprendido.* ¿Y que relación hay entre el arte y...?

DON DANIEL. No, no. Es que "ellos" al que "opera", vamos, al que roba, le llaman "artista". Pues mi sobrino, que se torció también, porque el juego le volvió loco, y que hoy se gana la vida honradamente, estima de verdá a Pablo, y le recibe en su casa, y por eso he llegado a estimarle yo.

DON DIEGO. ¿Y por qué le persiguen?

DON DANIEL. Porque la policía le cree autor de un delito que no ha pensado cometer.

DON DIEGO. Cuente, señor cura.

DON DANIEL. Anteanoche, Pablo, que es novio de una institutriz que vive con los señores de Silva...

DON DIEGO. *Espantado.* ¡Cómo! ¿Sospechan que es uno de los que asaltaron el hotel?

DON DANIEL. Justamente. Y escuche lo que pasó. Anteanoche, a las tres de la madrugada, se entretenían los novios en el jardín, cuando oye-

ron un ruido. Temiendo que se hubiese levantado alguien, entró en el hotel la muchacha, con la imprudente valentía de las que se enamoran, y de pronto, señor don Diego, se arrojó sobre ella un hombre y le tapó la boca. Una criatura apocada o racional se hubiese callado. ¿No es cierto? Pero la institutriz, que es una furia y que tiene la mollera de bronce, gritó, y entonces, Pablo fué... y ¿qué se figura usté que hizo?

Don Diego. ¿No huyó?

Don Daniel. ¿Huir él, como aconsejaba el sentido común...? ¡Quiá, hombre, quiá! Se metió en la ratonera, libró a su moza, machacó a puntapiés y a coscorrones a los "artistas" que iban a "operar", y, al acudir la servidumbre, se retiró, saltando la tapia, tan sereno como un generalísimo. Y aquí viene lo grave.

Don Diego. *Con ansiedad.* Y fué...

Don Daniel. Pues que, al saltar la tapia, no se encontró sobre los adoquines, sino sobre un sujeto que se vino a tierra, que se levantó rabioso, que le persiguió cojeando y que hasta disparó contra él su revólver. Porque el caído era nada menos que un agente de la brigada nocturna.

Don Diego. ¿Que acechaba a Pablo?

Don Daniel. No, no. En operaciones de tal índole ¿cómo va a acechar la policía si no ha recibido un soplo? ¿Y lo iban a dar los que pensaban remediarse con las cosillas del hotel...?

No, no le acechaba el agente. Pero ¿le conoció?

DON DIEGO. *Con angustia.* ¿Le conoció?

DON DANIEL. Puede asegurarse, porque, al otro día, algunos podencos de los de mejor nariz empezaron a vigilar la calle de Pablito.

DON DIEGO. *Con un dolor que le abruma.* ¡Se acabó! ¡Llegamos al final!

DON DANIEL. ¿Por qué...? Vamos, calma, don Diego.

DON DIEGO. *Aterrado.* ¡La prisión, la deshonra para todos!

DON DANIEL. La deshonra para todos... si usté no le defiende. Pablo confía en su padre.

DON DIEGO. *Con sequedad.* ¿Qué desea?

DON DANIEL. *Con resolución.* Esconderse aquí.

DON DIEGO. *Indignado.* ¡En mi casa!

DON DANIEL. Es la única donde no han de buscarle.

DON DIEGO. *Con orgullosa energía.* ¡La única, porque sabe todo el mundo que aquí sólo entran hombres honrados!

DON DANIEL. *Apaciblemente.* Por eso él quiere entrar.

DON DIEGO. *Después de unos instantes de reflexión.* ¡No, no, señor cura! ¡No estoy loco! ¡Tengo otros hijos, y comprometiéndolos cometería una infamia!

DON DANIEL. Y abandonar a Pablo ¿será una

noble acción? *Reconviniéndole dulcemente.* Señor don Diego, ¿y la caridad cristiana? Señor don Diego, ¿y la fuente del amor paternal?

DON DIEGO. *Con resolución.* Por amor paternal abandonaré al malo, para que los buenos no padezcan.

DON DANIEL. ¿Al malo...? Si no es malo Pablito.

DON DIEGO. *Con acerbidad.* ¿Puede ser bueno un ladrón?

DON DANIEL. *Con mucha dulzura.* ¿Por qué no, si es un hombre? Lo mismo que hay jueces malos, hay ladrones buenos. Además, Pablito ejerce de un modo original su... bien, digamos profesión. ¿Sabe usté cómo le llaman los del "arte"? "El Bandido Generoso".

DON DIEGO. *Con desdeñosa acritud.* ¿Porque roba a los ricos, y socorre a los pobres, como los bandoleros de folletín? ¿Iba a robar a los pobres y a socorrer a los ricos?

DON DANIEL. *Con cierta socarronería.* Es que no roba a todos los ricos. Roba a los ricos que suelen robar o que han robado. De manera que es un ladrón de ladrones.

DON DIEGO. No le entiendo.

DON DANIEL. Pues lo he dicho con bastante claridá. Pablo... "perjudica"—¿para qué usar palabras feas?—a esos sujetos que pasan por personas decentes y que se han enriquecido empleando malas artes. *Cortándole la palabra a su inter-*

locutor. A esos sujetos los conoce todo el mundo. No proteste.

DON DIEGO. ¿Los conoce o los calumnia?

DON DANIEL. Calumnia a unos pocos y conoce a la mayor parte. Estos hábitos me autorizan para hablar así.

DON DIEGO. Pero, aunque un señor se haya enriquecido indignamente, la acción de robarle ¿se puede justificar? Y si no se puede justificar esa vil acción, ¿cómo defiende usted a Pablo?

DON DANIEL. ¡Ah, no! Yo no justifico ni defiendo. Yo, por caridá, disculpo. Y como su hijo merece que se le disculpe... Sí, señor. Pablo, según los verdaderos "artistas"—los que cultivan el robo como una industria, y no se preocupan de las diferencias sociales—es un chiflado o un primo. ¿Por qué no le llama usté?

DON DIEGO. No, señor cura. Es usted un excelente abogado; pero ni me ha convencido ni me convencerá.

DON DANIEL. Piénselo.

DON DIEGO. Pensándolo estoy desde que se marchó, hace medio año. Pero, moralmente, se ha ido tan lejos de mí que he renunciado a que vuelva.

DON DANIEL. ¿Y nada le hará rectificar?

DON DIEGO. Yo nunca rectifico.

DON DANIEL. De modo...

DON DIEGO. Que no entrará en mi casa, que no manchará mi casa.

Don Daniel. Y si viniese él a pedirle amparo...

Don Diego. *Con fogosa energía.* ¡Que no venga, porque, para defender a mis otros hijos, para conservar mi crédito, para impedir que dudasen de mi honradez—ya que ocultarlo equivaldría a convertirme en su encubridor—le echaría sin piedad! Dígale que no cuente con mi persona; pero dígale también que disponga de mi dinero. ¡Dinero, sí! Todo el que necesite para escaparse lo tendrá. Cien mil, doscientas mil, quinientas mil pesetas... Que pida.

Perico *entra por la derecha sin gafas y quitándose el vendaje y avanza con resolución hacia don Diego, que, al verle, se levanta con una intensísima emoción.*

Don Daniel. *Algo cortado.* Pero, chico...

Don Diego. *Con la voz ahogada.* ¡Pablo...!

Pablo. *Tranquilamente.* No pediré, porque yo tampoco rectifico nunca. En eso, papá, somos iguales.

Don Diego. *Reponiéndose.* ¡Cómo te has atrevido...!

Pablo. ¿A manchar tu casa? Perdóname. La necesidad es muy atrevida.

Don Diego. *Ya dueño de sí mismo.* ¡Pues no te impondrás por el atrevimiento! *Enérgicamente.* ¡Sal de aquí!

Pablo. Calma, que me iré, si me despides, cuando me oigas. He hecho que falsifiquen la le-

tra del tío no para engañarte, puesto que, en cuanto reciba una carta tuya, telegrafiará descubriendo la suplantación, sino para refugiarme a tu lado inmediatamente y burlar a mis perseguidores. No te he comprometido porque llegué con un disfraz. Nadie sabe que estoy en tu casa, y nadie lo sabrá, si me recluyo en esta habitación y en mi alcoba. ¿Puedo seguir aquí para que no me encuentren...? En dos semanas estaría salvado.

DON DIEGO. *Con frialdad.* No.

PABLO. *Con frialdad también.* ¡Ah! ¿No quieres que me salve?

DON DIEGO. ¡Con mi complicidad, no!

PABLO. Muy bien. No insisto.

DON DIEGO. Quiero darte el dinero que necesites para huir. Cien mil...

PABLO. *Interrumpiéndole.* Doscientas mil, quinientas mil pesetas... Te he oído. Muy bien. *A don Daniel, después de encender un cigarro.* Tomaremos un coche y nos iremos juntos.

DON DANIEL. ¿Adónde?

PABLO. A la Dirección de Seguridad. No tolero que continúe rompiendo botas en mi acera la policía. *Cogiendo al sacerdote por un brazo.* En marcha, don Daniel.

DON DIEGO. *Vencido, después de unos segundos de lucha interior.* Quédate, Pablo.

PABLO. *Disimulando una sonrisa.* ¡Ah!

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

En el mismo saloncito.

TEODORA, *medio tendida en un sofá, gimotea puerilmente, con el rostro entre las manos. Blanca, de pie, la besuquea entre conmovida y burlona.*

BLANCA. No llores más. No seas chiquilla.

TEODORA. Eso es lo que soy: una chiquilla. Así me equivoco tan neciamente. ¡Si hasta me indigné cuando Diego me recomendó que ni le hablase de Pablo a Polito...! ¿No es Polito mi novio? Pues, siendo mi novio, ¿cómo no me iba a consolar...? Y yo quería que me consolara, no para alegrarme—no, que yo sé que ahora no me debo alegrar—, sino para seguir llorando hasta que los ojos se me pusieran como huevos... ¡pero sin amargura, Señor!

BLANCA. Y Polito... ¿no representó su papel como tú creías?

TEODORA. ¿Como yo creía...? Pero ¡si se puso más grosero que Dieguito cuando se en-

fada! Que Pablo es un "apache" y que él no podía transigir con un "apache"; que América se ha "inventado" para que en sus pueblos se corrijan o revienten los pillos; que convendría aplazar nuestra boda... *Llorando.* ¡Aplazar nuestra boda! ¿Qué te parece?

BLANCA. *Secándole los ojos.* ¡Teodorita, por Dios...! *Con desdén.* Me parece que tu novio no llamará la atención por enamorado. Y me parece, además, que no es muy buena persona.

TEODORA. *Escandalizada.* ¡Blanca!

BLANCA. No, no es muy buena persona. Debió hacer lo que supusiste tú que haría: te debió consolar, agradecido a tu confianza. Pero ese sujeto...

TEODORA. *Interrumpiéndola.* No le llames sujeto a mi novio.

BLANCA. Ese sujeto, mezquino y egoísta, no pensó en tu pena, sino en su vanidad. Yo le hubiese despedido.

TEODORA. *Asombrada.* Pero ¿qué dices? ¿No está de su parte la razón? ¿Puede consentir un aristócrata como Polito que un sujeto como Pablo—¡ése sí que es un sujeto!—entre en su familia...? ¡No pensó en la vanidad, sino en el honor!

BLANCA. Luego ¿debe sacrificarte?

TEODORA. Y, en su caso, ¿no le sacrificaría yo también?

BLANCA. No; tú no le sacrificarías. No quiero creerlo.

TEODORA. Pero, fíjate, Blanca: yo ¿no tengo honor?

BLANCA. Sin duda. Pero otro honor. El nuestro no es como el de los hombres. Y ven, para que te lave esos ojos.

Salen por la derecha.

DON JUSTO. *Dentro.* ¿Dan permiso? *A los dos segundos.* ¿Hay permiso? *Entra por la izquierda, avanza hacia la puerta de enfrente y párase meditabundo.* Han asegurado que el nervio de la guerra es el dinero, y se podría añadir que es igualmente el corazón de la paz, y la dicha y la existencia. De modo que prepárate, infeliz campeón, y siendo Palomino por el apellido y por las entrañas, sé también pantera. ¡Pantera, Palomino! Serás bravo porque necesitas ser bravo. *Dándose unos golpes terribles sobre su corazón de lepórido.* ¡Valor, valor y valor! ¡Audacia, audacia y audacia! ¡Cultivemos lo espantable, con una dureza de pedernal!

Entra DON DIEGO *por la derecha.*

DON DIEGO. *Estupefacto.* ¿Se ha vuelto usted loco? ¿Por qué se golpea usted, Palomino?

DON JUSTO. *Con altivez.* ¡Ah! ¡De manera que yo no puedo portarme como un valiente sin estar loco! ¡Bien!

DON DIEGO. *Pasmado y en tono de reconvención.* ¡Palomino!

DON JUSTO. *Rompiendo súbitamente a llorar.* ¡Soy un villano, don Diego! ¡Un miserable, un petar-

dista, un átomo lleno de soberbia...! ¡Soy el hombre peor del mundo!

DON DIEGO. ¿Usted...? Vamos, Palomino, déjese de vanidades, y hable como las personas sensatas. ¿Qué le ocurre?

DON JUSTO. *Enjugándose los ojos.* Que no busco la fortuna como un hombre, don Diego, sino como un cigarrón. ¿Hay algo más irreflexivo que un cigarrón, que salta ignorando si va a caer sobre la sandía que ha de alimentarle, o si se va a hundir en el pozo que le ha de ahogar...? Pues así soy. Mire en lo que he convertido cuarenta duros de los cincuenta que me dió. *Saca cuatro billetes de la lotería.*

DON DIEGO. *Entre admirado y despreciativo.* De manera que no tiene usted para comer... ¡y tira cuarenta duros!

DON JUSTO. *Exaltándose.* ¡Esa, esa es la verdad! ¡Estámpemela usted en el cráneo! No tengo para que coman mis chicas; me regala usted unos duros, y yo los tiro, dando un salto espiritual con el mismo acierto que el cigarrón que cae en el agua en vez de caer en la sandía. *Arrodillándose.* ¡Píseme usted! ¡Libre a la Humanidad de un monstruo como yo!

DON DIEGO. Eso es literatura mala, Palomino. Bien sabe que no le he de pisar. Levántese y no diga majaderías. De que no las haga me encargo yo, porque no volveré a entregarle un céntimo. Cobrará su mujer.

DON JUSTO. *A punto de llorar.* He merecido que me desprecie; pero me abruma su desprecio. Sepa, querido protector, que he jugado porque debo doscientos duros. Y con esto no quiero decir que no sea un criminal.

DON DIEGO. No. Un cigarrón. Y su memoria también es de cigarrón, porque ha olvidado que no debe entrar aquí. Este saloncito es para mi hija únicamente.

Entra DIEGO *por la izquierda.*

DON JUSTO. *Avergonzado.* ¿Me puedo retirar?

DON DIEGO. Hasta mañana, Palomino.

DON JUSTO. *Saludando.* Servidor de ustedes.

Sale por la izquierda.

Toca el timbre don Diego y entra ANTONIA *por la izquierda.*

DON DIEGO. Llama a Pablo. *Sale Antonia por la derecha.* ¿No te arrepentirás?

DIEGO. No me arrepentiré. Si accede a portarse como un caballero, no seré su enemigo.

DON DIEGO. Sobre todo, prescinde en absoluto de recriminaciones y de violencias.

Entra por la derecha PABLO, *sin lentes, con la nariz de su color natural y vestido con elegancia.*

PABLO. *A Diego, con una alegría un poco irónica.* ¡Caramba, por fin te echo la vista encima! ¡Gra-

cias a Dios! *Diego se sonríe de un modo ambiguo.* ¿Qué deseas, papá?

DON DIEGO. *Vacilante.* Hijo mío...

PABLO. *Fingiendo un gran asombro.* ¡Huy, huy, huy...! ¿Hijo tuyo...? ¡Me pasmas, papá! Hace mucho tiempo que no soy hijo tuyo. Algo enorme vas a pedirme.

DON DIEGO. *Con decisión.* Pedirte que abraces a tu hermano ¿será una cosa enorme?

PABLO. *Después de mirar a Diego, que le contempla fríamente.* Sí.

DON DIEGO. ¿Aunque él quiera?

PABLO. *Encogiéndose de hombros.* ¿El?

DIEGO. *Procurando ser amable.* Yo, con ciertas condiciones, Pablo.

PABLO. Veamos esas condiciones. *Risueño.* ¿No me ahogarás?

DIEGO. *Grave.* No.

PABLO. ¿Ni me exigirás que pague la merced del abrazo suicidándome?

DIEGO. *Con un desdén que no puede ocultar.* Tú eres incapaz de suicidarte. No. Con que te vayas nos conformaremos.

PABLO. *Sonriente.* ¿También tú, papá?

DON DIEGO. *Apenado.* Yo también. *Después de una pausa.* Daría mi caudal por tener motivos para enorgullecerme de ti, o para no avergonzarme siquiera. Todo nos sonríe: gozamos de salud y de consideraciones, y nos protege la fortuna en los negocios. Pero sobre nosotros, como una

nube amenazadora que nos quita la alegría y la confianza y nos hace desdichados, estás tú. ¿Por qué no cambias?

DIEGO. No pretendemos que trabajes.

DON DIEGO. Trabajaremos para ti, nos sacrificaremos por ti.

DIEGO. *Persuasivo.* Vamos, en América y con doce mil duros anuales ¿no vivirías como un príncipe...? Acepta y te abrazaré, y tendrás en mí un hermano.

PABLO. *Fríamente, después de una pausa.* Un generoso hermano, que me abrazará para librarse de mí.

DIEGO. *Con el rostro encapotado.* Salvándote.

PABLO. Pero a distancia.

DIEGO. A distancia... por ser lo que eres.

PABLO. *Con agresiva lentitud.* ¿Y no soy lo que soy por vosotros?

DON DIEGO. *Irritado.* ¡Ah! ¿Sostienes aún...?

PABLO. *Con energía.* ¡Y lo sostendré mientras aliente, porque es verdad! ¡Es verdad! ¡Soy lo que soy porque no me creísteis, porque no tuvisteis fe en mí, porque vuestras dudas justificaron una infame acusación!

DIEGO. *Con acritud.* ¡Nuestras dudas...! Si no hubiéramos pagado ¿qué habría sido de ti?

PABLO. *Apasionadamente.* ¡Pues no debisteis entregar lo que, cometiendo una villanía, se me reclamaba! Dejándome ir a presidio por sostener que era yo inocente, habríais obrado mejor que

salvándome con una decisión que demostraba vuestra creencia en mi culpabilidad.

DIEGO. *Con acritud.* ¿A presidio, para que tu condena nos hubiese aplastado a todos?

PABLO. ¡Ahí duele, Dieguín! Importa el aplastamiento, no la acción que lo motiva. Y si no aplasta una acción que puede producir, se comete, aunque esté reñida con la honestidad. *Orgulloso.* Nunca nos hemos parecido.

DIEGO. *Irónico.* ¡Claro que no! Pero, ¿qué quieres decir? ¿Qué insinúas?

PABLO. *Después de una pausa.* ¿Recuerdas tu primer triunfo como negociante? Con quinientas mil pesetas que papá te prestó ¿no compraste un pinar?

DIEGO. Lo compré.

PABLO. ¿Y no te dió los cien mil duros una saca de pinos?

DIEGO. Me los dió.

PABLO. Y, luego, ¿no vendiste la finca en un millón de pesetas?

DIEGO. La vendí. ¿Y qué?

PABLO. *Muy tranquilo.* Figúrate que un ratero se tropieza con una carterilla que guarda cuatrocientos duros y que le devuelve cien a su propietario. Ese ratero ¿no haría un negocio parecido al tuyo?

DIEGO. *Despreciativo.* ¡Ah! ¿Es igual adquirir una finca que "tropezar" con una cartera?

PABLO. *Muy cortés.* He dicho parecido, no

igual. No son iguales los dos negocios porque al del ratero se opondrían los polizontes, los guardias, los magistrados y todas las personas dignas que tienen cartera; y al tuyo lo favorecerían esas personas, los magistrados, los guardias, los polizontes y hasta los perros, porque el perro es un animal conmovedoramente conservador. No, no es igual adquirir sin peligro un millón que coger, con peligro, unas pesetas.

DIEGO. Pero ¿tienes el cinismo de comparar un robo con un negocio decente?

PABLO. Es que, para mí, una operación en la que, abusando de la ignorancia o de la necesidad, se gana el trescientos por ciento, no es una operación muy decente. Perdóname que hable asi. No lo puedo remediar, porque yo, en el fondo, no soy más que un moralista.

DIEGO. *A punto de estallar.* ¡Moralista... y lo otro!

PABLO. *Indulgente.* Bien. Moralista y "lo otro". Pero lo que te apena no es que yo sea "lo otro", sino que, por serlo, murmuran tus amigos. Ríete, Dieguín. Porque digan que soy un... "lo otro" ¿te vas a enfadar...? Yo, si me echase en cara alguno de mis compañeros que tú eres un hombre de una inmensa probidad, no me enfadaría.

DON DIEGO. *Con seriedad.* Nuestra proposición no merece que te burles.

DIEGO. *Exaltándose.* Pero ¡si es que nos quiere deshonrar! ¡Si es que goza deshonrándonos!

PABLO. ¡Eso no es verdad! ¡No os deshonro! La honra sólo se pierde cuando se tira, puesto que nadie la puede robar. Vosotros ¿por qué habéis de ser responsables de mi conducta? ¿Porque así lo ha decidido la opinión? Y "la opinión"—que es muchas veces lo que acuerdan los tontos, los brutos y los malos—¿no es digna del desprecio de las personas inteligentes?

DON DIEGO. *Con energía.* Para nosotros, que pensamos como la gente vulgar, porque tenemos sus mismos prejuicios, no. Tu honra es nuestra honra, y te queremos defender por ti y por nosotros, para salvarte y para salvarnos. Y con tal fin, te vuelvo a preguntar: ¿Por qué no cambias de vida yéndote a otras tierras? Aún estás a tiempo, ya que no te has hundido en una cárcel. Todavía te puedes salvar. ¿Qué decides? *Conteniendo el llanto.* ¿Que yo me muera de vergüenza?

PABLO. *Con saña.* Aún no has padecido ni la milésima parte que yo. *Con ambigüedad.* Pero, cuando salga de este trance, reflexionaré.

DON DIEGO. *Conteniendo las lágrimas.* ¡Hijo mío, hijo mío, si te iluminara Dios...! *A Diego.* Abrázale.

DIEGO. *Cobardemente.* Nada ha prometido.

DON DIEGO. *Autoritario.* ¡Abrázale!

DIEGO. *Abrazándole con frialdad.* Pablo, no quisiera emplear contigo la violencia. Ayúdame.

PABLO. ¿Amenazándome así?

DON DIEGO. *A Diego.* ¡Calla! *A Pablo.* Ahora, no habléis más. Ven.

Sale con Diego por la izquierda.

Pablo oprime el botón del timbre y entra ANTONIA *por la izquierda.*

ANTONIA. Pablo, hijo mío, vas a matar a tu padre. ¿Por qué no te enmiendas...? ¡Con lo que todos te queremos...! *Llora con mansedumbre.*

PABLO. *Acariciándola.* ¡Pobre vieja! ¡Si me hubiesen hablado siempre como me hablas tú...! Ea, no te apures. Vete, y, cuando venga don Daniel, tráelo aquí en seguida.

Sale por la izquierda Antonia, e inmediatamente entra BLANCA *por la derecha.*

BLANCA. *Con menos timidez de la que finge.* ¿Se puede?

PABLO. *Con socarronería.* Por lo visto, se puede.

BLANCA. *Algo confusa.* Perdóneme usted; pero es que yo...

PABLO. *Interrumpiéndola.* No se disculpe. Usted ha entrado aquí porque sabe que está prohibido entrar. Y como a un temperamento verdaderamente femenino no hay nada que le excite más que la prohibición...

BLANCA. *Con viveza.* Pero usted se equivoca. Yo he entrado...

PABLO. ¡Ah! ¿No ha sido por quebrantar la

prohibición? ¿Ha sido sólo por verme? Pues me ruborizo de placer, linda señorita, y me pongo a sus órdenes. Puede usted contemplar al monstruo—porque ya mi hermana le habrá dicho que soy un monstruo—con toda la detención que su amable curiosidad exija.

BLANCA. *Entre asombrada y ruborosa.* Pero es que yo...

PABLO. ¿Va usted a decir que me ha contemplado en muchas ocasiones...? No, señorita Blanca. Usted contempló a un Pablo Vinuesa, increíblemente vulgar, que la miraba como un corderito degollado, porque aquel infeliz era hasta capaz de enamorarse. Y recuerdo que se reía usted un poquito de él. Ahora no se reirá. No hay mujer que se ría de un monstruo como yo. Míreme.

BLANCA. ¡Por Dios, caballero...!

PABLO. No, no se azore usted y míreme a su gusto, para que le pueda contar a sus compañeras cómo es un Juan Palomo "de guante blanco". Fíjese, aunque a la luz del sol y con este traje, no tengo vista. *Confidencialmente y extremando la amabilidad.* Cuando estoy seductor es cuando, de madrugada, en los grandes hoteles, caigo sobre los ricos, con mi antifaz, mi "pijama" negro de seda, mis zapatillas de goma, mi linterna de ojo, no de buey, sino de tigre, y mi puñal. ¡Ah! Entonces —y disculpe usted mi vanidosa afirmación, porque la formulo para que sepan la verdad sus

compañeras—entonces soy un bello y terrible demonio.

BLANCA. *Comprendiendo que bromea e imitándole.* Y... ¿mata usted a todos los ricos?

PABLO. *Con seriedad.* A muchos. A todos, no, porque mi delicadeza de sensitiva me hace perdonar a los viejos y a los enfermos. Verá cómo me porto: Me visto de sombra, avanzo entre las tinieblas, abro con mis ganzúas, y, ya en el dormitorio, dejo escapar de la linternita un hililllo de luz, un lunar dorado, que, como un insecto, se pasea por las ropas y los muebles, trepa por los muros, se sube a la cama y se posa en un dedo, en un brazo, en una cabellera, en un ojo... Si se abre el ojo y no vuelve á cerrarlo el pavor, lo cierro yo con mi puñal. Y después "opero" tranquilamente y me voy. *Sonriéndose.* Es preciosísimo. ¡Si no fuera por las mujeres de los "operados" que nos siguen...!

BLANCA. *Sosteniendo la broma.* ¿Para denunciarles?

PABLO. ¡Si nos siguen enamoradas como palomitas...! Tenemos un subterráneo para ellas. Yo, cuando reuno quince o veinte, las suelo degollar. *Blanca se ríe.* ¿De qué se ríe usted? ¿Cree que no las degüello, o cree que no se enamoran de mí?

BLANCA. *Riéndose.* ¡Oh! Lo creo todo.

PABLO. ¿Se burla? ¿Acaso á usted no le entusiasman mi boca y mi nariz?

BLANCA. *Recobrando la gravedad.* ¡Señor mío!

PABLO. Antes de que me quitase las vendas, cuando yo no sabía decir más que "¡Booom!", se lo confesaba usted á mi hermana.

BLANCA. Pero mentía, por defender á un pobrecito achicharrado. Y déjeme ya cumplir la promesa que le he hecho á Teodorita. Vengo cómo diplomática.

PABLO. Y ella ¿por qué no viene?

BLANCA. Porque hay que referirse á su novio, y, por instinto, se avergüenza de confesar cómo es.

PABLO. ¿Y cómo es su novio? ¿Es un idiota?

BLANCA. Un hombre que la dejará si no desaparece usted ¿es un idiota?

PABLO. *Interesado.* Si usted fuera el novio ¿no obraría así?

BLANCA. ¡Quite! Si yo fuera el novio le buscaría a usted, sería su amigo y le salvaría á todo trance.

PABLO. ¿Y si no me pudiese salvar?

BLANCA. Me casaría con Teodora... ¡aunque le ahorcaran!

PABLO. *Gravemente.* Es usted una mujer original.

BLANCA. *Sonriéndose.* Eso ¿quiere decir que tirará usted el "pijama", la linterna, las zapatillas y el puñal de los degüellos?

PABLO. No. Sólo he querido decir lo que he dicho: que es usted una mujer original, una

mujer que piensa por cuenta propia y noblemente.

BLANCA. Vamos, no sea niño y complázcame. No por el novio de Teodora, ni por Teodora, sino por usted. Esto no es aconsejarle, porque yo me figuro que usted no necesita un consejo: usted lo que pide a voces—y dispénseme— es una camisa de fuerza.

PABLO. *Seducido por la sonrisa de Blanca.* ¿Sí?

BLANCA. Como que, por testarudez, quiere que su maldad sea del tamaño de un elefante y no es ni del tamaño de una pulga. Y, por testarudo, puede acabar mal. ¿No le da lástima?

PABLO. *Después de unos instantes de silencio.* No, no es usted una criatura original: es usted una criatura originalísima. Hasta ahora, todos me han suplicado por egoísmo: "Enmiéndate, que eres nuestra desdicha." Y nadie me ha querido gritar: "Cambia, que te haces desdichado." Usted ha sido la primera, y su generosidad merece un premio. *La coge por la cintura.*

BLANCA. *Con sorpresa y temor.* ¿Qué hace usted?

PABLO. *Dándole un beso en los cabellos.* Premiarla.

BLANCA. *Rechazándole vivamente.* ¿Se ha vuelto usted loco?

PABLO. ¿No aseguró usted que necesitaba una camisa de fuerza...? Pero, no, no estoy loco, y mi cordura es la que me ha impulsado a pre-

miarla así... para que se marche. Es usted, por inteligente, por buena y por linda, demasiado peligrosa... porque yo, a pesar de mi ascenso a monstruo, para el amor, continúo siendo un infeliz.

BLANCA. *Temblando.* ¡Qué indignidad!

PABLO. Lo indigno sería que, enamorándome yo de usted, se enamorase usted de mí. Y nos despediremos amablemente. *Avanzando hacia ella.* ¿Otro besito?

BLANCA. *Huyendo.* ¡Ay, qué horror...! ¡Ay, qué demonio de hombre...!

Sale por la derecha con una precipitación que hace reir a Pablo.

PABLO. ¡Admirable criatura!

ANTONIA. *Dentro.* Pase, don Daniel.

Entran por la izquierda ANTONIA *y* DON DANIEL.

PABLO. Hola, futuro obispo.

ANTONIA. *A don Daniel.* Voy por el gabán.

DON DANIEL. *Con alegre sorpresa.* Pero ¿lo han traído?

ANTONIA. Esta mañana. Pidieron el que usté dejó y lo dí.

PABLO. *Con fingida indiferencia.* ¿Qué gabanes son esos?

DON DANIEL. *Más indiferente aún.* Los míos. Me han compuesto uno, y me van a arreglar también el más viejecillo, que me servirá para ir al

campo. Como las fondas no me inspiran confianza, he ordenado, con permiso de su papá, que me los traigan aquí.

ANTONIA. Bien hecho, que en estos Madriles hay muchos ratas.

Sale por la izquierda.

DON DANIEL. *Viendo que Pablo se le echa encima.* ¡Don Pablo, don Pablo...! *Retrocediendo.* ¡Ea, ya se disparó!

PABLO. *Metiéndole las manos por los ojos.* ¿Me quiere usted decir qué enreda en esta casa, Corbacho?

CORBACHO. *Bajando la voz y mirando hacia la puerta con recelo.* ¡No olvide que aquí me llamo don Daniel! ¡Sea prudente, por favor!

PABLO. *Conteniendo la cólera.* Le pregunto que si me quiere decir lo que enreda. ¿Por qué le han traído ese gabán?

CORBACHO. *Que ve a la criada.* Silencio.

Entra ANTONIA, *por la izquierda, con un abrigo azul.*

ANTONIA. Aquí está.

CORBACHO. *Afabilísimo.* Déjelo en cualquier parte.

Antonia deja el abrigo en un sillón y sale por la izquierda.

PABLO. *Con gravedad.* Supongo que no habrá tenido la audacia de hacer una de las suyas en

el domicilio de mi padre. *Amenazador.* ¡Habría sido una temeridad!

CORBACHO. *Amedrentado.* ¡Hombre...!

PABLO. ¿Qué ha hecho?

CORBACHO. Pues yo, la verdá...

PABLO. *Acorralándole.* Usted ¿qué? *Después de una pausa.* Va a conseguir irritarme.

CORBACHO. *Estallando.* ¡Y usté a mí, caray...! ¿Está mi biografía en el Santoral...? Ya me conoce. Soy un artista... ¡y a mucha honra!

PABLO. *Con reconcentrada ira.* ¿Ha dado usted un "timo"?

CORBACHO. *Enérgico.* ¡Por ayudarle!

PABLO. *Con ironía.* ¡Ah! ¡Si lo ha dado por ayudarme...!

CORBACHO. *Creyéndole aplacado.* Pues ¿por qué lo iba a dar? Acaso ¿hay quien cumpla como yo cumplo...? *Risueño.* ¡Y que es un timito...! Mire usté, don Pablo, sin "postinear", le digo que es pa ponerse así de orgulloso, porque tiene un aroma de novedá que atufa.

PABLO. *Lívido de furor.* ¡Conque roba usted en esta casa y encima se enorgullece! *Zamarreándole.* ¡Es usted un bandido y le voy a estrellar!

ANTONIA, *que entra por la izquierda con un gabán obscuro al brazo, los mira espantada.*

ANTONIA. ¡Jesús, bendito Jesús!

Pablo sepárase vivamente del timador, que suelta una carcajada.

CORBACHO. ¿Ve usté lo que sucede por referir las cosas a lo vivo? *Riendo.* Se ha asustado esta pobre mujer. *A Antonia.* ¡Si es que Pablito me contaba una pelea!

ANTONIA. *Trémula.* Podías contarla de otro modo. No se sacude así a un sacerdote. *Le besa la diestra a Corbacho.*

PABLO. *Por el abrigo.* ¿Qué traes? *Fulminando al «carterista» con una mirada.* ¿Otro gabán para don Daniel?

CORBACHO. *Con tanta medrosía como sorpresa y júbilo.* ¿Otro? *Recobrando toda su serenidad.* ¡Caramba, si es el mío! *Cogiendo el que puso Antonia en el sillón.* ¡Claro, se han equivocado! *Guardándose un sobre que encuentra en un bolsillo.* Como se parecen y como yo no veo tres en un burro... ¡Qué gracia!

ANTONIA. ¿Se lo doy al hombre?

CORBACHO. En seguida. Devuélvaselo usté.

Coge Antonia el gabán azul y sale por la izquierda. Corbacho deja en el sillón el abrigo obscuro.

PABLO. *En voz baja y vibrando de indignación.* ¿Otra estafa?

CORBACHO. *Huyéndole.* Pero ¿no comprende que es la misma?

PABLO. *Avanzando hacia el truhán.* ¡Venga el sobre!

CORBACHO. *Retrocediendo.* Pues no me persiga. ¡Amagar y no zamarrear, caray! *Arrojándoselo.* El sobre.

PABLO. *Abriéndolo y sin mirar al petardista.* ¡Bicho...!

CORBACHO. *Con un cinismo que no excluye la timidez.* ¿Quiere ver si contiene dos mil pesetas...? Porque me disgustaría que me hubiesen robado.

PABLO. *Sin contar los billetes y apoderándose del gabán.* Y en éste ¿habrá otras dos mil?

CORBACHO. Si no se ha acabado la buena fe en el mundo, debe haberlas. Mírelo.

Pablo saca de un bolsillo un sobre del que extrae los billetes.

PABLO. *Tirando con desdén el dinero sobre la mesa.* ¡Granuja...! *Encarándose con el timador.* No merece usted ni que me indigne. Nació usted para robar sin valentía y, de no haber sido ladrón, habría sentado plaza de usurero.

CORBACHO. *Con digna severidad.* No, no. Perdone usté. Olvida usté mis rasgos. Yo, que nací para ejecutar labores de pluma, con educación habría sido poeta. ¡Poeta y no usurero! ¡Poeta con invenciones machos en el caletre y con un corazón como la puerta de Alcalá! *Después de una pausa.* Y, ya que me atropella, permítame decir que no fué este cura quien buscó al abogao señor Urbina pa que le presentase a don Pablo Vinuesa, sino que fué don Pablo Vinuesa el que, valiéndose del abogao, acudió a este cura para utilizarle.

PABLO. ¿Y qué?

CORBACHO. Que he cumplido igual que el caballero más caballero, ya que, gracias a mí, su familia, como usté deseaba, le tiene por un ladrón. Lo de los anónimos, amenazando con denunciarle y pidiendo dinero, ¿a quién se le ocurrió? ¿Y de quién salió aquello de que los "artistas" le llamaban "el Bandido Generoso"? Y para justificar que le perseguían y meterle a usté aquí ¿quién inventó lo de que se hallaba usté en casa de los señores de Silva la noche del robo?

PABLO. *Con desdén.* ¿Y disculpa todo eso la bellaquería de haber ejecutado un "timo" entre estas paredes?

CORBACHO. ¿Es que no se trataba de asustar en gordo a su familia?

PABLO. *Acremente.* Pero con una vileza simulada, no con una vileza real. ¿No comprende usted que ahora, tras el susto, puede venir el perjuicio?

CORBACHO. ¿Cómo el perjuicio? ¿Va usté a figurarse que Félix Corbacho no sabe "operar" con "quinqué"? ¿No le he asegurao que mi martingala es pa ponerse tonto?

PABLO. También se puso usted tonto con ese disfraz.

CORBACHO. *Sorprendido.* ¿Y no lo llevo con talento?

PABLO. ¿Con talento, y le habló usted a mi padre de su "honrosa profesión" como si fuese

militar, y después inventó no sé qué fuente para colgársela a los Evangelios...?

CORBACHO. *Un poco desconcertado.* ¡Ah! ¿De manera que no hay una fuente del amor paternal...? Pues me habré colao; que, después de todo, yo no presumo de predicador. Pero, lo que es en el timo... ¿A que no hay quien reclame? *Con orgullo.* ¡Qué ha de haber, si estas pesetas las he azquirido legítimamente, porque son de granujas!

PABLO. ¿Y cómo las ha adquirido?

CORBACHO. ¡Pues con una invención de poeta! *Pausa.* En un papel que tiene en el membrete mi nombre "full", el rótulo de esta calle, el número de esta casa y el "pral" de este piso, escribo la tontería siguiente: "Caro Fulano..."—Fíjese en lo de "caro". ¡Elegancia! —"Caro Fulano: Envíame con una persona a quien no conozcan aquí un gabán que lleve en el bolsillo interior las dos mil pesetas, en billetes de veinte duros. Que la persona que lo traiga pida el viejo, y le entregarán uno que, bajo el forro, llevará cosidos los quince billetes de mil pesetas. Haz con ellos lo que te he suplicado. Tuyo, Daniel." *Pronunciando muy a lo chulo.* ¿Hace?

PABLO. *Con frialdad.* Continúe.

CORBACHO. ¡Si ya está...! Esa carta y otras dos igualitas, se tiran en las calles, cerradas y con su correspondiente sello, para que parezca que se han perdido, y con eso acabó de traba-

jar su autor. ¿Que las cogen unos guardias decentes o unas personas decentes...? Pues las depositan en el primer buzón y, como van dirigidas a un individuo que no existe, no se entregan jamás. ¿Que las cogen unos granujas...? Pues las abren, los aturrulla la ambición, y mandan los abrigos con las dos mil... pa robar las quince mil.

PABLO. *Con indignación.* Pero ¿y luego, bárbaro? ¿No comprende que reclamarán? ¿Por qué no ha de reclamar el estafado?

CORBACHO. ¡Toma! Porque el estafado es un estafador, y ha de ser muy bruto, muy bruto, para no asustarse.

PABLO. ¿Y si es muy bruto, muy bruto?

Entra ANTONIA *por la izquierda.*

ANTONIA. Señor cura, preguntan por usté un caballero y un hombre.

PABLO. *Alarmado.* ¡Adiós! *Sonriendo sarcásticamente.* ¿Ve usted, señor cura?

CORBACHO. *Súbitamente mustio.* Pero...

PABLO. ¿No le dice el corazón que le busca el muy bruto, muy bruto? *Resuelto.* Que entren, Antonia.

Sale Antonia por la izquierda.

CORBACHO. *Recobrando el valor.* ¡Ayúdeme y los machacaremos!

Se guarda precipitadamente los billetes.

PABLO. *Sombríamente.* Dios es el que ha de ayudarle si esto acaba mal.

Entran por la izquierda ANTONIA, *que se retira inmediatamente,* «EL BARBI» *y* SOTERO TORMO. *"El Barbi" es un elegantísimo y perfumado joven, que luce un gabán soberbio y unas alhajas muy sencillas. Tormo es un hastial, con el rostro ennegrecido por una barba de tres días, que tiene ojillos de jabalí y movimientos de buey. Viste un sucio traje de pana, lleva amarrados los pantalones bajo las rodillas y ha debido de andar de cabeza por los caminos, porque en su gorra hay tanto lodo como en sus alpargatas. El Barbi entra descubierto; Sotero, que le precede, no.*

SOTERO. *A Pablo, con reprimida violencia.* Usté ¿es Daniel Ariza?

PABLO. *Muy tranquilo.* ¿No estaría usted más cómodo sin la tapadera? Esto no es una cuadra, y se puede usted descubrir sin miedo a resfriarse.

SOTERO. *Descubriéndose, un poco desconcertado.* Me descubro, porque a Sotero Tormo nadie le ha de ganar a educación. *En un tono avieso.* Pero esto, amigo, es como si tirase la montera. Es usté Daniel Ariza, ¿no?

PABLO. *Severamente.* Aquí no hay ningún Daniel Ariza: hay un don Daniel Ariza, que es este señor.

SOTERO. *A Corbacho, pasmado.* ¿Que es usté?

CORBACHO. *Con una sonrisa muy amable.* Para servirle.

SOTERO. *Con bárbaro ímpetu.* ¡Pero si ese Daniel, maldita sea su repodrida alma, es un mal ladrón!

PABLO. *Con altivez.* ¡Qué lenguaje es ese!

SOTERO. *Sacudido por la ira.* ¡Un mal ladrón que me ha robado, y vengo "a" por lo mío o "a" por su sangre! ¡Me tengo "de" beber su sangre! *Besando una cruz que hace con los índices.* ¡Por ésta!

CORBACHO. *Con mucha dulzura.* ¿Y por qué soy yo un ladrón?

SOTERO. Usté, no. Yo soy "anticlerigal"; ¡pero no tanto! El ladrón es el Ariza que ha escrito esta carta. *Saca la de Corbacho.*

CORBACHO. *Cogiéndola.* A ver. *Fingiendo que se sorprende.* Es curioso. Esta carta... la he escrito yo. *Tormo retrocede maravillado.* Pero ¿cómo ha llegado a su poder? ¿Se hospeda usté en el Palace y es usté don Federico Díaz? *Sotero calla confuso.* Conteste. ¿Es usté mi amigo el millonario don Federico Díaz?

SOTERO. *Torvamente.* No, señor; que soy el pobre Sotero Tormo y paro en una posada. Pero si es usté el que ha escrito ese papel, ¿no será usté el que tenga mis ocho mil reales?

PABLO. No.

SOTERO. *Con una sonrisa de asesino.* ¿Los tiene usté?

PABLO. *Hablando con mucha frialdad y mucha lentitud.* Tampoco. Los tiene el juez. Esa carta, que se ha perdido, la escribió don Daniel, de acuer-

do con el señor Díaz, porque le estaban robando y deseaba descubrir al ladrón. Conteste, pues, a la pregunta del padre. ¿Cómo está en sus manos?

SOTERO. *Ocultando su inquietud.* Y a usté ¿quién le da vela en este entierro?

PABLO. Mi deber, porque soy inspector de policía.

SOTERO. *Procurando encubrir su temor.* Y a Sotero Tormo ¿qué le importa la policía?

PABLO. *Calmosamente.* ¿No le importa...? A usted, que ha violado una carta, cometiendo un delito, y que ha pretendido estafar quince mil pesetas, ¿no le importa la policía?

SOTERO. *Con fiereza.* Pero fíjese el señor "ispetor" en que soy yo el estafado, ¡el "vítima"!

PABLO. El estafado porque iba usted a estafar. Y como el que estafa es un ladrón, le detengo.

Tormo retrocede violentamente de un salto y saca de la faja un cuchillo.

SOTERO. *Con salvaje acometividad.* ¿A mí...? ¡Arrímese usté, y por la gloria de mi madre que le parto las tripas!

CORBACHO. *A Tormo, con autoridad.* ¡Silencio! *A Pablo.* Y usted no insista, señor inspector.

PABLO. Pero ese individuo...

CORBACHO. A este individuo, que es un infeliz, le ha descarriado una tentación. ¿Y voy yo

a tolerar que por un mal pensamiento echen a presidio a un padre de familia...? ¡Que soy un sacerdote, señor inspector! *A Sotero, con una ternura casi evangélica.* Vaya, amigo mío, está usté libre. Le perdono con toda mi alma.

SOTERO. *Rompiendo a llorar, arrodillándose y besándole la diestra a Corbacho.* Señor cura, mande usté en mí, que sé agradecer de verdá. Dígame usté: "Mata a Fulano", y Sotero Tormo le rebana la nuez á quien usté quiera. Porque lo que usté ha hecho... Pero ¡mire que perder ocho mil reales, y encima ir a presidio!

CORBACHO. *Levantándole.* Serenidad... Sea usté valeroso. Venga por aquí, que está libre.

SOTERO. ¡Ir á presidio...! ¡Mire que ir á presidio...!

Sale con Corbacho por la izquierda.

PABLO. *Al «Barbi», que, sin moverse y fumando un pitillo, lo ha presenciado todo con estoica tranquilidad.* ¿Y usted?

EL BARBI. Ahora, cuando vuelva el padre cura, hablaremos.

PABLO. *Sorprendido.* ¿Que hablaremos?

EL BARBI. *Con amabilidad.* Si ustedes no se oponen...

PABLO. Pero usted ¿no venía con ese pájaro?

EL BARBI. *Arriesgando una discreta sonrisa.* ¿Con ese primo? *Corbacho, que entra por la izquierda, le oye.* No, señor. Yo, aunque parezca tonto, no lo soy.

CORBACHO. *Con una punta de recelo.* Si no parece usté tonto. Pero usté ¿qué es y a qué viene?

EL BARBI. Soy lo mismo que usted...

CORBACHO. *Atajándole.* A su edá ¿ha cantado usté misa?

EL BARBI. *Riéndose.* Es cierto. Soy un poquito menos que usted.

CORBACHO. *Intrigado.* Y viene...

EL BARBI. *Apaciblemente.* Por las pesetillas que les he prestado. *Mostrando la carta del timador.* Aquí está el recibo: una de las cartas sembradas por usted.

CORBACHO. *Acremente.* Este es peor que el que hemos perdonado, señor inspector.

EL BARBI. *Sin alterarse.* Caballeros, que yo no me parezco al toro que acaban ustedes de lidiar. No soy un bruto. *A Corbacho.* Su martingala tiene mérito, y la prueba es que me sacó la "luz"; pero me la sacó por precipitación, porque lo que hice cuando vi que en el gabán que me entregaron no había billetes, lo debí hacer antes de soltar los míos, y así hubiera comprobado que en el Palace no vive ningún don Federico Díaz. Un detalle algo torpe—y dispense la crítica—hay en su combinación: el de haber "operado" en una casa particular.

CORBACHO. *Burlándose, pero herido por la observación.* ¡Caramba!

EL BARBI. *A Pablo.* ¿No es verdad que, aun fugándose, le hubieran descubierto por el inqui-

lino? *Á Corbacho.* Para que la martingala sea perfecta hay que "operar" en un hotel. Y dispénseme la advertencia, maestro.

PABLO. Y, si puede saberse, ¿quién es usted, señor crítico?

EL BARBI. *Saludando graciosamente.* Luis Hidalgo, en la Universidad—porque estudié hasta que se me atragantó el Canónico—y "el Barbi" entre los "artistas". Soy un humilde profesional, de mucha vocación, que le admira, señor Corbacho. Le conocí en Valencía. Iba usted con el "Titi", que es otro de los ases del "carterismo". *Por Pablo.* A este caballero no tengo el honor de conocerle; pero me permito recurrir a su bondad para que me devuelvan lo mío. Todo, no: trescientos duros. *Sonriendo señorilmente.* Con los otros quiero pagar la lección.

PABLO. *Con autoridad.* Corbacho, déle usted al señor sus dos mil pesetas.

CORBACHO. ¡Pues no faltaba más! *Dándoselas.* Tome usté, amigo.

EL BARBI. Señores, agradecidísimo. *Ofreciéndole la diestra a Pablo.* Compañero...

PABLO. *Como si no viese el ademán y sonriendo con finura.* No tengo esa suerte.

EL BARBI. ¡Ah! Perdón. *Estrechándole la mano al petardista.* Como usted sí tiene esa suerte—esa mala suerte—no olvide que estoy a sus órdenes de un modo incondicional.

CORBACHO. Y yo a las de usté.

EL BARBI. *Saludando con elegancia desde la puerta.* Caballeros...

Sale por la izquierda.

CORBACHO. *Con involuntaria admiración.* ¡Viva la sal y viva la finura...! ¡Vaya un mozo!

PABLO. *Con despreciativa dureza.* Sí, no se parece a usted. Márchese, y que aquí no vuelva yo a verle.

CORBACHO. ¡Hombre, don Pablo...!

PABLO. ¡Márchese!

Entra DIEGO *por la derecha.*

DIEGO. *En voz baja y esforzándose en dominar su terrible exaltación.* ¡Pero contigo!

PABLO. *Desdeñoso.* Calma, Dieguín.

DIEGO. *Elevando un poco la voz, ciego de cólera* ¡Contigo! ¡Te irás con él, antes de que papá se entere de lo que has hecho, o te haré yo salir por un balcón!

PABLO. ¡Bah!

DIEGO. *Arrojándose sobre él.* ¡Ahora mismo, canalla!

CORBACHO. *Abrazándose a Diego y sujetándole.* Joven, que tié usté poca fuerza pa imitar a Caín.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Gabinete en casa de Pepe Valdés. Tiene dos puertas: una al fondo, que comunica con el pasillo, y otra, a la derecha, que da a una alcoba. A la izquierda hay una cómoda que sostiene un Crucificado de bastante altura, y frente a la cómoda, en el centro de la estancia, se ve una camilla. En el fondo, a la izquierda, reluce el espejo de un armario de nogal, y a la derecha sorprende una especie de divancillo con funda de dril, cubierto por una colchoneta, forrada de dril también. El aparato de luz que pende sobre la camilla es tan barato como las butacas de pino y hule que reciben su claridad, junto al brasero, y como los demás muebles de la habitación.

BLANCA *se da polvos frente al armario cuando entra* VALDÉS *por la puerta del pasillo, con el gabán y el sombrero puestos y una tranca en el puño.*

PEPE. ¿No te animas...? Tomamos café en Levante, para que pueda yo hablar con el joyero, y después nos vamos al Cómico.

BLANCA. No. Ya sabes que no me gusta salir de noche. Le llevaré a la vecina los abrigui-

tos para las pequeñas y subiré pronto. Y que estoy acatarrada y no me conviene trasnochar. *Cogiendo un paquete que hay sobre la cómoda.* ¿Vamos? No apagaré.

Sale, detrás de Pepe, por el pasillo. A los pocos instantes, entran por el pasillo PABLO *y* CORBACHO.

CORBACHO. *En tono bajo y de mal humor.* ¡Podíamos haber esperado siquiera a que llegasen al portal!

PABLO. *Riéndose.* ¿Tiene miedo...? Entonces ¿qué va a sentir su señoría cuando oiga lo que voy a decirle?

CORBACHO. *Con cierta preocupación.* ¿Tan fúnebre es?

PABLO. Para un medroso... Pero ya se lo diré.

CORBACHO. ¿Cuando?

Pablo, que viste de americana, deja en la camilla el sombrero flexible y el abrigo en una butaca; obsequia con un habano pequeñín al truhán y enciende otro. El «carterista», que ya no esconde detrás de los cristales amarillos sus ojos de aguilucho, ha cambiado la sotana por un traje azul muy correcto, al que ofende una gorra chula.

PABLO. *Después de silbar despectivamente examinando la habitación.* ¿Y qué demonios voy a encontrar en esta madriguera?

CORBACHO. *Sorprendido.* Pero ¿busca usté algo?

PABLO. Naturalmente. El dinero.

CORBACHO. *Con asombro.* ¿El dinero?

PABLO. Pues ¿qué iba a robar?

CORBACHO. ¿Eso era lo que iba usté a decirme...? ¡Ah! ¡No, no, no!

PABLO. *Con graciosa severidad.* ¡Señor Corbacho...!

CORBACHO. ¡Usté se burla! ¡Un robo! ¡Y que no es difícil cometer un robo...! Pa robar, señor don Pablo, hay que ser ladrón.

PABLO. *Riéndose.* Y para ser ladrón, hay que robar. Y como yo quiero ser ladrón...

CORBACHO. *Incrédulo.* Bien. «Canéese» usté conmigo.

PABLO. *Con gravedad.* No. Hablo en serio. Me he empeñado en robar aquí, porque necesito robar aquí, porque es indispensable que robe aquí, y robaré.

CORBACHO. *Con viveza.* Pero sin contar con su humilde servidor, porque si usté ha perdío un tornillo, los de mi cabeza están cabales.

PABLO. Señor Corbacho, permítame que le confiese que su moralidad me maravilla.

CORBACHO. No. Si yo no tengo moralidá. Ahora, que si no tengo moralidá, me sobra el sentido común. Y como me sobra, doy «timos» pa que pelechen los brutos de mala intención, y pesco al vuelo las carteras, porque sé que, si me cogen, con unos «mamporros» y una temporadilla en «chirona», habré pagao. Pero colarme en un hogar, exponiéndome a que, en caso de sor-

presa, me soplen un tiro, o me enchiqueren pa media vida... «¡nanay!»

PABLO. ¡Muy bonito!

CORBACHO. Será feo; pero como pienso así... Yo tomé un cuarto junto a éste y me «resiné» a acompañarle cuando entrara aquí, porque usté me habló de un lío «sicalíztico».

PABLO. Y una empresa de tal índole ¿no es más sucia que un robo?

CORBACHO. Pa mí, no, porque, en lo «sicalíztico», el que roba, casi siempre sale robao a la larga.

PABLO. De modo que...

CORBACHO. Que me voy, si va usté a «operar».

PABLO. ¿Hasta qué hora no podrán sorprenderme?

CORBACHO. ¡Qué sé yo...! La muchacha está un rato largo con los vecinos, y el viejo se recoge por la madrugá. *Afablemente, después de una pausa.* ¿Me ha tomao usté la melena, don Pablito...? ¡A que sí...! Pero ¡qué va usté a robar, si huele usté a caballero a sesenta leguas!

PABLO. Pues voy a robar. *Sonriéndose.* Necesito robar.

CORBACHO. Pero ¿pa qué?

PABLO. ¿Para qué...? Asómbrese lo que guste, Corbacho. Para que me sorprendan.

CORBACHO. *Estupefacto.* ¡Recristina!

Hay unos instantes de silencio.

PABLO. *Escuchando.* ¿Eh?

CORBACHO. *Con ansiedad.* ¿Andan en la puerta...?

PABLO. *Sin perder la calma.* Caray, no esperaba yo que me sorprendiesen tan pronto.

CORBACHO. *Empavorecido y colérico.* ¡Mi madre, que nos van a trincar!

PABLO. *Con energía.* ¡Calle y escóndase ahí!

El timador se mete en la alcoba, y Pablo coge el gabán y el sombrero y le sigue. A los pocos segundos se ve un resplandor tembloroso en el pasillo, y aparece DON JUSTO, *que se alumbra con una cerilla larga. El infeliz párase jadeante, se enjuga el sudor que le baña el rostro y suspira. Viene encapillado en un abrigo antiguo y abrumado bajo la pesadumbre de un hongo descomunal.*

DON JUSTO. *Acongojado.* ¡Si no puedo andar, Dios mío! *Se arrodilla frente al Crucificado y se persigna con gran fervor.* ¡Señor, dame fuerzas, que no peco por maldad! ¡Bien sabes que doy este paso por mis pobrecitas hijas! ¡Ayúdame y perdóname, Señor! *Se levanta, le quita el forro al diván, que es un baúl, lo abre, se arrodilla, extrae del fondo un cofrecito lleno de billetes de mil pesetas, coge uno que guarda en su tarjetero, lo sustituye con un papel cuidadosamente doblado y vuelve a dejar el cofrecito donde estaba.* ¡Uno...! ¡Nada más que uno...! *Con la voz mojada en lágrimas.* ¡Lucifer, no me tientes!

Mientras habla se le acercan de puntillas PABLO *y* CORBACHO *y caen sobre él.*

CORBACHO. *Sujetándole.* ¡Quieto, que no soy Lucifer!

DON JUSTO. *Con la voz estrangulada por el terror.* ¡Socorro, auxilio!

PABLO. *Atónito.* ¿Socorro? Pero ¿qué bandido es este que pide socorro? *A Corbacho, que le tapa la boca.* Suéltele, que no tendrá interés en que le dejemos mudo. *Levantándole.* ¡Arriba!

DON JUSTO. *Entontecido por el pavor.* ¡No me maten, por la Virgen Santísima! ¡No me maten, que soy un hombre casado y no me resistiré! ¡Me entrego sin lucha!

CORBACHO. ¿Qué es eso de matar...? ¿Me toma usté por un "insezticida", so cucaracha?

DON JUSTO. *Llorando.* ¡Perdón, perdón...!

CORBACHO. *Divertidísimo.* ¡Arrea!

PABLO. *Con fingido rigor.* ¿Cómo ha entrado usted aquí?

DON JUSTO. ¡Perdón, perdonen a un padre de familia!

PABLO. ¡Déjese de necedades y responda! ¿Cómo ha entrado usted?

DON JUSTO. *Expresándose con dificultad.* Con el llavín de mi cuarto. Son iguales todos los de la casa.

PABLO. ¿Y cómo conocía usted el escondite del dinero?

DON JUSTO. Porque me lo dijo Valdés. *Rompiendo a llorar.* ¡Valdés, que es muy confiado! *Conteniéndose.* Con tirar de una argollita que tiene

por dentro la cerradura del baúl, se abre un doble fondo... ¡y queda convertido un caballero en lo peor de la tierra: en un vil, en un infame ladrón! *Entre sollozos*. ¡Préndanme ustedes, que no merezco piedad! ¡Soy un infame y vil ladrón!

CORBACHO. *Gravemente*. La verdá es que deshonra usté el oficio.

PABLO. Regístrele.

DON JUSTO. *Entregándole a Corbacho un cuchillito de postres*. Tome usted. No tengo más armas.

CORBACHO. ¿Qué le parece el asesino, señor inspector?

DON JUSTO. *Llorando*. ¿Asesino, y me lo guardé para suicidarme si me cogían?

PABLO. *Al petardista*. Ande, ande.

CORBACHO. ¡Arriba los brazos! *Don Justo los levanta*. Los ricos debían pasear así, pa darle crédito a las autoridades. ¿Eh, señor inspector? *Sacándole del bolsillo interior de la americana cuatro billetes de la lotería y el tarjetero*. ¡Qué facilidá!

Pablo deja en la camilla los billetes de la lotería y abre el tarjetero.

PABLO. *Por el billete de mil pesetas de que se apoderó don Justo*. ¿No había más en el baúl?

DON JUSTO. Había y hay muchos más, señor inspector. Y alhajas.

PABLO. *Con asombro*. ¿Muchos más?... *Se aproxima al baúl, saca el cofrecito y se pasma al ver que está lleno de billetes de mil pesetas*. ¡Portentoso! *Por un pa-*

pel que encuentra sobre los billetes. ¿Y qué es esto?

DON JUSTO. *Avergonzado.* El recibo.

PABLO. *Con un estupor tan grande que casi le desconcierta.* El recibo ¿de qué...? *Leyendo.* "Para remediar mi hambre, he recibido de don José Valdés, contra su voluntad, la suma de mil pesetas, cantidad que le devolveré cuando me lo permita la suerte.— Un caballero que ha sucumbido." *Con lentitud.* ¡Verdaderamente pasmoso!

CORBACHO. *Como resignándose a creer lo que ha oído.* ¡Cada día se aprende una cosa nueva!

DON JUSTO. *Con vergüenza, dolor y amargura.* ¿Salimos...? Por nada del mundo quisiera encontrarme con Valdés. Me moriría.

PABLO. Pues lo siento; pero se va usted a morir.

DON JUSTO. ¿Es que no me prenden? *Corbacho, muy risueño, deniega.*

PABLO. Nosotros no le podemos prender.

DON JUSTO. *Con una mezcla de temor y esperanza.* ¿No son ustedes de la Policía?

PABLO. No. Somos compañeros de usted, y hemos entrado para lo que usted ha entrado. Ahora que, convencidos de la dignidad de nuestro arte, no imitaremos su atroz conducta. *Con severa frialdad.* Señor mío, usted ha pecado como hombre honesto, como ladrón, como padre y como cristiano. Como hombre honesto, porque ha robado usted a un amigo, y a los ladrones, ya que ellos son los únicos que deben robar; como ladrón,

porque, con mengua de tan lista cofradía, ha dejado ahí estúpidamente casi todo el dinero; como padre, porque le ha estafado a sus hijos lo que su cobardía moral no le permitió coger, y como cristiano, porque con un papelucho hipócrita ha pretendido engañar a Dios.

CORBACHO. *Admirado.* ¡Ele por los picos de oro! *A don Justo.* ¡Buena pieza está usté, amigo!

PABLO. Y como yo no he de fiarme de un sujeto que pretende engañar a Dios, le inutilizaré. *A Corbacho.* Póngale una mordaza y amárrele.

CORBACHO. Ahí dentro. Lo tenderé en la camita.

DON JUSTO. Pero, señores, careciendo ustedes de autoridad...

PABLO. ¿Y la autoridad de la fuerza?

CORBACHO. *Empujándole hacia la alcoba.* Muévase el pecador.

Salen Corbacho y Palomino por la derecha. Pablo se guarda el recibo y todos los billetes, menos los de la lotería, mete el cofrecito en el baúl y lo transforma otra vez en diván.

PABLO. *Al petardista.* ¿Le ayudo?

Suena el ruido de una llave en la cerradura de la puerta, y CORBACHO *entra alarmadísimo.*

CORBACHO. ¿Qué es eso? ¡A que nos cogen!

PABLO. ¡Vivo! *Se refugian en la alcoba.*

BLANCA. *Dentro.* Adiós. Otra noche estaré un rato más.

En seguida entra BLANCA *que empieza a quitarse las horquillas frente a la cómoda. Como está de espaldas al escondrijo de Pablo, no le ve entrar, y éste se le acerca de puntillas.*

PABLO. Buenas noches, señorita Blanca.

BLANCA. *Gritando.* ¡Ah! *Reponiéndose inmediatamente.* Buenas, don Pablo.

PABLO. Es usted no sólo una mujer original, sino una mujer valerosa. Mi enhorabuena.

BLANCA. ¡Bah! He recobrado el ánimo al verle. Ya me iba a morir de miedo figurándome que era usted un bandido...

PABLO. ¿Y está segura de que no lo soy...? Pero, aguarde, que sobran los testigos para lo que hemos de hablar. *Desde la puerta de la alcoba.* Puede usted salir, Corbacho.

Entra CORBACHO, *que saluda rendidamente.*

BLANCA. *Asombrada.* Pero usted ¿no es nuestro vecino el cura?

CORBACHO. *Versallesco.* Servidor y capellán, señorita. *Desde el pasillo.* A los pies de usté. *Como si le quisieran acompañar.* No, no se molesten, que quizás sepa yo salir.

Se va con medrosa precipitación.

PABLO. Charlemos ahora. Usted, señorita

Blanca, ¿está segura de que yo no soy un bandido?

BLANCA. ¡Claro!

PABLO. ¿Y si yo le declarase que, sin saber que ésta era su casa, vine aquí para robar?

BLANCA. *Sencillamente.* No le creería.

PABLO. ¿Y si le demostrase que ya he realizado el robo?

BLANCA. Como no me lo demostrará...

PABLO. ¿Que no...? Eso es un baúl; en el baúl hay un doble fondo; en el doble fondo hay un cofrecito; en el cofrecito había un montón de billetes; y los billetes los pongo a su disposición. *Ofreciéndoselos.* Y ahora ¿creerá que soy un bandido?

BLANCA. Si me lo exige usted... *Se guarda los billetes.*

PABLO. ¿No lo pruebo?

BLANCA. Para mí, no.

PABLO. Pero... contesta usted de un modo absurdo.

BLANCA. Lo absurdo sería que fuese ladrón un hombre como usted. *Con firmeza.* No. Usted no es, no puede ser ladrón.

PABLO. Y, sin embargo, he cogido esos billetes.

BLANCA. *Con energía.* ¡Aunque los haya cogido, usted no puede ser ladrón!

PABLO. *Con la voz trémula, después de unos segundos de silencio.* Gracias. No, no soy un ladrón. ¡Y

he robado! Pero he robado porque mi familia me obligó a robar.

BLANCA. *Desconcertada.* Que su familia...

PABLO. *Apasionadamente.* ¡Sí, sí, sí, sí...! Mi familia, mi honrada familia me empujó a robar. Oigame, si la historia le inspira interés. En la flor de mi juventud no me distinguí por la formalidad. Jugué, anduve a golpes frecuentemente, huí con una danzarina que me raptó, escandalicé como un bruto... Pero siempre fuí un caballero, no por educación ni por conveniencia, sino por nativa caballerosidad. Y adelante. Una mañana, después de muchos días borrascosos, tomé un coche para retirarme a descansar, y apenas me había arrellanado en el asiento, uno de mis pies tropezó con una cartera casi tapada por la alfombrilla. Vi que guardaba cien duros y varios documentos que pertenecían a un bolsista; se la dejé en su domicilio, con unos renglones en los que le explicaba el hallazgo, y un ratillo después interrumpía mi sueño el agente de Bolsa para... No, si usted no se lo puede imaginar.

BLANCA. ¿Es que no fué á darle las gracias?

PABLO. ¿Las gracias...? Fué a pedirme diez mil duros, porque la cartera, cuando él la perdió, contenía diez mil cien duros.

BLANCA. ¡Es horroroso!

PABLO. Yo, con la serenidad de la inocencia, no me alarmé, y me defendi empleando argumentos que me parecían irrebatibles. "Si me

hubiese quedado con los diez mil duros ¿habría devuelto la cartera? Su devolución ¿no equivalía a delatarme...?“ Y se retiró el agente medio convencido; pero insistió al otro día.

BLANCA. *Con extrañeza.* ¿Por qué?

PABLO. Porque el caballero a quien yo sustituí en el coche, que lo había tomado cuando el bolsista lo dejó, gozaba de tal fama de hombría de bien y de probidad, que ni se atrevió a interrogarle. Y, sin embargo, no habiendo yo cometido la estafa, ¿quién sino el probo caballero tenía que ser el estafador...? ¡El probo caballero, que, con la malignidad de un diablo, dejó en la cartera lo suficiente para tentar la codicia de un infeliz, seguro de que ese infeliz la haría desaparecer!

BLANCA. Pero como usted la devolvió, en vez de guardársela...

PABLO. ¿Y qué le importaba eso al ladrón, ya que las sospechas recaían sobre mí?

BLANCA. *Interesadísima.* Y usted ¿qué hizo?

PABLO. Pues yo, que era un pobre muchacho, con una torpeza increíble, le acusé. *Con amargura.* ¡Cómo se burló de mí el bandolero, cómo jugó conmigo y qué bien me destrozó...! No tuvo más que recurrir a los hombres imparciales: «Que nos juzgaran. Él vivía ordenadamente de su profesión, gastando con tino y aumentando sus rentas. Yo, exprimido por la usura, sólo pensaba en jugar, en enamorar y en divertirme...» Y los hom-

bres imparciales votaron por él. ¡Hasta don Diego Vinuesa, que reventará de puro imparcial!

BLANCA. *Sorprendida.* Su padre ¿le dió la razón?

PABLO. Sí, puesto que, con objeto de que el bolsista no llevara el asunto a los Tribunales, pagó las cincuenta mil pesetas.

BLANCA. Y eso ¿no fué salvarle?

PABLO. *Con energía.* ¡Eso me desesperó, eso me puso en la pendiente por la que pude caer! *Con tristeza.* Las alas que nos sirven para volar sobre lo torpe, lo sucio y lo malo, están hechas con la fe: con la que tenemos y, más aún, con la que conseguimos inspirar. Si nos dicen: «Eres bueno», procuramos ser buenos, y si nos dicen: «Eres indigno», flaqueamos con la vacilación que, a la postre, nos puede hundir. Y como al pagar—demostrando indirectamente que no me creía—me rompió las alas mi padre...

BLANCA. Pero usted... ¡debió resistir!

PABLO. ¿En el ambiente de hostilidad y desprecio que me asfixiaba...! Ya lo intenté. A un encarnizado amigo que me defendió sosteniendo que me había guardado las pesetas en la seguridad de que mi padre las pagaría, le rompí varias cosas importantes, y a otro, por una insinuación villana, le desafié; pero sólo conseguí que se me despellejase con más prudencia, y este mísero resultado me enloqueció de cólera, y la cólera hizo nacer en mi corazón un frenético deseo de

venganza... ¿Debía yo tolerar que se riese de mi el forajido que me había deshonrado...? Mi obligación ¿no era impedir que se riera...? Y me dije que sí, y me empeñé en hacerle llorar.

Blanca. *Con avidez.* ¿Cómo?

Pablo. Privándole de lo sustraído y castigándole. Para lograrlo, le espié durante meses y meses, convertido en su sombra, y, por fin, se me presentó la ocasión. Su familia se había ido a veranear, y el virtuoso varón, retenido por negocios importantes, se había quedado con una criada vieja. Y una tarde me deslicé, sin que me viesen, por su portal, subí por la escalerilla de servicio, forcé la puerta, me puse un antifaz, amordacé a la criada y caí sobre mi enemigo, que, ante el cañón de un revólver, no tuvo alientos ni para gemir.

Blanca. *Anhelante.* ¿Le quería usted matar?

Pablo. *Muy grave.* ¡Por Dios, Blanca...! Yo sólo quiero matar cuando me embravecen el "pijama", las zapatillas y la linterna. No, no le quería matar, y ni siquiera le rompí un bastón en el testuz. Me conformé con tirar todo su dinero, y con machacar todas sus joyas, y con quemar todos sus papeles de valor.

Blanca. ¿Sin que le reconociera?

Pablo. Es posible, aunque fui detenido porque me delató; pero como no se me pudo probar nada...

BLANCA. Y después...

PABLO. Después, las sospechas, las miradas recelosas, los desaires imprevistos... Después, el desdén de los orgullosos y la falsa afabilidad de los cobardes... Después, el miedo y la violencia, y el rencor de los míos...

BLANCA. Y usted ¿no se defendió?

PABLO. *Con saña.* ¡Y ataqué a los míos sangrientamente, resuelto a que padecieran lo que había padecido yo, y lo conseguí! Por unos duros, me ayudó el petardista que me acompañaba hace unos momentos, y, gracias a su habilidad, no ha habido robo del que mi padre y mi hermano no me crean autor o cómplice. ¡Oh! ¡Bien les he herido en las entrañas! ¡Bien les he hecho temblar de espanto y llorar de angustia!

BLANCA. *En un tono de dulce reconvención.* ¿Y aún no han llorado bastante?

PABLO. *Conmovido.* Mi padre, sí. Creyendo que me despediría, y para que aumentase mi furia despidiéndome, fuí a su casa... y me amparó. Ha llorado bastante.

BLANCA. *Con alegría.* ¿Y le va usted a decir la verdad y va usted a pedirle perdón...? ¡Sea usted generoso!

PABLO. Para hacer lo que usted ordenara, si creía en mí, he venido. Y usted ha creído en mí, usted ha tenido fe en mí.

BLANCA. *Sin mirarle.* ¿Y qué le importo yo?

PABLO. *Sonriéndose.* Si la mujer de quien ha-

ríamos nuestra compañera no nos debe importar, nada.

BLANCA. ¡Vamos, Pablo!

PABLO. Usted me quiere.

BLANCA. ¡Vamos!

PABLO. Desde que le dí en mi casa las primeras bromas, me quiere usted. Y me ha defendido por cariño. Y no ha dudado de mí por cariño. Y por cariño, para que me corrija, será usted mi mujer.

BLANCA. *Dominando su emoción.* ¡Para que se corrija...! ¿Y por qué no escoge otro procedimiento? No exija que le quieran para corregirse. Al revés: corríjase para que le quieran.

PABLO. *Con picardía.* No olvidaré el consejo, y lo utilizaré... con otras. Con usted, no, porque, como me quiere ya...

BLANCA. *Avergonzada.* ¡Vamos, Pablo! *Suena la campanilla.* ¡Jesús, mi tío! Como ha visto luz, llama en vez de abrir.

PABLO. Pues seguiremos delante de él la conversación.

BLANCA. Pero escóndase, para que no se encuentren ustedes antes de que yo le hable.

Pablo se esconde en la alcoba, y Blanca sale por la puerta del pasillo y vuelve en seguida con Valdés, que trae unos paquetes.

PEPE. Me alegro de que no te hayas acostado. Con estas friolerillas y una copa de jerez, verás

lo que te dura el enfriamiento. *Pone en la camilla los paquetes y ve los billetes de la lotería.* Pero ¿qué es esto? ¿Cuatro billetés? ¿Jugabas tú cuarenta duros? *Mirando el número de uno de los billetes.* ¡Caray...! ¡Pues si este elixir es más fenomenal que el de "Herodes" y Leandro! *Mirando el númeio de otro billete.* ¡Recaray! *Con asombro.* ¿Y cómo jugabas tú cuarenta duros?

BLANCA. *Azorada.* Pero si yo pensé...

PEPE. *Con severidad.* ¿Qué pensaste? ¿Quién ha dejado esto aquí, Blanca? ¿Quién ha estado aquí? ¿De quién son los billetes?

Entra PABLO *por la derecha.*

PABLO. *Con amabilidad.* Los he puesto yo ahí, señor.

PEPE. *Volviéndose asombrado.* ¿Eh?

PABLO. Discúlpeme, señorita. Como no sabía usted qué contestar...

PEPE. *Con frialdad agresiva.* Y usté ¿sabrá contestar? ¿Quién es usté y qué hace en mi casa?

BLANCA. *Apresuradamente.* Es don Pablo Vinuesa, el hijo mayor de don Diego.

PEPE. *Pasmado.* ¿El... vamos, el que...?

PABLO. *Sonriendo.* Sí, señor. Ese.

PEPE. He querido decir el calavera. No se vaya usté a figurar...

PABLO. *Riéndose.* Luego usted ¿no temería que yo le desvalijara?

PEPE. ¡Si ya sé por mi sobrina que no es usté

más que un "chiflao"...! Y que usté a mí no me podría robar.

PABLO. *Sorprendido.* ¿Por qué?

PEPE. *Con simpática cordialidad.* Porque, como le debo a su padre cuanto tengo, todo lo que hay en esta casa es de usté.

PABLO. *Tendiéndole la diestra.* Ahí va mi mano.

PEPE. *Apretándosela.* Y ahí va la mía, y con ella, mi amistá. *En el tonillo de orador de plazuela.* ¡Tilín, tilín...! ¡Se remató! ¡«Azjudicado» el lote de mi amistá por una temporada de veinte siglos, dos años y nueve dias!

PABLO. Es usted tan bueno, señor Valdés...

PEPE. Pepe. Dígame usté Pepe.

PABLO. Pues me parece usted tan bueno, amigo Pepe, que le voy a pedir un favor.

PEPE. Pida, que de usté es el artículo.

PABLO. ¿Se quiere usted encargar de una comisión no muy difícil?

PEPE. ¡Digo! Y si se trata de convencer a alguno, encantado. ¿No ve que soy orador?

PABLO. Se trata de convencer a mi padre. Dígale que supe lo que el falso cura había hecho cuando el daño no se podía evitar; dígale que, por un odioso deseo de venganza, le he engañado, atribuyéndome delitos que no cometí, y asegúrele que con verdadero arrepentimiento aguardo su perdón y que acataré sus órdenes sin discutirlas. Y dígale, por último, que como he gastado lo que me correspondió de la herencia

de mi madre, aceptaré un puñado de pesetas para trabajar.

PEPE. *Asombrado.* Pero ¿todavía necesita usté más dinero...? Con sesenta mil duros ¿no hay para emprender sesenta negocios...? ¡Me parece que sí, caray!

PABLO. *Desconcertado.* ¿Y dónde tengo yo los sesenta mil duros?

PEPE. ¿De manera que no ha visto que tiene las dos series del gordo? *Cogiendo los billetes de la lotería.* ¡Sí, hombre! ¡El 10.402! ¡Si yo he pescao un decimito de la centena!

PABLO. Pero si no son míos esos billetes...

PEPE. *Estupefacto.* ¡Cómo que no! Entonces...

PABLO. ¡Los caprichos de la fortuna...! Esos billetes son de un caballero que vino después que yo.

BLANCA. ¿De un caballero, o del cura?

PEPE. *Cada vez más asombrado.* ¿Que aquí ha venido un cura?

PABLO. ¡Pero no son del cura tampoco! *Sonriendo.* Se van ustedes a maravillar. Esos sesenta mil duros pertenecen a un ladrón que ha pretendido robarles esta noche. Y ese ladrón es medio santo.

PEPE. ¡Recaray, amigo mío!

PABLO. No, no bromeo. Un hombre que se decide a robar, que encuentra unos miles de duros, que se resigna a coger cuatro mil reales, y que, además, deja un recibo, ¿no es medio santo?

PEPE. ¡Es santo y medio!

PABLO. Pues aquí está el recibo. *Se lo entrega.*

PEPE. Y el santo...

PABLO. Al santo se lo voy a presentar.

Sale por la derecha.

BLANCA. *Alarmada.* ¡Ay Dios mío!

PABLO. ¿Te asustas de un fenómeno de honradez...? ¡Pues si le voy a "osequiar" con dos copas, cinco duros y un "Judío Errante"!

Entra PABLO *con* DON JUSTO, *por la derecha. Palomino, pálido como un cadáver, rompe a llorar desconsoladamente al ver a Pepe y a su sobrina.*

BLANCA. *Espantada.* ¡Ave María! ¡Ave María!

PEPE. *Con una sorpresa indescriptible.* ¡Don Justo!

DON JUSTO. *Llorando.* ¡No me mire, Valdés! ¡No mire al peor amigo y al bandolero más infame que ha asustado al mundo!

PEPE. *Palpándose para convencerse de que no sueña.* Pero ¿estoy despierto, don Justo de mi alma?

DON JUSTO. *Con infinita amargura.* ¡Y esta noche...! ¡Después de haberle llevado Blanca unos abriguitos a las pequeñas...! ¡Ustedes sacrificándose por nosotros, y yo...! *Abofeteándose y tirándose de los cabellos.* ¡Traidor, miserable, bandido!

PEPE. Vaya, bueno va, don Justo. No llore usté, no se pegue usté y escúcheme. Su acción no me ha molestao, porque, dejando usté aquí diez y nueve "pápiros", pagaba con exceso de equipaje el que cogía. Pero, si no me ha moles-

tao, me ha vuelto loco de "estupefación". ¿Por qué no me pidió las mil pesetas...? Teniendo usté trescientas mil ¿iba yo a negárselas? *Don Justo le mira atónito.* Qué ¿está usté tan "pasmao" que no ha visto que es suyo el "gordo"? Un "gachó" que se juega cuarenta "mosquitos" ¿no va a mirar la lista?

DON JUSTO. *Con tremenda exaltación.* ¿Qué dice usted...? ¿Que me ha tocado...? ¿Que me ha tocado a mí...? Pero ¿es cierto, Pepe? *Llorando.* ¡Me ha tocado a mí, a mí, a mí...!

PEPE. Pero ¿cómo no miró la lista?

DON JUSTO. ¿Y quién no se queda sin memoria con la idea de un crimen en el cerebro?

PEPE. Pues sí que ha escogido bien el momentito pa "debutar" de Luis Candelas.

DON JUSTO. *Con amargura.* ¡Búrlese de mí, Pepe! ¡Búrlese de este mentecato, inútil hasta para robar!

PEPE. *Con gracia.* ¿Va a apurarse también porque no sirve pa ladrón? *Dándole los billetes de la lotería.* Ea, cierre usté el grifo de las lágrimas y guarde esa pequeñez.

DON JUSTO. *Sollozando.* Pero ya ¿para qué me sirve el dinero? Ya ¿podrá impedir que sea yo un "timador"? ¿Tengo ya honra...?

BLANCA. *Apiadada.* ¡Pues no ha de tenerla...! Tiene usted honra. Usted ha soñado. Esto ha sido una pesadilla... y despertará usted. Acompáñele, tío.

DON JUSTO. *Dejándose llevar.* ¡Que Dios se lo pague, Blanquita! ¡Que Dios premie a todos ustedes... y que tenga compasión de mí!

Sale por el pasillo, apoyándose en Pepe.

PABLO. Y yo ¿tardaré en despertar...? Porque eso de que no me haya dicho usted que me quiere, para mí es una pesadilla.

BLANCA. *Con una punta de coquetería.* ¡Vamos, Pablo!

PABLO. ¿No me lo dirá...? ¿Tendré que presentarme con el "pijama", el puñal, la linterna y las zapatillas para robarle el corazoncito?

BLANCA. Puede ser.

PABLO. ¿Y hablará entonces?

BLANCA. *Risueña.* ¿Para que me degüelle?

PABLO. ¡Oh! No la degollaría. La ahogaría. *Abrazándola.* Así.

FIN DE LA COMEDIA



3,50 PESETAS

Imp. J. Pueyo.—Madrid.